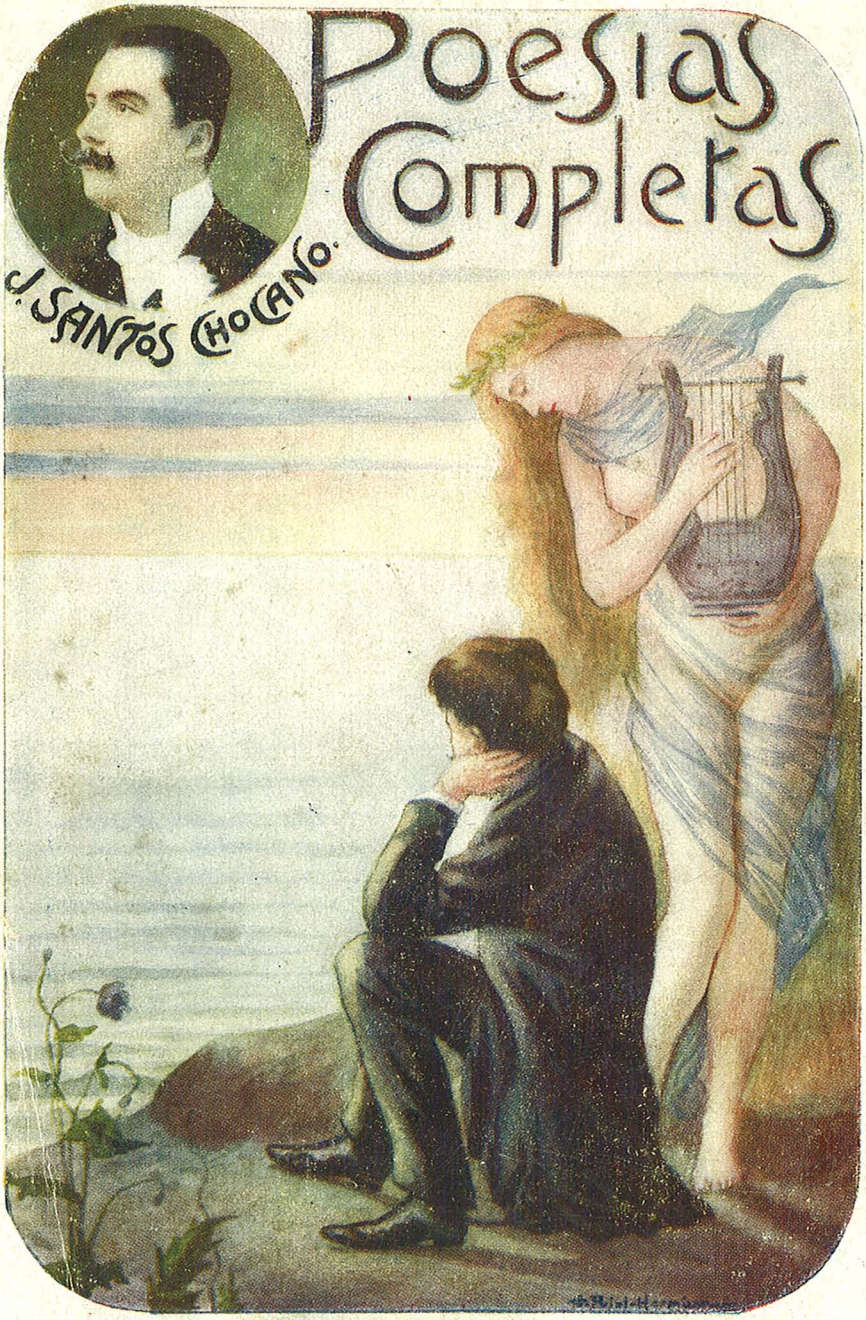
Poesías Completas
J. Santos Chocano

Poesías completas de José Santos Chocano

JOSÈ SANTOS CHOCANO

JOSE SANTOS CHOCANO

POESIAS COMPLETAS

IRAS SANTAS ⊙ EN LA ALDEA

AZAHARES

SELVA VIRGEN ⊙ POEMAS

IN HOC SIC SIGNUM VINCIS
En mi arte caben todas las escuelas, como en un rayo de sol todos los colores.
J. S. Ch.

NUEVA EDICION

TOMO PRIMERO

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, 166.—BARCELONA

Es propiedad de la Casa Editorial Maucci

INDICE

	Págs.
PRÓLOGO	5
Iras santas	15
Desde la cumbre	17
A Lázaro	18
En la brecha	19
¡Excelsior!	20
En el circo.—Para todos	22
Catilinaria	24
Vox pópuli	27
Profesión de fe	23
Dolor	28
Lucha y trabajo	33

Págs.

La última imprecación 37
El sermón de la montaña 39
La alondra 44
El primer adiós 45
En la mazmorra 57
Testamento de amor 66
Juicio final. 69
Ante el pueblo 73
En la aldea 77
Preludio azul. 79
Campo de lucha 82
Aquí estoy. 83
Morir. 84
En libertad. 85
Marina 86
La bien amada 86
Cuadro vivo. 87
La campesina. 88
Mar afuera. 89
La quebrada 90
Siesta. 91
El Morro. 92
La isla 93
En el potrero 93
Las aves. 94
El baño. 95

Págs.

Playera. 96
La laguna. 97
Noche de mar 97
El galgo. 99
El pavo real 100
La espiga. — Canícula 101
El gallo. 102
Carnaval. — En la campiña. 103
El arado. 104
El poema de las flores. 105
El poema de las frutas. — La culebra. 106
El sapo. — A un árbol. 107
Procesión de Ramos. — La nota gris. 108
El buey. 110
La lampa 111
El maestro de escuela 112
El cementerio. 113
Los molinos 114
De tarde. 115
El monumento. — Viernes Santo. 116
Arboles viejos. — El santo sepulcro. 118
Los vampiros. — ¡Gloria! 120
En el salón. — En la alcoba. 121
En el comedor 122
En descanso. — Héroes ocultos. 123
La gitana 124

Págs.

Problema. — Noche de estío. 125
Cuasmiodo. 127
Paisaje. 128
A un asno. — El bosquecillo. 129
El caballo agricultor. — Puesta de sol. 131
La hacienda. 132
El pilluelo. 133
Negro y amarillo 134
El pescador. — El arroyo. 135
Acuarela. — La carretera 136
Melopea automnal. 137
Ultratumba. — Ante el abismo. 138
La temporada. — Mnte y campiña. 139
Resurreccin 140
Sobre Hartmann. — Desde lejos. 141
Noche de otoño 143
La última hoja 144
Azahares. 147
Sinfonía de amor 149
Ab eterno. 151
Canto de Cantos 153
La canción del beso 155
El suspiro. — Sin sobre. 156
El regreso. — Triunfal 158
Rocío. 159
Angelus. 160

Págs.

Amores viejos 163
El séptimo día 165
Selva virgen 167
La voz de la selva. 169
¡Ríe!... 171
Ojos azules. 172
Pluma en ristre 173
Santa. 174
En un café 175
Elegía breve 176
Pesimismo. — Virgen 178
Desprecio... — Las voces de la duda. 179
El último amor 183
El fin de don Juan. 186
Ante una estatua del Amor. 196
Para un desdén fingido 196
De viaje. — La canción de las tinieblas. 197
Punto final. 199
En voz alta 200
El nuevo monólogo de Hamlet. 201
Declamatoria. — Del tiempo viejo. 204
En el diván 205
Spleen de lord 206
Estatua de sal 207
¡Adelante! 208
Ecce Homo. 209

Págs.

Resurrexit. 211
¡Qué importa! 212
Protesta. — Víctima 213
Canto de huelga 214
Contra natura. 215
El Pegaso ante el poeta. 216
En la fragua 217
Estandarte de amor 218
Las dos escanciadoras. — El verso futuro. . . . 220
Mis combates. 222
¡No es demás! 223
Sol poniente. 224
Imprecación. 225
Canto a Zola 228
El nuevo dedocasílabo 232
Busto de dama 233
Bajo relieve de héroe. — A un soñador. 234
Aguilas y gorriones 238
Urna. 239
El fin de Satán. 240
La doliente belleza. — Hetaira anciana. 245
Onomástico. 247

PROLOGO

I

Al revés de muchos poetas que se inician cantando el amor o quejándose de la vida, José Santos Chocano aparece fulminando himnos batalladores y revolucionarios. Si en sus primeras composiciones figura el amor, es incidentalmente, si vibra el lamento, no es por los males de la vida, sino por la miseria social y las iniquidades políticas.

Impresas con tinta roja, como para simbolizar el espíritu que las inflama, *Iras Santas* no pertenecen a ese género vulgar y patriotero que por más de medio siglo reaparecía en cada 28 de julio y que, desde la derrota de San Juan y Miraflores, tiene su florescencia periódica y morbosa al aproximarse el 13 de Enero. Los versos de Chocano traen a la memoria los *Ymmbos* de Barbier, los *Castigos* de Víctor Hugo y los buenos pasajes de Quevedo en sus embestidas al conde duque de Olivares. Ahí no asoman las ironías agridulces, ni rastrean las alusiones solapadas: se ve la acometida leal y sin argucias, se oye el mandoble propinado con la visera levantada. Nos hallamos lejos del clásico poeta satírico del *Homero* cortesano que en vez de excerar los vicios y los crímenes de los grandes, se divertía en rasguñar con alfileres la piel de los malos copleros, de los maridos condescendientes, de las viejas entrometidas y de los escribanos rapaces.

Es la poesía de cóleras y odios, de imprecaciones y diatribas: Chocano la maneja como nadie en el Perú y muy pocos en América. Por sus furibundos ataques *al tirano*, hace pensar en Montalvo anatematizando a Rosas, en un *Montalvo poeta* clamando por la exterminación de García Moreno. También hace pensar en Llona, cuando lanza sus tremebundos sonetos que van a herir la frente del culpable, como pedruscos arrojados por un cíclope furioso. Con su lirismo justiciero y vengador, Chocano nos causa una impresión extraña, y más extraña debe producirla en sus víctimas, porque tirar a la cara de un hombre una lluvia de buenos endecasílabos salpicados de maldiciones y denuestos, es algo como abofetearle con rosas mojadas en vitriolo.

En *Iras Santas* abundan trozos que resumen la historia de nuestra vida social y política, versos que a menudo serán recitados por su perenne actualidad. ¿Qué revolucionario del Perú no merece que le repitan los siguientes endecasílabos del *Juicio Final?*

La patria miró a un hombre que surgía.
Hablaba de verdad, de bien, de gloria,
y amplio horizonte de esperanza abría:
¡era el ángel del mal de nuestra historia
anunciando el albor de un falso día!

Y surgió el hombre. En ademán resuelto
lo escaló todo. Y el honor lo ha visto
cruzar así como un Satán envuelto
en la divina túnica de un Cristo...

El, que soñó ser grande y fué pequeño;
él, que debió vengar la patria ofensa;
él, que hoy conoce que el poder es sueño;
él, las vendas rasgó de las heridas;
y fué traición, debiendo ser defensa,
y fué Efialtes, debiendo ser Leonidas.

Fué un histrión. Hoy que rueda a las ignotas
mansiones de los hondos precipicios,
le acompaña el baldón de sus derrotas;

César de teatro, que sus alas rotas
sintió al volar. *¡Pequeño hasta en sus vicios!*

*

Por la rudeza del ataque y la energía viril de la palabra, se infiere que Chocano se decía desde entonces:

Artes nimias y pueriles
extrañas son a mi pluma:
la delicadeza suma
es para almas femeniles.

A pesar del odio y de la rabia que truenan en *Iras Santas*, se siente de cuando en cuando el soplo de una brisa mansa y refrigerante, algo como un aliento de elevación y generosidad. Sirva de único ejemplo *El Sermón de la montaña*, una de sus mejores poesías. Tal vez el Cristo no aparezca muy evangélico, ni muy eclesiástico; mas si Jesús no pudo enunciar en su época las ideas libertarias de nuestro siglo, el poeta las emite hoy, inspirándose quizás en la lectura de Kropotkine, Elisée Reclus y Jean Grave.

Sin igualdad no hay luz. ¿De qué ha servido
que le hayan dado al pájaro derecho
a construir en cualquier campo un nido,
si el hombre con sus siervos y sus reyes,
no obedece al impulso de su pecho
sino al mandato de infernales leyes?
¡El todo para el todo! El mundo todo
es de la humanidad; ella, en conjunto,
sola, a sí misma, gobernarse debe:
que obedezca a un impulso y no a un tormento.
La hoja que cae y la hoja que se mueve
no obedecen a otra hoja, sino al viento...

II

En la aldea, su segunda colección de versos, salió a luz el mismo año de 1895, aunque había sido escrita en el es-

tío y el otoño de 1893, cuando el autor apenas frisaba en los dieciocho años. Al leer ambas colecciones, obra más bien de un niño que de un hombre, se admira ya la eclosión de todas las facultades que Chocano ha seguido acrecentando en sus libros posteriores. Se alaba también la precocidad y se le otorga el derecho de repetir con Alfred de Musset:

Mes premiers vers sont d'un enfant
les seconds d'un adolescent,
les derniers â peine d'un homme.

La tinta azul en que se hallan impresas las composiciones de *En la aldea*, simboliza también el espíritu que las anima: salvo una que otra *nota gris*, resuena en casi todas las páginas la sinfonía del azul. Se diría que el segundo libro de Chocano fué imaginado para servir de antítesis al primero: si en *Iras Santas* el apaciguamiento y la serenidad brillan como fulguraciones instantáneas, en *En la aldea* la cólera y el odio se transforman en amor, dulzura, contemplación y vago misticismo. En *Iras Santas*, Chocano empuña de los cabellos a la poesía y la da una fuerte sacudida; en *En la aldea*, se hace coger por la naturaleza que le subyuga, le hipnotiza y le obliga, no sólo a vivir con la vida de los seres animados, sino a existir con la existencia de las cosas.

Efectivamente, los seres y las cosas que desaparecieron en la ofuscación de la lucha política, reaparecen ahora con sus voces, sus ritmos, sus colores y sus formas. El poeta cede al influjo bienhechor del Gran Todo, y hasta parece que se inoculará en las venas el germen de salud y segunda vida, un preservativo contra el miasma diseminado en la atmósfera del mundo intelectual. Así, cuando recorre algunas páginas de Hartmann, sufre la obsesión de las ideas pesimistas; mas se liberta del mal y vuelve a la sanidad del espíritu, con solo mirar la sonrisa de los campos, con sólo asistir a un espectáculo de la naturaleza.

Manifiesta que sabe pintar y describir. En seis versos de *Mañana alegre* nos pinta un cuadro:

Mientras recoge el niño alborotado
la nívea concha, el caracol rosado
y la espuma del mar, contempla el hombre
el horizonte azul que limpio brilla,
y la joven gentil con la sombrilla
graba en la arena misterioso nombre...

En ocho versos de un soneto nos introduce en una escuela:

El dómine paciente y cincunflejo,
de calado birrete se pasea;
y trabaja y medita en una idea,
con febril ademán y hosco entrecejo...

Mientras uno decora con despejo,
otro alumno cantando deletrea;
y la tropa infantil chilla y vocea
fija y pendiente del callado viejo.

No satisfecho con mirar el exterior de las cosas y embriagarse en los ritmos del color y de la línea, quiere penetrar en el interior del mundo inorgánico para adivinar o sorprender las vibraciones secretas de la vida. En *Monte y Campiña*, breve composición de corte y sabor germánicos, dice:

El viejo monte pensativo y triste
contempla la campiña que es su amada.
La campiña de flores se reviste,
y al sentirse fecunda
sonríe con sonrisa perfumada...

El viejo monte, en plácidos amores,
con hojas y con flores;
contempla su campiña con verdura,
pero recuerda el segador Otoño
que arranca de raiz esa hermosura...

Surge el Otoño y reina. Hoy la campiña,
ante el monte, de luto se reviste...

La campiña eres tú ¡oh hermosa niña!
y yo soy, niña hermosa,
el viejo monte pensativo y triste...

Al finalizar la lectura de este verdadero lied ¿quién no piensa en Heine? Ese *viejo monte* que se enamora de una *campiña floreciente*, recuerda el pino del Norte que sueña con una palma del Mediodía.

El pavo real merece citarse por la frescura de la imaginación; *El Gallo*, por la originalidad y la intención; *El Buey*, por la ironía picaresca y maliciosa.

EL PAVO REAL

El pavo real es el señor vizconde
que con golilla tornasol pasea,
que entre plumas magníficas se esconde,
y con un grito trémulo responde
si la alegre gallina cacarea...

Vedle cómo, señor de los señores,
mueve a compás el cuerpo en que tremola
la bandera de todos los colores,
mientras luciendo va todas las flores
sobre el arco iris de su abierta cola...

Vedle cómo en su cuello, donde empieza
ese matiz que entre las plumas vaga,
orgulloso levanta la cabeza:
vedle cómo conoce su belleza
y con su propia vanidad se embriaga.

Pasea como un rey entre sus salas,
luciendo altivo las abiertas rosas
que en amplia confusión forman sus galas;
él, que tiene en la cola y en las alas
prendidas un millón de mariposas...

EL GALLO

El de la pluma recortada y fina,
del amplio pecho y de la frente enhiesta,
es el gallo,—Tenorio que domina
sobre la blanda y cándida gallina,
—¡Tenorio con estacas y con cresta!

Ese Tenorio que a su Inés adora,
despiértala al rayar de la mañana,
cuando el beso del sol las cumbres dora,—
¡centinela avanzado de la aurora,
primer clarín de la primera diana!

La gallina azorada que despierta,
al soplo ardiente del amor se esponja,
mientras el gallo, con el ojo alerta,
del estrecho corral canta a la puerta;
¡que si el Tenorio es él, ella es la monja!...

EL BUEY

El buey, que de paciencia se reviste,
cruza a calmar la sed en el torrente,
mientras corre el novillo alegremente
tras de su hembra que a amarle se resiste...

Nada tan duro y tan cruel existe
como el yugo sufrir del impotente;
y tener ¡ay! que doblegar la frente
cuando se alza el amor. ¡Nada tan triste!...

Palpita el ansia que fecunda y crea;
y ante el cuadro triunfal de los amantes,
parece que hasta el árbol palmotea...

El buey se cubre de un sudor de fragua;
tiembla; los ve con ojos vergonzantes;
inclina la cabeza y bebe su agua...

III

A *En la aldea* siguieron:
Azahares.—Versos Líricos, 1896:
La Epopeya del Morro, 1899;
El Canto del Siglo.—Poema Finisecular, 1900;
Selva Virgen, poesías compuestas desde 1892 hasta 1900 diseminadas en los diarios y reunidas hoy en el presente volumen. Hay que agregar *El Derrumbe*, largo poema, del que han salido algunos fragmentos en los periódicos de Lima.

No intentaremos ni un análisis rápido de colecciones tan nutridas y poemas tan variados: un prólogo se diferencia de un minucioso juicio crítico. Pudiendo el lector juzgar por sí mismo, nos ceñimos a considerar en globo la personalidad de Chocano, más bien, a manifestar la impresión que nos ha dejado la lectura de sus libros: hablaremos franca y sencillamente, sin hipérboles irónicas ni restricciones malévolas.

Si de muchos hambres se ha dicho que vivieron en *estado de gracia*, Chocano puede afirmarse que vive en *estado de poesía*. Nació tan formado para cernerse en la esfera de la imaginación, y ha vivido tan consagrado a vaciar las ideas en el verso, que al descender a la prosa denuncia su ídolo de poeta y merece que le apliquen el citado verso de Le Mierre.

> Méme quand l' oiseau marche,
> on sent qu' il a des ailes.

Goethe exigía de los poetas imágenes en lugar de meras palabras o frases huecas. Chocano se distingue por la novedad y abundancia de las figuras; de modo que en sus versos las metáforas se suceden con tanta profusión que la lectura produce el efecto, no de palabras que entran a girar en el cerebro, sino de personas y cuadros que se proyectan en la tela de un cinematógrafo. En sus estrofas, lo más intangible y aéreo, suele hacerse palpable y terrestre; piensa en imágenes.

Como le sobra potencia verbal, nunca le faltan vocablos

ni giros para manifestar sus ideas y describir el mundo entero. Con tanta facilidad maneja el verso suelto, como el asonantado y el consonantado; y lo mismo cincela un soneto y una décima que una octava real o un terceto. Ningún metro le arredra; y sale tan airoso del artístico endecasílabo, como del popular octasílabo. No se esclaviza en la métrica de Hermosilla, como lo prueban su *El Verso Futuro* y sus dodecasílabos con acentuación en tarcera, séptima y undécima sílabas.

A la variedad en las formas responde la diversidad en el estilo y la manera: no parecen del mismo autor *El Ultimo canto de Nerón* y *Asunto Velázquez*, ni *La Epopeya del Morro* y *El Maestro de Escuela*. Es que Chocano desdeña toda manifestación exclusiva de un Arte lugareño y mezquino; y como una protesta a los que pretendan enrolarle en una camarilla literaria, abre su libro con este epígrafe:

En el Arte caben todas las Escuelas, como en un rayo de sol todos los colores; y cierra un soneto, exclamando:

los gorriones se juntan en bandadas
en tanto que las águilas van solas!

En literatura, como en política, los mediocres y los nulos se aglutinan en montones o se aglomeran en racimos, para dejarse conducir por el brazo de los fuertes y los audaces; mientras los hombres de mérito se aislan, rechazan toda sujeción y defienden su personalidad.

Si no pertenece ni quiere pertener a ninguna escuela, ¿cómo clasificarle? A Lamartine le llamaron un laquista, a Víctor Hugo un español; ¿no se le podría llamar un indostánico? La *Selva Virgen*, el producto genuino de su evolución cerebral, guarda muchísima semejanza con un bosque nacido a las orillas del Ganges.

Es tan fecundo como laborioso. A más de unos veinte a treinta mil versos, ha escrito en sus pocos años de vida, algunos dramas.

Como periodista ha colaborado en casi todos los diarios de Lima y fundado varias revistas.

Chocano tiene el inapreciable mérito de florecer en un

país donde no abundan los maestros, ni brilla mucho el progreso intelectual. En Política, Ciencias, Literatura y Bellas Artes, los peruanos vivimos aún en la época del ensayo y del talento. Ni en la prosa ni en el verso hemos poseído lo que se llama un *artista*. No habiendo encontrado maestros que le enseñen, ni modelos que le inspiren, Chocano se lo debe todo a sí mismo. Si los ateneos han premiado sus versos, si los congresos le han otorgado subvenciones para editar algunos de sus libros, si el público no ha dejado de aclamarle, todo lo debe a su esfuerzo solitario, a la luz que por sí mismo ha buscado fuera de su patria.

Su nombre no es ya desconocido en la América española ni en España, sus versos andan reproducidos en los periódicos extranjeros y sus libros hallan editores en Barcelona y París. Como trabaja sin descanso y posee dotes excepcionales, irá lejos. A su edad, ¿quién hizo más en el país? Entre los hombres de veinticinco a cuarenta años, en la nueva generación de poetas que florecen en la actualidad ¿hay alguno destinado a eclipsarle? no lo sabemos; pero mientras surge el *eclipsador*, Chocano merece llamarse el Poeta Nacional del Perú.

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

Año 1910

IRAS SANTAS

POESIAS AMERICANAS

(1893-1895)

DESDE LA CUMBRE

Es el poeta un redentor que canta;
y así, cuando la luz en él palpita,
debe decirle a Lázaro: ¡Levanta!
y decirle al Derecho: ¡Resucita!

Es preciso que baje hasta la entraña
que fecundados gérmenes encierra;
y que levante al cielo una montaña,
y la deje caer sobre la tierra...

Es preciso que altivo y soberano
—y esta es la ley que en mi camino llevo—
desafíe las furias del Oceano
quien quiera descubrir un mundo nuevo!

¡Esta es la ley que mi sendero marca!...
Lo humilde se alza cuando pone empeño:
para salir a flote basta un Arca,
para ser endiosado basta un Leño...

¡Oh poetas! ¡El hierro nos reclama,
nos reclaman la lucha y el trabajo;
alcemos ante el ídolo la llama
y levantemos la canción del tajo!...

¡Ah! Yo sabré con destructor anhelo
lanzar a lo alto mi canción airada;

y sabré herido, cuando caiga al suelo,
recostarme en mi propia barricada...

¡Cadáver me hallará quien me recoja,
contraído en mis ímpetus ardientes,
con un pedazo de bandera roja
entre los duros y apretados dientes!...

A LAZARO

¡Pueblo, vibra tu luz! Rompe tus lazos;
y abre con furia tu millón de bocas;
y alza hasta el cielo tu millón de brazos.
¡Habla y obra, y verás cuán presto subes:
para tan fuerte oceano no habrá rocas,
para tan puro cielo no habrá nubes!

¡Trabaja y lucha! Que el trabajo es fuego
y la lucha es vigor. Hacha sin tajo
es astro sin calor, planta sin riego...
Lleno de fuerza cual lo sueña el vate,
lucha, Pueblo, en el campo del trabajo
y trabaja en el campo del combate!

Si es preciso otro Cristo que sucumba,
¡aquí estoy yo! Mi inspiración ardiente
puedo seguir ardiente entre la tumba...
Venga el golpe hacia mí, firme y seguro;
¡que mi muerte espantosa en el presente
será vida gloriosa en el futuro!...

. ¡Oh carne con derecho! Escala el monte,
burla el ansia salvaje del sicario,
sube a la cumbre, ensancha tu horizonte;
y abre tus brazos esparciendo luces,
que así parecerás sobre el Calvario,
en vez de muchos hombres, muchas cruces!

EN LA BRECHA

I

Si vivir es luchar,—cuando la pluma
vibre en la mano del poeta ardiente,
debe el poeta levantar la frente
y sacudir el miedo que lo abruma.

Si escribir es luchar,—la gloria suma
es azotar al déspota insolente;
que estallando la ola prepotente
cubre su sien con delicada espuma...

Reviente el verso al roce de la chispa;
y zumbe de la gloria entre las palmas
con el tenaz zumbido de la avispa...

¡Que por la ley eterna de las cosas
y por la ley eterna de las almas,
los versos sin espinas no son rosas!

II

Hoy ¡oh mundo brutal! mi alma te mira
con lástima y desprecio; que tú mismo,
a sepultarte al fondo del abismo,
vas impotente en medio de tu ira...

El sacro fuego que a cantar me inspira
resistirá tus golpes de egoismo:
no insultes mi doliente escepticismo,
no profanes el culto de mi lira...

¡Vano es que quieras apagar mi fuego!
¡Tenaz y altivo—al modo de aquel griego—
ya que nunca tu aplauso me concedes,

... saldré a encontrar el carro del Destino;
y, arrojándome en medio del camino,
gritaré a toda voz:—¡Pasa si puedes!...

¡EXCELSIOR!

Ha llegado el momento del desborde...
Ha llegado el momento en que la lucha
una su ruido al de mi lira acorde...
El sol toca el cenit; la frente brilla;
un tumultuoso estrépito se escucha;
y resplandece en lo alto la cuchilla.

El joven trovador de ímpetu ardiente,
de lira férrea y de crispados nervios,
salpicada de sangre alza la frente,
humillando despóticas grandezas,
para arrojar sus cánticos soberbios
por encima de todas las cabezas.

Vano, vano será que una Dalila
recorte mi melena de poeta...
¡Mientras el Pueblo su puñal afila,
yo para darle tempestuoso ejemplo,
quiero también con cóleras de atleta
sacudir las columnas de este templo!

No acostumbro a temblar; que soberano
sólo tiembla mi canto entre el cordaje
con los rudos temblores del oceano...
¡Yo doblegarme ante el mandón no puedo;
por eso siempre mi temblor salvaje
es de aquellos temblores que dan miedo!

¿Que retroceda yo? ¡Salvaje anhelo!...
Yo tiendo por instinto a alzar la frente:
el ave tiende por instinto al cielo...

¡Hoy nadie pone a mis furores raya;
que si yo retrocedo es solamente,
cual lo hace el mar, para inundar la playa!

¿Hasta cuándo el dolor de la pobreza
postrado ante las plantas del tirano,
no levanta orgulloso la cabeza?...
¡Raye el arco de luz de la esperanza;
y bajo dél, unidos de la mano,
despósense el Dolor y la Venganza!...

¡Oh Venganza, oh Venganza! Ella en los pechos
resuelva un porvenir de libertades:
es la resurrección de los derechos.
¡Ella abona los campos de batalla,
ella habla ante la faz de las maldades
y ante la faz de las virtudes calla!

Con la vara que mides, dijo un genio,
serás medido; y sacudió la frente,
de la escarpada altura en el proscenio...
¡Con la vara que mides, yo lo mismo
digo; y sacudo mi laúd ardiente;
como un ala de luz sobre el abismo!

El desgarrado traje del mendigo
vistió a todos los sabios; y ese traje
para el dios de la cruz sirvió de abrigo.
La púrpura es baldón; y su hilo de oro
no me puede servir ni de cordaje
para arrancar mi cántico sonoro...

¿No es santa la Venganza? ¡Oh sacrilegio!
¿No es santo reclamar la pertenencia
de un oscuro y burlado privilegio?...
¿No es santo reclamar con ansia loca
para el entendimiento algo de ciencia
y un pedazo de pan para la boca?...

Ven ¡oh musa! conmigo hasta la cumbre;
que ahí con el amor que tú me inspiras

lograremos tener calor y lumbre,
oyendo, entre delirios sobrehumanos,
el enorme concierto de mil liras
¡y el bronco aplauso de un millón de manos!

EN EL CIRCO

Opulento rumor el aire atruena;
vibra el sol sus belígeros fulgores;
y se apiñan plebeyos y señores
en el abierto circo. El clarín suena.

Entre los gritos de la turba obscena,
comienzan a escribir los gladiadores
la epopeya inmortal de sus dolores
sobre una triste página de arena...

¡Oh amada! Si fatídico y sañudo
caigo, de este combate en los despojos,
como buen gladiador sobre el escudo,

al mirarme expirar, corre prolija
a postrarte ante mí; y así en los ojos
tendré tu imágen para siempre fija!...

PARA TODOS

Yo quiero la igualdad, ya que la suerte
es común en el punto de partida:
¡si todos son iguales en la muerte,
todos sean iguales en la vida!

¿Quién es más que otro, cuando el negro abismo
la oculta mano con furor nos lanza?

Todos, ricos y pobres, son lo mismo
si los pesa la Muerte en su balanza!

Entre el noble señor y el indigente
no debe haber obstáculo ninguno:
todos tienen debajo de la frente
una chispa de Dios; ¡y Dios es Uno!

La igualdad de las razas es mi norma,
norma que a todos servirá mañana:
la carne humana cambiará de forma,
pero en cualquiera forma es carne humana.

¡El Pueblo, el Pueblo que la luz concibe
y que arroja la luz en plena escoria,
sobre el altar de su taller recibe
los Santos Sacramentos de la gloria!

El Pueblo es grande. En el *furor siniestro*;
manso en la paz. Trabaja con porfía...,
¡Si es ignorante es culpa del maestro;
si acaso se extravió, culpa del guía!

Si a veces el moscón que torpe zumba
cae en la red de laboriosa araña,
a trabajar. ¡El ocio es una tumba!...
¡Quien pone el grano, espere la montaña!

¡El Pueblo que en la lucha no reposa
y en la paz marcha con el hacha al hombro,
hace una cuna sobre cada fosa,
canta un *Te Deum* sobre cada escombro!

¡Ave, Rey, Pueblo! En el taller es justo
que cobres la confianza de ti mismo!...
Si es que está sobre tí César Augusto,
retira el hombro... ¡y rodará al abismo!

El Pueblo va en las sombras, como fiera:
es un atleta, cuando altivo y mudo

se envuelve en un girón de su bandera
y se apoya en el bronce de su escudo...

Loco es Moisés si con furor se lanza
sobre el Pueblo, y lo insulta, y llora, y grita,
y porque el Pueblo ante sus dioses danza,
rompe las tablas de la ley escrita...

Aunque al verlo la pena le taladre,
debe Moisés, imperturbable y fijo,
hablarle siempre: ¡si se embriaga el padre,
tiene el deber de sostenerlo el hijo!

Guíese al Pueblo. Al dársele la mano
no se le apriete hasta que el hueso cruja:
que vaya dulcemente soberano...
¡tras la mano que guía y no que empuja!

Tal es lo justo. El débil y el potente
tener no deben valladar ninguno:
¡todos llevan debajo de la frente
una chispa de Dios; y Dios es uno!

¡Ante la eterna ley que flota encima
del docto Pueblo y de la Plebe incauta,
todo son versos de una sola rima,
todo son notas de una misma pauta!

CATALINARIA

¡Quiero otra vez, con exaltado acento,
envolver la cabeza del tirano
en el ciclón de luz del pensamiento;
quiero otra vez, altivo y soberano,
lanzar rayos sin ir al firmamento,
dar bofetadas sin mover la mano!

¡Hoy es preciso que ese pueblo triste,
acurrucado en un rincón, se inflame,
y transforme en sus brazos cuanto existe;
hoy es preciso que el poeta apronte
la ruda estrofa, y que porfíe y brame,
y que alce hogueras, y que incendie el monte!

Y es justo, es justo que en la selva luego
coronada de llamas, caiga el rojo
tigre entre lenguas de anchuroso fuego;
y que, apagando el fuego, dulces brisas,
por cima del espanto y del enojo,
arrebaten y esparzan las cenizas...

¡Es justo que el malvado en su demencia,
que todo la reprueba y lo rehusa,
mire al fondo surgir, de su conciencia,
la sombra de Moisés que lo rechaza,
el dedo del Bautista que lo acusa
y el ojo de Jesús que lo amenaza!

Hoy que cada razón tiene su yugo;
hoy que con un cinismo nunca visto
se corona de lauros el verdugo;
hoy que a ver tanto crimen me resisto,
¡quién tuviera el laúd de Víctor Hugo
y quién tuviera el látigo de Cristo!

¡Que el bardo truene y que porfíe y brame,
y mostrando la frente del perverso
vierta un mundo de ideas que se inflame;
y que, erguido a la faz del Universo,
una corriente eléctrica derrame
en la excitada médula del verso!

¿Hasta cuándo el silencio; y hasta cuándo
con los brazos cruzados sobre el pecho,
hemos de estar las ruinas contemplando?
¡Las ruinas pertenecen al olvido:
hagamos nuevamente lo deshecho,
alcemos nuevamente lo caído!

Y, al hundir nuestra planta en el escombro,
tengamos el alerta sobre el labio
y tengamos el hacha sobre el hombro;
y, al hallar el aplauso o el desprecio,
una sonrisa eterna para el sabio,
una sonrisa eterna para el necio...

¡Es de la juventud la gran tarea!...
Es de la juventud la misión noble
de hacer triunfar la redentora idea.
¡Que ella sus fuerzas en la lid redoble,
ya que sobre su sien hay luz febea
y entre su corazón jugo de roble!

¡Odia a la juventud sólo el menguado
que de su propia pequeñez se asombra,
cuando se mira ante la luz ahogado,
sintiendo, al ver que el mérito resalta,
en su retina palpitar la sombra,
en su conciencia palpitar la falta!

¡Y el réprobo caerá!... ¡Triste figura
hará rodando en el oscuro abismo,
ansioso de encontrar su sepultura!
Al envolverse en el nocturno manto,
así como quien huye de sí mismo,
señalará su sombra con espanto...

—¡Caín! ¡Caín! ¿Qué has hecho de tu hermano?—
preguntóle la voz del Infinito
al primer hombre que manchó su mano;
y cuando el can de la venganza ladre,
el réprobo al caer oirá otro grito:
—¡Nerón! ¡Nerón! ¿Qué has hecho de tu madre?—

Hoy si canto es tan sólo porque miro
cómo sube el reptil. Tan sólo vengo
a decir lo que pienso y lo que aspiro...
¡Ante tanto dolor no he de callarme:
vuelvo la faz, porque ídolo no tengo
que pueda cual Jehová petrificarme!

Mientras el Pueblo compasión implora,
el vate canta amor, ¡oh suerte impía!
befando al Pueblo que blasfema y llora...
¡Deje el vate sus cánticos sencillos;
que si no habla de honor, llegará un día
en que ya se use caminar con grillos!...

VOX POPULI

A Emiliano Heraud, obrero

Yo amo al Pueblo, y en él mi gloria fío...
El Pueblo sabe estrangular tiranos;
¡y odia tanto a Caifás como al judío
que sentencia lavándose las manos!

Nada importa que el déspota en su empeño
lave su frente con raudal de ciencia:
el que déspota es, grande o pequeño,
tiene en su propio nombre su sentencia.

Yo amo a ese Pueblo que llegó a la gloria,
subiendo por la escala de la ruina;
y que sobre la cumbre de la Historia
clavó un faro de luz: ¡la guillotina!

El supo, al despertar de sus desmayos,
pasear por el planeta la mirada;
y como un Jehová vibró sus rayos,
y sacó sus derechos de la nada...

Cuando el Pueblo, impulsado por Belona,
sacudió el yugo con robusto brazo,
dividió en mil pedazos la corona:
¡cada cabeza reclamó un pedazo!

Erguido entonces con sagrado encono
verdugo fué de la nobleza impía;

¡y cada astilla que arrancó del trono
fué un puñal para herir la tiranía!

El Pueblo haciendo veces de verdugo,
al ejercer su rudo magisterio,
donde pone la mano rompe un yugo,
donde pone la planta hunde un imperio.

¿Cómo no amar al que forjó mi lira,
al que puso en mis manos la piqueta,
al que oyendo mis cánticos de ira
pensó en la gloria y se sintió poeta?

Entre mis sueños y mis ansias locas,
quiero, al verme ceñido por sus brazos,
hallar una sonrisa en sus mil bocas
como un iris partido en mil pedazos!...

PROFESION DE FE

Es el poeta altanero
quien debe romper el yugo:
siempre al cantar Víctor Hugo
tembló Napoleón Tercero.
Tirteo, vate y guerrero,
si en la canción se levanta,
en la lid crece y espanta;
y ante el que lo ve y escucha,
es un poeta que lucha
y es un guerrero que canta.

Tal vez si entre mi palabra
palpita un mundo en embrión:
¿acaso sabe el botón
lo que valdrá cuando se abra?
Mi canto es hierro que labra
para la nueva simiente...
¿Quién sabe lo que latente

una sola frase encierra?
La sola palabra *¡Tierra!*
vale todo un continente...

Tal vez mi destino extraño
deje que, en brutal empeño,
lado a lado con el sueño
se acurruque el desengaño;
no importa sufrir el daño,
si viene la gloria en pos:
cual dice en la Biblia un Dios,
más vale como consuelo,
mirar con un ojo el Cielo
y no el Infierno con dos.

El dolor cuanto más fiero
más fuerza da al que traspasa:
es preciso de la brasa
para templar el acero...
Tiene el triunfo verdadero
en el dolor su sostén.
De las sombras nace el bien
y del dolor brota luz:
¡más vale Cristo en la Cruz
que entrando a Jerusalén!

Por ley de inercia, la Historia
siempre brinda al redentor
tras el ideal el dolor
y tras el dolor la gloria.
Cae el diamante en la escoria,
mas no pierde su chispeo...
Siempre el poeta es un reo;
y siempre halla en su arrebato
tras la paloma de Erato
el buitre de Prometeo.

El que a lo alto sube ciego
siéntese atraído al sol:
es mi alma como un crisol
que se alimenta de fuego.

Así cuando anciano luego
vea las empíreas salas,
el recuerdo de mis galas
brotará potente y grave:
¡yo moriré como el ave,
siempre batiendo las alas!...

DOLOR

El dolor purifica como el fuego:
echa tu corazón sobre la brasa
y mirarás el sol sin quedar ciego...
¡La vida sin dolor parece muerte!
¡Piensa, y el pensamiento te hará grande;
sufre, y el sufrimiento te hará fuerte!

¿Qué te importa el tormento? ¿Y qué la nube
al sol que irradia por encima de ella?
Fíate en el dolor: el dolor sube.
Fíate en él: te servirá de escala
para besar la frente de la estrella...
Amo el dolor porque el dolor es ala,
y el que tiene alas se remonta al cielo:
¡querer sufrir es contemplar la altura,
y empezar a sufrir, romper el vuelo!...

¿Quieres purificarte? Sufre y llora.
Llora, pero escondido. El sufrimiento
un mundo de purezas atesora...
¡Busca dolores cuando busques palmas!
¡El dolor es el llanto de la aurora
y es el Jordán eterno de las almas!...

Amo el dolor porque el dolor es fuego.
Ciego fué Homero, y perpetuó su Iliada:
¿quién no quiere ser ciego?
Yo sé que sin dolor la gloria es nada.
Cuando invoco el dolor la gloria invoco...

Colón fué un loco y descubrió otro mundo:
¿quién no quiere ser loco?

¡El dolor es un hálito de gloria!
Ahí el Cáucaso está, y ahí el Calvario;
y yo no soy el que habla: habla la Historia!
Ahí está Prometeo, y ahí Cristo...
¿Quién sin el beso de las sacras penas
el misterioso porvenir ha visto?
¿Quién tuvo, sin dolor, ansias divinas?
¿Y quién fué el Prometeo sin cadenas
y el Cristo sin espinas?

Dejadme sonreir... ¡Es tan hermoso
sufrirlo todo en actitud serena!
Dejadme sonreir... ¡Es tan gracioso
el creerse en las luchas un coloso
y arrastrar en la paz una cadena!

Mi canto será el canto de la brisa,
que en las trémulas ramas de los sauces
con acento burlón retoza y zumba.
Dejadme sonreir; que mi sonrisa
será un arco de luz sobre una tumba...
Dejadme sonreir. Oculto luego
tal vez podré llorar; pero ante el vulgo
dejadme sonreir, mintiendo calma,
y mostrando placer, mientras el fuego
me abrasa el corazón, me incendia el alma.

El dolor es la cruz de la grandeza.
El dolor hace mártires y genios;
¡hiere el pecho y alumbra la cabeza!
Es el puñal que esplende y asesina,
la lluvia que entumece y que fecunda,
la flama que devora y que ilumina...

El dolor es filósofo y poeta,
con Diógenes fué sabio;
con Cristo, redentor; con Job, profeta.
Y así siendo el dolor el que agiganta,

el pecho que más sufre es el más grande
el cisne moribundo es cuando canta.

Poeta, si eres grande, enseña el golpe
que te han dado en las contiendas rudas:
si eres Homero, enséñame a tu Zoilo;
¡y si eres Cristo, enséñame a tu Judas!
La envidia y la traición son las coronas
que encuentra el genio en su desgracia fiera:
¡cuántas rocas encuentra el Amazonas
que quieren detenerlo en su carrera!...

El águila se pierde entre las nubes;
y al perderse en las nubes, si no aspira
el delicado aroma de las flores,
tampoco en ellas mira
rebullir y arrastrarse los insectos...
¡Poeta, feliz tú! ¡Tú cuando subes
no ves a los espíritus abyectos!

Nada importa la estúpida diatriba...
Sigue, poeta, en tu sublime anhelo,
que quien tiene los ojos hacia arriba
no ve las pequeñeces de este suelo.

Ten el orgullo del potente roble
al que se prenden por subir las yedras:
el alma fuerte en el combate noble
arrastra insultos, como el río piedras:..
Despreciando el rencor de los estultos,
yérguete siempre impávido y sereno;
que, si arrojando a las alturas cieno
ruge la tempestad de los insultos,
¡el clarín de tu fama será un trueno!

LUCHA Y TRABAJO

¡Pobre Pueblo! Recoge la migaja
que te arroja mi loco patriotismo...
Muéstrate humilde, y ríete y trabaja;
pero oculto, al hablar contigo mismo,
medita en tus despóticos mandones
y medita en las sombras de tu abismo.
¡Pobre Pueblo! Trabaja humildemente;
y entre tu corazón llevando el luto,
contempla el porvenir, porque en sus sombras
brilla la punta del puñal de Bruto!

Niño, feliz aun, de amores lleno,
dormitaba con aire descuidado
ayer no más sobre el materno seno;
ayer también sobre el fulgor del trueno,
me despertó de súbito espantado,
el ronco grito del clarín chileno...

Y desde entonces tempestuoso vate,
ya que fuí por la guerra despertado,
cuando el Pueblo sacude su bandera,
lanzo mis versos con potente embate;
porque cantando sucumbir quisiera
asfixiado en el humo del combate!

Viejo, patriota aun, lleno de horrores,
cuando baje a la tumba, donde acaso
nadie me arrojará versos y flores,
miraré con escéptica sonrisa
los esfuerzos del Pueblo y sus furores:
querrá tronchar el cetro del tirano
y romper la despótica divisa,
pero no tendrá fuerzas en la mano...

Yo amo a ese Pueblo que, al mirarme erguido
cantando el himno de las iras santas,
se arrebata, se encrespa se sacude
y arroja sus espumas a mis plantas.
¿Qué poeta en el Pueblo no se inspira?
Briosa la canción, tascando el freno,
se subleva en el fondo de mi lira,
como brusco corcel de ardores lleno,
que se prepara, altivo y prepotente,
a estampar con un golpe su herradura
del tirano brutal sobre la frente...

Maldito el torpe vate que profana
el dolor sacro de la Patria mía,
con su canción melódica y galana,
con sus versos de estúpida alegría
que no hablan de Hoy, de Ayer, ni de Mañana.
El me parece en su estultez impía,
cuando entre el Pueblo la cabeza asoma,
un Ovidio brutal, cínico y vago
entonando los cánticos de Roma
en medio de las ruinas de Cartago.

Yo, por entre el estrépito sublime,
levantándome adusto y orgulloso,
diré lo que en mi espíritu se agita,
para lanzar la frase que redime
y la frase también que resucita.
La Libertad, la Libertad bendita,
la Libertad de ensangrentadas manos,
pide para su frente una corona
fabricada con huesos de tiranos...

Y cuando caiga yo, la canción rota
y roto el corazón; y cuando caiga
después de fulminar la última nota,
y contemple al tirano victorioso,
haré un esfuerzo, y con furor ardiente
¡alzaré en alto mi tronchada lira
y se la romperé sobre la frente!
¡Y cuando del delirio en los excesos

quiera el Pueblo vengarse, yo potente
lanzaré al aire mi canción guerrera;
y hasta los héroes me darán sus huesos
para atizar las llamas de la hoguera!...

¡Lucha, Pueblo! Si ves que algún imbécil
te vence y te domina, no le temas
para hacerle temblar sobre su trono
bastarán tus divinos anatemas...
Ya le verás caer como Juliano,
vencido en su fatídico deseo
alzando al cielo los crispados puños
para gritar:—¡Venciste, Galileo!

¡Arriba luchadores de herramienta!
Pueden todos beber: ancha es la copa...
Rasgando el pliegue de los níveos mantos,
arrebatad el oro que alimenta
la sacra cordillera de mis cantos...
El culebrón de hierro
cruza allá, en las cadenas de montañas,
como un fantasma que rompió su encierro:
volviendo aquí y allá, sobre sí mismo,
sube precipitado hasta la cumbre,
baja precipitado hasta el abismo;
y febril, y veloz, y omnipotente,
camina, corre, escápase y revuela,
mordiendo el riel con acerado diente...

¿Y quién no piensa deslumbrar a Europa,
con el brillo de todos los asombros,
al contemplar en prolongada tropa,
tantas montañas encogidas de hombros?...

Yo canto la piqueta bienhechora,
que abra al trabajo inmensos horizontes;
yo canto la veloz locomotora,
que al traspasar los horadados montes,
ni recula cobarde, ni se arredra:
y esos cantos altivos son los cantos
del hierro triunfador sobre la piedra.

Aprendan todos, como aprende el vate,
la ley de su conciencia levantada
en el curso del águila que vuela...
Agítense las ansias de combate
al fondo del taller y de la escuela,
y aliéntense las bélicas legiones:
porque el moho que hoy cubre los aceros
mañana cubrirá los corazones...

¡Pueblo, no duermas nunca! El sueño embota
y es muy torpe dormir cuando hay derrumbe,
y es muy triste dormir tras la derrota:
que si duermes con aire descuidado,
quizá otra vez, al choque del acero,
te despierte, de súbdito espantado,
el ronco grito del clarín guerrero.

Mas si el Pueblo no lanza sus protestas
y permanece maniatado y mudo;
y si, en lugar de Cristo, encuentro a Gestas
profanando la cumbre del Calvario;
y si, en lugar de ver sobre el escudo
caer al gladiador, huir le veo
de este horrible escenario,
donde Jesús hace el papel de ateo,
¡ay! el pobre cantor meditabundo,
hundiendo en el abismo el pensamiento
verá con turbios ojos este mundo,
y oculto entre la selva enmarañada
la Patria dejará que tanto adora,
y pensará en los besos de la aurora,
y pensará en los ojos de su amada,
cuando levante la canción sonora...

Y con mi propio corazón en guerra
haré escribir de la extranjera tierra
sobre el barro que oculte mis despojos,
que aquí estarían al escarnio expuestos,
la frase de Escipión:—¡Oh Pueblo ingrato,
tú no mereces conservar mis restos!...

LA ULTIMA IMPRECACION

Callo, porque mi grito no se escucha
por las sordas y torpes multitudes;
callo, porque las ansias de la lucha
ceden a las pueriles inquietudes;
callo, porque un Scévola no brota
que hunda la mano en las heroicas brasas;
callo, porque en la atmósfera no flota
el beso enorme que se dan las masas...

Yo prediqué la unión; y el yugo infame
pudo más. Y la plebe que hoy se engríe
la propia mano que la hiere lame,
y en torno del buey Apis danza y ríe,
buscando al trovador de frase tierna;
y olvidando al poeta que apostrofa,
que lanza al verbo de la rabia eterna,
que apunta al vil la amartillada estrofa.

En vano, en vano, con augusto vuelo,
rasgó las nubes la canción del vate,
adivinando desde el alto cielo
los primeros hervores del combate;
en vano, en vano con el mismo anhelo
que hoy también entre mi alma hierve y late,
pensé un instante abandonar el suelo,
para verter mi soberana lumbre
con pródigo deseo y amplia mano,
y mirar triunfador desde la cumbre
tanto lodo social y escombro humano...

En vano pensé un día—y aun perturba
mi alma ese pensamiento soberano,—
sobrenadar en la exaltada turba
que ahogase entre sus olas al tirano;
en vano quise quebrantar el yugo,

y hablarle del divino Víctor Hugo
al dolorido Pueblo. ¡En vano, en vano!...

Truene mi última y bélica palabra;
y que al oirla, enternecido y triste,
el Pueblo redentor sus brazos abra...
Debe oirse mi voz hoy que ya invoco
la sombra del silencio: óigase el canto
que lanza el cisne enfurecido y loco,
como grito de su último quebranto...

Y que el Pueblo brutal no encoja el hombro
al oir de la lucha el grito santo,
con que quiero romper la imbécil calma,
entre tanto dolor y tanto escombro,
y entre tantos inválidos del alma!

Pero ¡oh tirano! el mismo
hosco, terrible y justiciero vate
que hoy reniega del Pueblo, y que al abismo
se lanza en su caballo de combate
no se olvida de ti.
Mi rudo canto
ha de zumbar constante entre tu oído,
como la nota eterna del quebranto
de este pueblo que tú has escarnecido,
que tú has escarnecido tanto y tanto...
Callo; pero insultado habrás de oirte
por mi dura canción resucitada,
que ha de tronar hasta que caigas muerto:
como terco fantasma he de seguirte,
y he de seguirte como un ojo abierto...

Y deseara que hubiera
otra vida no más, para que fuera
eterna esta canción que en mi alma zumba;
sí, que hubiera otra vida solamente
para poderte odiar desde ultratumba!

Yo volveré a entonar otras canciones
cuando el pueblo sacuda su marasmo

y bata a todo viento sus pendones;
cuando brille el puñal y triunte Bruto;
cuando se alce el cadalso victorioso;
cuando se abra la flor y salga el fruto:
pero hoy, Pueblo, te encuentras arrastrado
a los pies de ese déspota, que ansía
resucitar los dramas del pasado,
para incrustarlos en el nuevo día...
Yo, que sobre la cruz me siento fijo,
cuando el dolor mi corazón taladre,
diré lo que Jesús muriendo dijo:
—¡Oh, Tirano, ve al Pueblo; ese es tu hijo!
¡Oh, Pueblo, ve al Tirano; ese es tu padre!

EL SERMON DE LA MONTAÑA

A Rubén Darío

Mustio y enflaquecido por la fiebre,
Cristo va con su caña de viajero
y sus vagos ensueños del pesebre...
Cristo va, paso a paso, en su grandeza,
con su rostro de pálido lucero
envuelto en una nube de tristeza;
y lo sigue la turba hipnotizada;
y él marcha y marcha, pisoteando lodo,
clavando en las alturas la mirada:
¡tiene la enfermedad de verlo todo,
sacando muchos mundos de la nada!...
Mustio y enflaquecido por la fiebre,
Cristo va con su caña de viajero
y sus vagos ensueños del pesebre...

¿Qué voz extraña es esa; tan extraña
que remeda el crujido de los huesos
y el ciclópeo temblor de la montaña?...
¿Qué timbres de expresión tan tierna o ruda
son esos timbres que en variados giros
tienen huracanadas de entusiasmo

con aglomeraciones de suspiros?
¿Qué expresión exaltada
es esa de calor, que zumba, y gira
y se agranda, y retiembla, y hace nada?
¡Es Cristo que habla! El rostro, amoratado;
la sien, radiante; la pupila, inmensa;
y la mano, convulsa, en el cayado...
Habla y habla, y su voz estalla y zumba,
y parece, al vibrar, la voz de un muerto
que predica en el fondo de su tumba...
¿Qué voz extraña es esa; tan extraña
que remeda el crujido de los huesos
y el ciclópeo temblor de la montaña?...

Cristo habla de pobreza y de esperanza,
mientras da con acento tremebundo
una lección de gloria y de venganza...
Tendido el brazo, en actitud grandiosa,
sobrehumano, profético, soberbio,
habla Cristo, y la luz salta y rebosa;
y en su frase con hálito de rosa
como oculto reptil se enrosca el nervio...
Habla a la multitud y el rayo lanza
sobre el hombre que va meditabundo
estudiando el por qué de la esperanza;
y le da con acento tremebundo
una lección de gloria y de venganza...

«Alza la frente, pensador profundo:
—exclama el Redentor, con voz de abismo,—
palpa la realidad, conoce el mundo
y olvídate a menudo de ti mismo...
Cuídate sólo de estampar buen rastro;
y abre los ojos; no confundas torpe
mariposas y avispas...
¡Crees tener en el cerebro un astro
y sólo tienes un montón de chispas!
Vive como una máquina, que apenas
la idea fija en el cerebro zumba,
se sienten convulsiones de cadenas
y se mira la boca de una tumba...

Infeliz quien de todo desespere:
ten esperanza, y el por qué no indagues...
Mira ese cielo, y tiende audaz el vuelo...
Piensa que la materia es lo que muere:
el cuerpo es polvo; ¡pero el alma es cielo!

¡Oh ilusión! ¿Quién penetra hasta el abismo
y a decir sale lo que ha visto luego?
Ten, pensador, confianza de ti mismo:
y ocúpate tan sólo de la herida
que abre en el alma este destino ciego,
y que te encona esta mundana suerte:
¡absorto ante el problema de la vida
no hagas por resolver el de la muerte!...
No veas el futuro, ve el presente
que es sombrío también, ábrete paso...
La sombra aglomerándose en mi frente,
espantada retiembla y se confunde;
al golpe seco de la luz interna
que brota, vibra rápida y se hunde;
y al ver tanto misterio que me hostiga,
y al ver tanta ignorancia que me asombra,
siento que mi retina se estremece
con las palpitaciones de la sombra!...

Amo el misterio. En el misterio se halla
la génesis de todo. Ante el misterio
el sabio pensador medita y calla;
y hoy que este mundo de pavor se puebla,
quiero arrojar mi idea como sonda
a las profundidades de la niebla...
Mas yo no callaré. ¡Sabed, hermanos,
que mi voz es relámpago y azote
para cruzar espaldas de tiranos...
Yo de la sombra sacaré la lumbre,
y de la nada sacaré el abismo,
y del abismo sacaré la cumbre!

¡Oh, déspotas, temblad! Mi voz de mando
será ley en la inmensa muchedumbre,
que ha de ser libre o morirá luchando...

¡Oid, pueblos, oid! ¡Mi idea es fuego,
y como fuego entreabre con sus toques
hasta los ojos lóbregos del ciego!

Yo, que en círculo estrecho os miro a tantos,
medito en vuestras ansias de riqueza
y en vuestra decepción y en vuestros llantos;
y al sentir el ardor de vuestras ansias
pugnando en la pobreza,
con fantástico sueño siento un mundo
que gira alrededor de mi cabeza.
¡Oh, la igualdad! Hermanos, ¿no habéis visto
al sol vertiendo rayos sobre todos?
Así alumbra también el Dios del Cristo;
por eso nivelados en grandeza,
tenéis, ante este mundo, igual derecho
de recibir el Sol sobre la frente
que de tener a Dios bajo del pecho!...
Tal vez, aunque me oís, entrar no puedo
en vuestro corazón; tal vez la brega
deseáis trabar y os contenéis con miedo;
y me asesinaréis con ansia impura
sin poder comprenderme! Sois esclavos,
porque esclavos os hizo la Natura;
y si es preciso que mi sangre corra,
corra también y no respete nada:
la sangre limpia y borra...

Yo quiero predicar esta doctrina,
porque si ella naufraga hoy en mi sangre
mañana surgirá tras de la noche,
cual la luz de las almas matutina
que tras la oscuridad desata el broche...
Yo predico igualdad; porque sin ella,
en el altar no resplandece el ara,
ni en el cielo la estrella;
porque sin ella la conciencia es lodo,
ni en el cielo la estrella;
porque sin ella la conciencia es lodo,
la gloria de la vida es un sarcasmo
y hasta el nombre de Dios se hace un apodo!

Sin igualdad no hay luz. ¿De qué ha servido
que le hayan dado al pájaro derecho
a construir en cualquier campo un nido,
si el hombre con sus siervos y sus reyes,
no obedece al impulso de su pecho
sino al mandato de infernales leyes?
¡El todo para el todo! El mundo todo
es de la Humanidad; y ella, en conjunto,
sola, a sí misma, gobernarse debe:
que obedezca a un impulso y no a un tormento...
¡La hoja que cae y la hoja que se mueve
no obedecen a otra hoja, sino al viento!
¡Oh, los pobres! El reino de la gloria
les pertenece. El que ha cargado yugo
tiene ya su tormento en la memoria...
¡Oh, los pobres! Los pobres que sin jugo
comen el frío pan de su trabajo,
son felices allá... ¡Mirad la altura!
¡Oh, qué gloria es vivir hecho un mendrugo!
¡Oh, qué gloria es vivir hecho un andrajo
porque rompiendo con la vida impura,
los hijos del dolor se santifican
cuando toman olor de sepultura!...

Crucificadme, ¿y bien? ¿Yo hablo al presente?
No: yo hablo al porvenir. La igualdad sacra
será el ideal de la futura gente...
Crucificadme, ¿y bien? Hoy sigo hablando
siempre con rigidez, siempre con calma;
y miro el porvenir; y arrojo el verbo
a las neblinas lóbregas del alma!
Yo, el hijo del humilde carpintero,
sentí latir debajo de la frente
algo así como el alma de un lucero;
y os hablé de pobreza y de esperanza,
y si os quedó semilla en la cabeza
regadla con anhelos de grandeza,
que es semilla de gloria y de venganza!...»

Y golpeó con la planta los abrojos,
y sacudió la temblorosa mano,

pegó los labios y entornó los ojos...
Y luego se alejó mirando el cielo,
tratando de olvidarse de lo humano,
resbalándose apenas sobre el suelo,
mustio y enflaquecido por la fiebre,
siempre lánguido y siempre con su caña
y sus vagos ensueños del pesebre...

Y la palabra aguda y balbuciente
del triste enamorado del vacío,
esparció su fulgor en cada frente;
y entonces irradió sobre ese Pueblo,
entre ígneos lauros y lumíneas palmas,
¡la santa comunión de los principios,
la eterna eucaristía de las almas!...

LA ALONDRA

A Enrique Gómez Carrillo

No te vayas, Romeo, todavía...
la Julieta murmúrame amorosa
y une al dulce reclamo otra ternura:
—No es la alondra...

Yo bien sé, niña, cuando el sol es cumbre,
cuando la luz es triunfo. Hijo de Aurora,
bien sé las sinfonías del Oriente...
—No es la alondra...

Yo he visitado los celestes nidos,
y he pulsado las arpas luminosas,
y he violado el horóscopo del sueño...
—No es la alondra...

Yo he visto frente a frente al astro rubio,
y he escuchado el preludio nota a nota,
y he recorrido palmo a palmo el cielo...
—No es la alondra...

Yo he bebido el licor del cáliz sacro,
y he comulgado la divina hostia
y bajo la patena he puesto el alma...
—No es la alondra...

He arrancado del huevo la avecilla,
de la cáscara vil la almendra hermosa,
de la palabra tibia la áurea idea...
—No es la alondra...

Y yo he lanzado en fin, vocablos libres
sobre las turbas, de cantar ya roncas,
que iban en pos de los Ideales nuevos,
y las vírgenes Ansias, afanosas,

con todas las banderas desplegadas
en la conquista de la Eterna Aurora...
—Vete, Romeo; es tiempo todavía:
¡Sí es la alondra!

EL PRIMER ADIOS (1)

A don Ricardo Palma y don Luis Benjamín Cisneros

Yo he visto los celestes nidos,
una y otra región. Desde temprano,
sacudiendo las alas en el nido,
siempre ensayé mi vuelo soberano.
¡Yo he viajado también! Yo he recorrido
siempre ensayé mi vuelo soberano.
¡Yo he viajado también! Porque he podido,
como hace con sus alas el océano,
azotar con mi loco pensamiento
distintas playas, sin cambiar de asiento!
Y hoy que sobre un bajel rasgo los mares,
quiero decir lo que mi pecho encierra...
Hoy al bélico son de mis cantares,
con el reposo en declarada guerra,

(1) El viaje que motivó esta poesía fracasó, por habérseme reducido a prisión en el momento de la partida.—(N. del A.).

como el poeta inglés, dejo mis lares
en busca de otro cielo y otra tierra;
como el poeta inglés, justo es que vaya
cantando libertad de playa en playa!

Alta la sien, mas con dolor profundo,
dejo la sociedad en que vivía,
para arrancar, valiente o gemebundo,
otras canciones de la lira mía...
Y en la abierta extensión del Nuevo Mundo
desbocándose irá mi fantasía,
como agua que al tocar en la pendiente,
sacudiendo la crin, se hace torrente!

¿Llorar? ¿Y para qué? ¿Para qué llanto,
si el llanto es manantial de sinsabores,
y corriendo al impulso del quebranto
sólo abre cauces y arrebata flores?
¡Ay! El poeta de robusto canto,
como una exhalación de sus dolores
debe sólo reir befando todo:
¡las lágrimas también vuélvense lodo!

Serio siempre, no supe en mis dolores
nunca los labios enseñar risueños:
puse en las secas frases mis amores
y en las agrias estrofas mis empeños;
mas justo es distraer los sinsabores
con la opereta bufa de los sueños,
que ríen hoy en despiadada mofa
tras la máscara fría de mi estrofa.

¡Oh, qué santo es reir! Reir con furia,
reir con insolencia y con sarcasmo,
al sentir de los críticos la injuria
que arranca de raiz nuestro entusiasmo...
Para lograr una grandeza espuria
vale más entregándose al marasmo,
pasear la vista con imbécil calma
¡y romper a reir con toda el alma!

¿Qué importan de los críticos resecos
las estiradas frases, cuando a gusto
repite el pueblo los divinos ecos
del ardiente cantar? ¿Qué el juicio adusto
de los cerebros fósiles y huecos,
cuando el pueblo viril aclama justo
al que solemne cántico le lanza
para hablarle de paz o de venganza?

¿Qué es poesía? Que os lo diga el mundo,
siempre atento a la voz que lanza el vate...
Poesía es hacer que el moribundo
pugne por envolverse en el combate;
es hacer que en el lóbrego y profundo
corazón popular, donde amor late,
odio lata también contra el tirano;
y es colocar el hierro entre la mano!...

Idólatra del Pueblo, es él mi gloria,
mi única gloria. De su voz un día,
a los primeros pasos de mi historia
oí la entonación ronca y sombría...
Guardada en un rincón de mi memoria
está esa voz. La multitud es mía:
el numen sacro entre su copa liba;
canto con ella, y para ella escribo!...

Pensé entre sueños que por fin pudiera,
conquistando un laurel para mi frente,
reir llena de amor el alma entera;
pero nunca sarcástico e insolente...
Y hoy veo ya, que por desgracia fiera
toda esa calma que soñó mi mente
sólo la tumba a realizar alcanza;
¡por eso hay una tumba en mi esperanza!

Hoy que empuño el bordón del peregrino,
siempre en mis horas de zozobra llenas
siento ¡ay de mí! con implacable sino
el alboroto eterno de las penas...
Dócil y mustio empiezo mi camino,

arrastrando fatídicas cadenas
y ciñendo en mis tristes desengaños!
la corona marchita de veinte años!

El mal de Werther por mi sangre corre;
y mi canción apóyase aturdida
en el ayer, cuidando no se borre
el recuerdo ¡ay! de mi ilusión perdida..
Como en la vieja y olvidada torre
sólo el nocturno pájaro se anida,
se anida sólo en mi cabeza ruda
el pájaro nocturno de la duda!

El siglo es un combate. El mundo todo
suspenso se halla de la lid ardiente
que revolcados en su mismo lodo,
libran doquiera corazón y mente...
¡La sangre en el Diluvio sube un codo
por cima de la cumbre prominente;
y en ese mar de sangre, al fin ya rota
el arca de la Fe pugna y no flota!

Hoy una recia ley, una ley fría,
que triunfa en lo brillante y en lo inmundo,
hace que la exaltada fantasía
no suba al cielo abandonando el mundo
hoy que en el amplio resplandor del día
bebe su última luz un moribundo
y su primera luz un siglo infante;
hoy que atrás miro luz y luz delante...

Y a pesar de la luz con vario modo
canto a la Madre Tierra, que inspirada
nos convida al descanso entre su lodo...
Sí; yo quiero, con alma lacerada,
confundirme en la nada de ese Todo,
confundirme en el todo de esa Nada;
y saber si un espíritu se encierra
en este cuerpo, cascarón de tierra!

Cuando a su hijo una madre abofetea,
finge ser en sus cóleras extrañas
una loca irritada que desea
también abofetearse las entrañas...
Y así la Madre Tierra forcejea,
brama de horror, sacude sus montañas,
y, al hundir a sus hijos en el cieno,
se rompe el corazón, se rasga el seno!

La tempestad se impone. El noto brama;
el encrespado mar se precipita;
el soplo de la muerte se derrama;
y todo llora, languidece o grita...
¡Yo amo la tempestad! Su horror me inflama,
su horror me inflama en cólera infinita:
venga la muerte a sorprender al vate;
pero que lo sorprenda en el combate!

¡Al combate!... Si el sol de mi mañana
vierte su luz, y enciéndese mi lira;
y ya desde su trono mi sultana
a su poeta en el combate mira...
¡Ah! ¡Si en medio al fulgor que hoy me engalana
la Musa—Humanidad es quien me inspira,
ella, la diosa de mi amor profundo,
tiene en su corazón también un mundo!

Yo te quisiera dar ¡oh alma de mi alma!
en la ruda explosión de los amores,
el lauro eterno, la triunfante palma,
pero nunca la cruz de mis dolores:
yo te quisiera dar, loco y sin calma,
en mis versos de luz todas las flores,
y con todos los trinos de la Aurora
todos los astros que la Noche llora...

Marco de tu hermosura, cada estrofa
surgirá de mi lira suavemente,
y ella que a los tiranos apostrofa,
tien een su corazón también un mundo!

silbando con silbido de serpiente;
ella que de lo santo haciendo mofa
todo lo punza vívida y ardiente;
ella te besará casta y sencilla,
como el nervudo mar besa la orilla...

¡Oh querub de mis cielos! Yo quisiera
cantarte mi pasión amante y ciego;
y dándote en un beso el alma entera,
en otro beso recogerla luego...
¡Ah! Como fueses tú la Primavera,
que con pródiga mano ante mi ruego
poblaras de tus pájaros cantores!
la flora tropical de mis amores!

¡Toma mi lira! En trémulo desmayo
púlsala con tu mano de querube,
ya que en tu frente resplandece Mayo,
ya que tu idea hasta los cielos sube.
Si es que tú eres rocío y yo soy rayo,
vivir podremos en la misma nube;
y, al confundir nuestros divinos rastros,
beber las luces de unos mismos astros!

Si luchar y vencer es mi destino,
vencer espero tu desdén insano,
que entorpece mi tétrico camino,
no como el río ¡no! ¡como el pantano!
¡Ah! Yo el guerrero del ideal divino
sabré lanzar, potente y soberano,
la *Marsellesa de un amor sin yugos*
de un amor sin testigos ni verdugos!...

Yo el brusco bardo del destino adverso,
lidiando con la envidia y con la mofa,
pongo un pedazo de alma en cada verso
y un pedazo de Pueblo en cada estrofa,
y pongo con amor el Universo
en la frase que punza y que apostrofa,
cuando lleno de fiebre y de locura
canto, endioso y adoro tu hermosura.

Yo que nunca me abato, yo que miro
el dolor con suprema indiferencia,
yo que ni en gloria ni en poder deliro,
yo que sólo me postro ante la Ciencia,
hoy ¡oh adorada! en tu fulgor me inspiro;
hoy depongo ante ti mi omnipotencia;
hoy mi cerebro conmovido estalla,
¡que cuando habla el Amor la Ciencia calla!

¡Pero no puede ser! Porque tú no eres—
de esas hermosas que la turba admira,
que sin fe ni pasión—¡extraños seres!—
endiosan el disfraz y la mentira...
Tú, *bendita entre todas las mujeres,*
sueñas con un cerebro y una lira,
sueñas con un espíritu gigante:
eres una Beatriz que busca al Dante!

A muchas brindé rápidos amores
de vuestra vida en la veloz carrera:
¡hojas anunciadoras de las flores!
¡chispas anunciadoras de la hoguera!
Y hoy de esos erotismos brilladores
hago al verte ¡oh ideal de Primavera!
un ramillete de perfumes lleno:
¡ponte ese ramillete sobre el seno!

Y con él piensa en mí: piensa en la gloria
que lograrás del mundo entre el asombro...
levantando un trofeo a la victoria
tras la encendida lid en cada escombro...
Y piensa en endulzar mi amarga historia;
piensa en poner tu frente sobre mi hombro,
o en dar al sol sin manchas de mi frente
el blanco cielo de tu seno ardiente.

Si es que entrambos pensamos en la suerte
que ha de tener la musa con el vate,
soñando en la Victoria y no en la Muerte
soñemos con los sueños del combate!...
Tú recuestate en mí. Yo altivo y fuerte

resistiré del mundo el duro embate;
y en el diluvio del dolor sin calma,
un Arca de Noé tendrás en mi alma...

Me prestarás tus alas ¡oh querube!
cuando éstas se destrocen en su empeño...
Si hasta el gusano que se arrastra sube,
¿por qué se burlan de mi ideal risueño?
Si tú pones la sien en una nube,
yo tengo un ascensor en cada ensueño;
¡y tú para subir a la grandeza
tendrás que hacer escala en mi cabeza!

A los empujes de mi amor bendito
cederá tu alma indiferente y fría,
como cede la roca de granito
al recio empuje de la mar bravía,
y aunque luche conmigo lo infinito,
el mundo, el cielo, Dios,—el alma mía
tiene fe y esperanza en la Victoria;
¡mío el triunfo será, tuya la gloria!

Es gloria conquistar el duro pecho
que siempre libre del amor se mira...
Pero ¡ay! de mi ilusión es a despecho
un imposible nuestro ideal. ¡Mentira!
Nos separa un abismo tan estrecho
que hasta de puente servirá mi lira...
¡Para llenar abismos hay amores!...
¿Cómo se aman los astros con las flores?

¡Adiós, mujer! Las amorosas lumbres
nunca se apagarán en mis cantares,
ni con el hielo eterno de las cumbres
ni con las anchas olas de los mares...
¡Oh amada! Entre las vastas muchedumbres
sobresaliendo desde extraños lares,
te arrojaré la luz de mis entrañas,
saltando de montañas en montañas...

Pero ¡ah! no esperen que mi mala estrella
implore compasión avergonzado;
y que rendido ante las plantas de ella
sólo me queje del furor del Hado...
Orgullo y dignidad siempre destella
el poeta en las luchas retemplado:
¡yo saldré de las luchas en que vivo,
ya que no triunfador, siquiera altivo!

¡Al combate! El vapor cruje y palpita;
se alzan las anclas, el dolor me abruma;
la ola lenguaraz se precipita;
y la estela sin fin rasga la espuma...
De pie en la popa, con la fe bendita
del que todo lo finge entre la bruma,
por lanzar pugno la postrer mirada
a mi Patria, a mis padres y a mi amada!

¡Oh mis padres! Mis padres, los ancianos
que abriéndome su seno sin fortuna,
con alma pura y con sagradas manos
labraron mi razón desde la cuna,
me verán a través de los oceanos
cual yo los veo... El rayo de la luna
llévele luminoso mi recuerdo,
hoy que en los pliegues del azul me pierdo...

¡El azul por do quier! Ideas santas
sacuden su ala azul entre la mente;
el mar, el azul mar, aquí en mis plantas;
el cielo, el azul cielo, aquí en mi frente...
Y dime ¡oh brisa! que dormida cantas
tornándole después soplo potente,
¿por qué no barres las oscuras nubes?...
¿O es que pierdes las alas cuando subes?

De pie en la popa,—con los rudos brazos
puestos en cruz,—forjando una sonrisa
que a los labios se asoma hecha pedazos,—
palpo las alas de ligera brisa...

¡Y en tanto el corazón rompe sus lazos;
que ese viento de mar que sopla a prisa
o gime mustio en la solemne calma,
refresca el cuerpo, pero quema el alma!

¡Oh qué triste es mirar la sombra densa
que en fantásticos giros se desata,
cuando sentimos la nostalgia intensa
y el agrio dejo de la suerte ingrata!
Coger deseara, como en copa inmensa,
en la estrofa que tiembla y se dilata,
el último suspiro de la tarde
y el beso enorme que en los cielos arde...

Huye la luz. Allá en el horizonte
la tarde— último canto del poema
que lanza el día—sobre el alto monte
fija y clava su olímpica diadema.
Todo está en oración. Justo es que apronte
mi verso augusto, en la extensión suprema
del hondo mar, cuya tendida playa
se esfuma en el azul como una raya...

¡Adiós, Patria! Jamás pueda el tirano
poner su pie sobre tu altiva frente:
finge besarle la manchada mano
y muérdele después con furia ardiente...
Tal vez me mire el mundo americano
cruzar sereno, erguido y sonriente;
pero yo sé que en medio de mis penas
me llevo un eslabón de tus cadenas...

¡Patria, Patria, suicídate! Orgullosa
quema y tala tus campos y ciudades...
Vírgen y mártir morirás grandiosa,
y vivirás grandiosa en las edades;
virgen sucumbe, antes que ser la esposa
de un vil tirano... Y roncas tempestades
pregonarán furiosas sus asombros,
por encima de todos tus escombros!

No importa que con golpes de piqueta
se remueva el terreno; porque el grano
en su febril palpitación inquieta,
seguirá con empuje soberano,..
Entre el revuelto polvo está la veta
del rico mineral; y el polvo vano
revuelto oculta, en génesis profundo,
con sólo una semilla todo un mundo!

¡Al combate! Una lágrima de fuego,
que al poeta suspende y maravilla,
va resbalando y se deshace luego
del Pueblo por la pálida mejilla...
El Pueblo en vano vigoroso y ciego,
al golpear el portón de la Bastilla,
llamó a la Libertad que tristemente
no tuvo fuerzas para alzar la frente!

¡Y hoy vedlo! Está de pie. Más le valiera
soñar con los ensueños de la tumba;
y desprenderse de la lucha fiera;
y amar el sauce donde el viento zumba;
y envolver en crespones su bandera,
y al par que el grito del cañón retumba,
buscar paz, y sin fuerza y sin aliento
hacerse polvo y entregarse al viento!...

¡Ay! ¿Quién no siente entre el oscuro fondo
las horribles nostalgias del combate,
al ver cómo se oculta en lo más hondo
la Libertad que llora y que se abate?
¿Y quién no sueña ante el reptil hediondo
con la olorosa flor? ¡Por eso el vate
llama a la Libertad potente y bravo,
cuando mira correr sangre de esclavo!

¡Ah! Nadie extrañe que, exaltado y fiero,
como mis sueños son y mis pasiones,
tempte el rudo laúd de arco de acero
al bronco diapasón de los cañones...
¡Si mi madre es la lucha, en ella quiero

la inspiración buscar de mis canciones,
y cuando el can de la venganza ladre,
morir entre los brazos de esa madre!

Los que nacimos cuando el son rotundo
del bélico atambor turbó el sereno
sueño con que soñaba el nuevo mundo;
los que nacimos de la guerra al trueno,
los que nacimos al dolor profundo,
sangre y lodo absorbimos en el seno;
y es por eso que echamos sobre todo
lo que ha nacido muerto... sangre y lodo!

¡Oh! ¡qué santo es luchar! Correr ansioso
a la revuelta lid; vibrar la espada;
juntar un verso en himno fragoroso;
y hacerse todo o convertirse en nada...
¡Y luego, allá en las horas de reposo,
vuelta hacia lo pasado la mirada,
poder tapar la boca de la herida
con lauros de la lucha por la vida!...

¡Basta ya, basta ya! Si en el combate,
entre las tempestuosas explosiones,
saben brotar, al destructor embate
por cada corazón cien corazones,
yo sé que ¡oh Pueblo! te ha de dar el vate
por cada verso muerto cien canciones;
y, en tu futura lid con los perversos,
metralla lanzará si hoy lanza versos!

¡Pueblo! ¿No sabes tú que con el tajo
en la abrupta región se abre el sendero;
y en las lecciones que te dá el Trabajo
no admiras la elocuencia del acero?...
Hoy que te inclinas impotente y bajo,
déjame huir veloz; ¡porque hoy prefiero,
más que rico y feliz vivir contigo,
morir lejos de ti como un mendigo!...

Dislocando la frase entre la boca
por justa convicción, nunca por miedo,
sólo callar, sólo callar me toca
ante los vicios que aplastar no puedo;
pero desde otras playas vendrá loca
y viva mi canción, roto el enredo
que rasando el azul rápida y süave
¡volverá como al nido vuelva el ave!

Yo también volveré. Pero si el canto
tiene que apostrofar de nuevo al vicio,
si un tirano profana el poder santo
y el Pueblo es del tirano un desperdicio,
si todo es luto y es baldón y es llanto,
ábreme ¡oh ancho mar! tu precipicio
y arrastra mi cadáver en tus olas
a otras playas sin luz, tristes y solas...

Pero también con ímpetu de fiera,
antes ¡oh mar! de hundirme en el olvido,
escupe del tirano la bandera;
y en conmoción profunda sacudido,
lanza hasta el trono do el tirano impera
una ola de lúgubre bramido,
que exprese al estallar con choque recio
vergüenza y maldición, odio y desprecio!...

EN LA MAZMORRA

(A don Numa Pompilio Llona)

I.

Preso caí. Las resistencias rudas
nada hicieron. Tan sólo me contristo
por mi guía traidor: ¡Infame Judas
que se puso la máscara de Cristo!

Preso caí. Fatídico tabuco
testigo es mudo de la suerte mía,
siempre encima del hombro de un eunuco
de cerebro sin luz. ¡Plena Turquía!

A la mazmorra, donde silba el viento,
llega el rumor del Pueblo y del oceano;
y la peña en que escribo, único asiento
de la prisión, recuérdame al tirano...

Quise huir del dolor y busqué auxilio:
caí en los brazos del dolor eterno;
y empecé sin Beatriz y sin Virgilio,
mi peregrinación por el Infierno.

Cuando rompe la luz de la mañana,
se estremecen mis nervios de poeta,
al oir que la alondra en la ventana
me habla de la inquietud de mi Julieta...

Cuando el sol llega a la empinada cumbre
y alcanza apenas a lamer mi yugo,
pienso en que cae su bendita lumbre
sobre muchas cabezas de verdugo...

Cuando viene la tarde, és justo y santo
que mis entrañas el dolor taladre,
porque al ver las estrellas veo el llanto
que corre de los ojos de mi madre...

Cuando la luna impávida y serena
mira mi pena con tranquilos ojos,
pienso en el Pueblo que al mirar mi pena
no viene a descorrerme los cerrojos...

Cuando la larga noche llega a lo alto
y domina mi espíritu y mi suerte,
pienso en el porvenir con sobresalto
y me duermo abrazado de la Muerte...

Si muero en la prisión y no en la lucha,
por donde vaya escuchará el tirano
mi acusadora voz, tal como escucha
el marino do quier ruidos de océano...

Nada me atemoriza. El Pueblo mismo
dirá en mi tumba su oración gigante...
Subí a la cumbre y bajaré al abismo:
¡la muerte es sólo un paso hacia adelante!

¡Oh desesperación!... ¡Oh desengaños!...
¡Oh Libertad, oh Libertad bendita!
Ella ha sido la luz de mis veinte años:
¡Dios me la da y un hombre me la quita!

II

Sombra profunda. El salmo de mi vida
se ahoga en el silencio de la muerte;
y como un buzo, en la futura suerte
sumergo la cabeza estremecida...

Tal como un ave con el ala herida,
yace la estrofa de mi laúd inerte:
ojalá que otro vate la despierte,
porque no muerta está, sino dormida...

Pulse otro vate mi laúd de acero;
y entonces, como flechas, mis canciones,
rápidas tomarán rumbo certero;

y cada verso que germine y se abra
será el Juicio Final de los mandones
y la Resurrección de la Palabra...

III

Al par que crece el sufrimiento mío
crece el santo furor con que combato...
Odio al mandón y del mandón me río:
cuando me estrechan más, menos me abato...

Aunque me oprima el lóbrego tirano
ni corto mi ansia ni mi ensueño trunco...
Se dobla el junco al peso de la mano
y se yergue después: ¡soy como el junco!

Es justo y noble que mi canto vibre
hoy más que nunca, intrépido y ardiente...
Es mansa el agua cuando corre libre:
¡pónganle vallas y se hará torrente!

Como el león, tras de segura reja,
me quejo con acento dolorido,
pues, como el león, se que mi queja
tiembla con los temblores de un regido...

¿Hasta cuándo la plebe no revienta
y ahoga este baldón y este cinismo?
¡Es que sólo en las cumbres hay tormenta!
¿Pero no hay terremoto en el abismo?

¿Hasta cuándo este déspota altanero
tendrá al Pueblo muriendo entre las ascuas?...
Hoy se quiebran los huesos del cordero:
¿cuándo hará el Pueblo sus sangrientas Pascuas?

¿Hasta cuándo con bárbaro derroche
no se lanza la plebe a la anarquía?
¡Que se fecunde el vientre de la noche,
para que de la noche nazca el día!

¡Cómo! ¿El Pueblo de ideas sacrosantas
gime hoy al golpe de ominosas penas,
inclina la cerviz, besa las plantas,
soporta el yugo y lame las cadenas?

Al ver en mis patrióticos furores
tantos mandones, déspotas y bravos,
me hago también señor de los señores
y me río de todos mis esclavos...

IV

Entre la lobreguez de mi destino,
cambian y mezclan las canciones mías
do Juliano las foscas herejías
con la plácida unción de Constantino...

Para aclarar la vista, no adivino
el mejor medio en mis oscuros días;
si la oración ferviente de Tobías
o la brutal lanzada de Longino...

Alternado el dolor blasfema y ora...
Ora y blasfema el infeliz cautivo
en sus noches de duda sin aurora;

y así de una sonrisa con la raya
targo la fe,—que salta como el vivo
pez ¡que un tumbo arrojó sobre la playa...

V

(ANIVERSARIO PATRIO)

Libertar a la América española
fué revolver el descansado lecho,
prender la chispa y sublevar la ola:
grande la idea fué, pero no el hecho.

Ahí está el Pueblo que la frente inclina;
ahí el déspota está que impone el yugo;
muere la rosa, pero no la espina:
la ley sucumbe, pero no el verdugo...

¡Qué importa sacudir la regla odiosa
que el rumbo sin piedad marca a las greyes;
la espina vivirá muerta la rosa;
y habrá verdugos aunque no haya leyes!...

Murió la hispana ley; pero su muerte
sólo mulitplicó nuestros tiranos:
tan sólo se han tornado, al golpe fuerte,
el monte en piedras, la mazorca en granos.

Mas si acaso le resta al Pueblo beodo
sólo una libertad,—la del suicida,—
¡culpa no es del rocío el hacer lodo!
¡ni el dolor culpa del que da la vida!

¡Oh soldados de ayer! ¡Oh nobles viejos!
desear es justo que el pasado vuelva;
¡y estarse hoy, como troncos, a lo lejos,
contemplando el incendio de la selva!...

VI

Robándome la calma un pensamiento,
como bandido intrépito, me asalta;
que la razón es el primer tormento,
como la vida es la primera falta...

Allá en la media noche del cerebro,
cuando la sombra triunfa y brinca el astro,
corto mis trabas y mi yugo quiebro
y el verbo arrojo de profundo rastro...

Mientras tenga una lira bien templada,
cantando lucharé con los perversos;
y el vil tirano romperá su espada
en el nudo gordiano de mis versos...

Yo he de caer fatídico y sañudo
sobre el mismo laúd con que batallo,
cual cae el gladiador sobre su escudo,
cual muere el caballero en el caballo...

Yo que, como semilla, en los escombros
arrojo el verso de potente jugo,

no enlodaré, colgada de mis hombros,
la púrpura imperial de Víctor Hugo...

El mandón, en la copa de la intriga,
parte embozado, pero no se escapa:
como David, la compasión me obliga
sólo a cortarle un trozo de la capa...

Intrigante brutal, queda desnudo
al luminoso golpe de mi plectro;
que cuando canto yo, seco y huesudo,
álzase de su víctima el espectro...

Acido el gesto y turbia la mirada,
cuando la copa en el festín apura,
sueña ver que la punta de una espada
le señala desde una sepultura...

Como él entre la cárcel del recuerdo,
yace humillado, aunque se finge altivo,
yo soy entre la sombra que me pierdo
más libre que el mandón, siendo cautivo...

Firme el recuerdo para gloria mía
ha de robarle al déspota la calma:
cárcel del cuerpo es la mazmorra fría;
y el recuerdo tenaz, cárcel del alma.

VII

Si falta libertad, sobra la vida...
Pensándolo quizás el vil tirano,
vuelve a ponerme el hierro entre la mano
y renueva la lucha concluída

Pensándolo también, rota la brida,
pábulo doy a mi furor insano:
¡jamás el que me hirió pretenda en vano
halagarme curándome la herida!

Por eso en la prisión el verso zumba
pidiendo sólo libertad o entierro;
que una puerta también se abre en la tumba...

Y muerte pido en dolorosa queja;
porque me aflige contemplar el hierro,
de arma de honor prostituído en reja...

VIII

Vienen a visitarme la Esperanza,
la Fe y la Caridad en compañía;
pero la noche es plena; el sol no avanza
y está muy lejos el ansiado día...

Mi amada acaso, si a su anhelo cede,
vendrá a sacarme del profundo olvido
y a hablarme con pasión, pero no puede;
que aquí no entre el Amor.—¡Está prohibido!

¡Mas no! Mi madre ha de venir acaso
a consolar mis penas dulcemente:
deja el Amor consuelos a su paso,
como a su paso espumas el torrente.

¡Cuando el pesado pórtico se abra,
la oscura Ausencia rasgará su manto;
y ya sin elocuencia la palabra,
ha de cederle la oración al llanto!

Yo no sé qué inefable regocijo
ante cada visita siente el preso:
¡si la visita es de la madre al hijo,
empieza en llanto, pero acaba en beso!

para poder entrar en la mazmorra;
¡Y pensar que la súplica es preciso
y siempre estar con obligada prisa,
sin poder evitar que el tiempo corra!...

¡Oh desesperación! De cuantos modos
mofarse puede de la ley bendita...
¡Oh desengaños! Me visitan todos;
pero la Libertad no me visita!

IX

Alma sin sol, espíritu sin día,
siéntome henchido de rencor profundo:
la prisión es la cátedra sombría
donde se enseña a despreciar el mundo...

¿Qué me importa la voz de la protesta
zumbando alrededor? ¿Qué el loco empeño?
Tórnanse al fin, en prolongada siesta,
el fuego en humo y el dolor en sueño...

Durmiendo así, me muestro indiferente,
glacial, mustio, sin penas, sin enojos;
que aunque de par en par abra la mente,
para no ver mi mal cierro los ojos...

¡Silencio, paz, tranquilidad fingida,
pero en el corazón ánimo fuerte!...
¡Si se espera la muerte, hablar de vida:
si se logra la vida, hablar de muerte!

Ajustada la máscara al reverso,
ni me yergo potente ni me postro;
me he acostumbrado a hablar corrido y terso,
sin contraer un músculo del rostro.

Haciendo del honor sangrienta zumba,
nuestro menguado César de rapsodia
cree que en la prisión, como en la tumba,
a un palmo bajo tierra, ya no se odia...

Aun de la misma tumba en los horrores
y de la muerte en la perpetua calma,

¡sólo concluirían los rencores
si con el cuerpo se pudriera el alma!

¿Retroceder? jamás, mientras recuerde
el talón vulnerable y el flechazo...
Nada del odio en mi desdén se pierde:
¡la garra existe aunque no dé el zarpazo!

X

Mientras haya en la cúspide un tirano,
mientras haya en el antro un prisionero,
mientras en la ciudad quiera el guerrero
hacer lo que en la breña y en el llano,

mientras no se alce el Pueblo soberano,
yo, hecho Job de este inmundo estercolero,
he de cantar las rabias que el acero
siente al hallarse entre la puerca mano...

Y cual mano que rueda cercenada
prendida siempre al puño de la espada,
bregando seguiré siempre con ira...

Y logrando aplastar a los perversos
los hundiré en la cárcel de mis versos;
¡y como reja les pondré mi lira!

Callao, Aljibes y Casamatas, 1894.

TESTAMENTO DE AMOR

(EN LA PRISIÓN)

Por la señal del bíblico madero,
ya que morir espero
en esta lucha desigual me obligo,
con la diestra en el pecho colocada,
a olvidar a mi amada
antes que perdonar a mi enemigo...

El Odio sabe amar: ama lo bueno;
ama el fecundo seno
donde la ardiente sed su fiebre sacia;
ama el dolor que es cruz, la fe que es canto,
el recuerdo que es llanto
y el ensueño imposible que es desgracia.

El Odio sabe amar; por eso vengo
a ofrendar el que tengo
en los altares del Amor bendito...
Odio—así con silencio—al insolente
y estúpido presente:
¡recibo el golpe, sin lanzar el grito!

Yo, en medio de la lucha, con asombro,
que me tocaba el hombro
una mano fantástica sentía;
y volteaba la faz, y hallaba al punto
junto, pero muy junto,
el dulce rostro de la amada mía...

Esa eterna visión hoy me acompaña:
mi odio es una montaña
sobre cuya alta cumbre el Sol fulgura;
y ese Sol eres tú, ¡Virgen bendita!
¡Virgen que de Afrodita
heredaste la clásica hermosura!...

Y hoy vas a recibir el testamento
el postrimer aliento
de un corazón que por el tuyo late...
Muy pronto sobre mí, rasgada y floja
batirá su ala roja
la bandera del último combate.

Yo soy el prematuro veterano;
yo soy el pobre anciano
de veinte abriles, que por fin desmaya;
yo soy el buzo que me hundía a solas
del Pueblo entre las olas,
que hoy arrojan un náufrago a la playa...

¡Y yo soy ese náufrago! Y yo el viejo
astro que su reflejo
mira desvanecerse en el vacío;
yo el fosco gladiador, hoy moribundo,
quiero a la faz del mundo
dártelo todo, porque todo es mío!...

¡Mío es el Sol y mío es el Oceano!
Yo tengo entre la mano
los matadores rayos del Tonante;
y el trueno ronco de mi ardiente verso
rueda en el Universo
como la voz de un Pueblo agonizante...

Mío es todo: también el süave aroma;
la cándida paloma
y la rosa inflamada; la laguna
de solemnes y eróticos desmayos:
y los últimos rayos
—azahares deshechos—de la luna!...

Y eso es tuyo también. Copo de espuma,
cojín de blanda pluma
es tu seno; y en él la gloria existe,
existe para mí, que en dulce anhelo,
al morir, sobre el suelo
pondré tu nombre espiritual y triste...

Así como Pizarro con su espada
dejó una cruz grabada,
donde un beso estampó con loco exceso,
yo con mi sangre escribiré tu nombre,..
¡Y el poeta y el hombre
morirán a la vez con sólo un beso!

Y ese beso, después, irá sin calma
a resonar en tu alma...
¡Ah! Ya en tus labios palpitar lo miro,
lo miro palpitar cual mariposa
encima de una rosa;
y, al no poder ser beso, ser suspiro!...

¡Oh, los orgullos póstumos que siento!
Oir el dulce acento
de la Oración que dobla la rodilla;
lágrima ser en tu pupila luego;
¡y ser chispa en el fuego
que devora a la vez trono y Bastilla!

Ser la columna de humo en el desierto,
para el vulgo inexperto
que busca al hombre sin baldón ni tacha;
y al verlo combatir con los tiranos
palpitar en sus manos,
prestando un hueso para mango de hacha!

¡Ah! Todo es amor y Odio es todo eso;
que en el último exceso
vienen Odio y Amor a ser lo mismo...
Todo el que odia lo bajo, ama la altura;
y a un golpe de Natura
lo que cúspide fué tórnase abismo!...

Mi amor quedará en ti: quedará en tu alma,
cuando otra vez la calma
tras las angustias del dolor recobres;
y mi odio a los tiranos sin conciencia
quedará como herencia
para que se reparta entre los pobres!...

Callao, subterráneos del castillo, 1894.

JUICIO FINAL

A Nicolás Augusto González

Hoy que las cumbres de las almas dora,
saliendo del abismo de las almas,
el primer beso de la nueva aurora;
hoy que el Pueblo despierta y resucita,
quiero vibrar las inmortales palmas,

viendo que entra la Ley ya triunfadora
en esta ideal Jerusalen bendita;
y mi canción, que antes fué tajo, ahora
que Cristo salta del sepulcro estrecho,
es la postrer palabra redentora
y es el Apocalipsis del Derecho!

Como surgió Jonás de la ballena,
surjo de la prisión, lanzando el verbo
de la Justicia a la caldeada arena,
cual paladín de un pueblo sin cadena,
de un odio santo y de un dolor acerbo.
Desatar quiero ese odio comprimido,
en mis estrofas de arrebato y pena;
porque nada me espanta ni me asombra:
en las mismas prisiones he sabido
pelear como Leonidas, *a la sombra!...*

Torne el insulto y enmudezca el ruego...
Lucir sobre la frente es mi esperanza
una lengua también del sacro fuego
en el Pentecostés de la Venganza;
que hundiendo al César de menguada estofa
se empinan hoy sobre el ataque ciego,
sobre la envidia y la rastrera mofa,
el Padre Pueblo y el poeta Hijo
y el Espíritu Santo de la Estrofa!

Si no hubiera una ley que refrenara
el furor del oceano, un borde fijo
siempre en el vaso, y una misma vara
para medir a todos, cuánto y cuánto
temporal sin piedad se desatara;
y unos a otros, con furor y espanto
disputándose irían cara a cara
la momentánea posesión de un manto;
y el manto rasgaríase; y el día
acaso llegaría
en que, tras del combate, aquel que pudo
a todos imponerse ¡ay! quedaría
sin manto que lucir, también desnudo...

Fulgure el iris.
En verdad os digo
que no he visto—en conciencia—a mi enemigo
con el puñal de Bruto hundido al pecho,
cuando la plebe le ajustó la dura
e inflexible medida del derecho;
porque nunca los déspotas villanos
merecen recibir muerte tan pura
de unas tan nobles y tan limpias manos...

Pero en verdad os digo
que le miraba fugitivo y lejos
de esta Patria infeliz, avergonzado
de verse en mis estrofas retratado
como en claros y límpidos espejos,
creyendo ser por único castigo,
ese mismo infernal decapitado
que en los cuadros dantescos surge horrible,
y lleno de fatídica extrañeza
se halla por un impulso irresistible
¡condenado a jugar con su cabeza!

La Patria miró a un hombre que surgía...
Hablaba de Verdad, de Bien, de Gloria;
y amplio horizonte a la esperanza abría;
¡era el Angel del Mal de nuestra historia
anunciando el albor de un falso día!
Y surgió el hombre. En ademán resuelto
lo escaló todo. ¡Y el honor lo ha visto
cruzar así como un Satán envuelto
en la divina túnica de Cristo!...

El, que soñó ser grande y fué pequeño;
él que debió vengar la patria ofensa;
él, que hoy conoce que el poder es sueño;
él las vendas rasgó de las heridas;
y fué traición, debiendo ser defensa,
y fué Efialtes, debiendo ser Leonidas!

Fué un histrión. Hoy que rueda a las ignotas
mansiones de los hondos precipicios,

le acompaña el baldón de sus derrotas:
César de teatro, que sus alas rotas
sintió al volar. *¡Pequeño hasta en sus vicios!*

Cuando miró que la rebelde ola
le salpicaba con sangrienta espuma,
al romper en la playa triste y sola,
fingió un mundo de monstruos en la bruma;
y acobardóse; y en la peña erguido,
como Luzbel lloró su antigua pompa,
que se desvaneciera en el olvido...

Era el juicio final. A la llamada
de la guerrera trompa,
la justicia surgió transfigurada;
y el Pueblo—como un juez—supo tranquilo
mirar correr la sangre, y de la sangre
se salvó al fin, como Moisés del Nilo!

Sepan así los que en las bregas rudas
se alzan contra los déspotas que oprimen,
que hoy, como ayer, las víctimas del crimen,
desoladas, hambrientas y desnudas,
también crucificando se redimen:
—a Cristo no—crucificando a Judas!

—¡Lázaro, ven a mí!—gritaba altivo
Jesús, el buen Jesús, ante un sepulcro;
y en vez de un muerto aparecía un vivo...
Lázaro aparecía
y caminaba hacia Jesús, y luego
despertaba azorado y revivía...
¡Oh historia que pasó! ¡oh historia santa!
Hoy habla un Cristo ante las razas muertas
y el Lázaro moral no se levanta;
y a la vez ese Lázaro, arrastrado
por el delirio que en lo arcano zumba,
con rudo acento los espacios hiere,
para gritar del fondo de su tumba:
—¡Oh Cristo, ven a mí;!
Y el Cristo muere.

Así no ha sido. El libro de la Historia
se cierra por la página de luto,
mientras la sombra del severo Bruto
surge entre las fatídicas alarmas...
Sacerdotes del Pueblo: ¡canten gloria!
Soldados del Ideal: ¡presenten armas!

Ved al ángel caído: se abre paso,
de espalda al sol, por la región sombría...
¡A haber muerto Caín, Abel acaso
también sobre su tumba lloraría!
Quien debió al recibir el golpe rudo
caer sobre el escudo con grandeza,
cayó con pequeñez bajo el escudo
y hacerle el Pueblo en realidad no pudo
mayor baldón: ¡dejarlo con cabeza!...

ANTE EL PUEBLO

¡Oh Pueblo! De tus labios he aprendido
el verbo libertad y el himno ideal...
Tal como el ave que abandona el nido
y por las altas nubes se pasea
para luego volver donde ha partido,
por las regiones de la luz febea
me he paseado también, airado y suelto;
pero de ti he partido y a ti he vuelto!..

Tú me has dicho tus íntimas congojas,
me has hablado de todos tus dolores,
y me has rodeado de banderas rojas,
y has cantado mis versos luchadores...
¡Ah! Yo que como un ave entre tus hojas
formé mi nido y aspiré tus flores,
quiero hoy treparme a tus dolientes ramas
y prender fuego y envolverte en llamas!

Ya sin ideal y sin vigor, con calma
de sepulcro, en verdad, tú, siempre adusto,
dormías como un león bajo una palma
donde la sierpe se enroscó... Con gusto
quizás te hubieras arrancado el alma;
que como el Rey Don Carlos en San Justo
estabas entre pompas sepulcrales
contemplando tus propios funerales!

Dentro las venas resbalaba el frío
de la debilidad... ¿Qué harán las aves
sin alas para el vuelo? ¡Oh Pueblo mío!
¿qué te restaba hacer? *¡Quemar las naves!*
Y quemar algo más: en el bravío
Jordán de sangre es justo que te laves;
¡porque el Jordán de sangre limpia todo,
arranca piedras y fecunda el lodo!

¡Oh Pueblo! Deja que a la vez que te ame
odie tanto baldón y tanto enredo:
ya no puede romper el yugo infame,
pero tampoco soportarlo puedo...
Cuando el mandón, colérico, te llame
ante su tribunal ¡ah! tú sin miedo,
cual la heroica mujer, para su mengua
arráncate y arrójale la lengua!

¡Oh Pueblo! Al fin en libertad te dejo
y tus pasados infortunios lloro...
¡Con la experiencia de un esclavo viejo,
odia los yugos aunque sean de oro!
¡El déspota febril de hosco entrecejo
ya nunca, nunca, en su brutal desdoro,
te hará corcel para la lucha horrenda,
ni buey para el arado de su hacienda!

¡Detente, musa!... El Pueblo generoso,
que es todo dignidad, lo indigno olvida:
jamás en la grandeza de un coloso
puede una pequeñez hallar cabida.
El Pueblo alzando su pendón glorioso

se lanza a los combates por la vida;
¡y siempre noble, con segura mano,
mata a la tiranía, no al tirano!

Es la última vez que el verso mío
turba el silencio en que la paz gravita:
¿a qué lanzar el cántico sombrío
de la muerte, hoy que todo resucita?
En sus avances desbordado el río
riega el campo que riego necesita;
mas debe regresar al cauce luego
¡para que el campo se aproveche el riego!...

EN LA ALDEA

POESIAS AMERICANAS

(San Pedro de los Chorrillos.—Estío y Otoño de 1893)

PRELUDIO AZUL

¡El libro ya está abierto! Lee, amada,
este libro que he escrito, ora en las noches
de dolor—a la luz de tu mirada,—
ora en los días que pasé aturdidos
gozando, a pleno campo, los derroches
de perfumes, colores y sonidos...

Este libro es el mudo confidente
de las del alma tempestades fieras,
que me sofocan en el lecho ardiente;
y de todos los cantos y las risas
que lanzo, a toda voz, por las praderas,
al volado descuido de las brisas...

Lee, amada, mis versos a esa hora
en que la tarde trémula se esfuma,—
meciéndote en tu blanda mecedora,
el pie asomado entre tu blanca falda
cual breve caracol entre la espuma,
y libres los cabellos a la espalda.

Láncete el sol sus últimos destellos:
infle tu falda el aire impertinente,
después de alborotarte los cabellos...
Así debes leerme: así mecida,
suave, amorosa y sosegadamente,
¡ya que es sólo un vaivén toda la vida!

¡Lee, y encontrarás, una por una
todas tus ilusiones alocadas
de bienestar, de gloria y de fortuna;
porque en el ansia que tu ideal me inspira,
a tus cinco sentidos afinadas
tengo las cinco cuerdas de esta lira!

Castillo de barajas es la aldea:
de ella te voy a hablar; pero perdona
si algún vocablo la expresión afea.
El amor campesino el frac rehusa:
no la tersa levita se abotona,
sino se abre más bien la fresca blusa...

Este mismo aire respiraste un día,
en esta misma tierra el pie pusiste
y aquí mismo te adoro todavía.
¡De ti me hablan el campo florecido
y el mar, que llora al doblegarse triste
como mi alma en las playas de tu olvido!

¿Me has olvidado? ¡El corazón protesta!
Lo sé: ¡del labrador que la cultiva
nunca puede olvidarse la floresta,
nunca tampoco el cáliz del rocío,
nunca el labio del beso mientras viva,
ni el mar del monte mientras haya un río!

¿Y yo olvidarte? En el dolor me pierdo,
pero orientarme hacia el placer consigo
por el secreto imán de tu recuerdo...
¡Tú eres a mí lo que al abismo el lampo,
lo que el oro es al hambre del mendigo,
lo que el torrente es a la sed del campo!

¡Cómo puedo vivir, así, tan lejos,
sin oirte, sin verte, sin palparte,
absorto ante tus mágicos reflejos,
si tú, cuando mi espíritu se interna
en lo profundo, eres mi Ciencia, mi Arte,
mi Luz, mi Numen y mi Vida eterna!...

¡Aunque lejos estás, mirarte creo,
porque tiene el amor sus embriagueces
en que todo se ve con el deseo;
y ebrio así, y aspirando tu fragancia,
cerca te veo, y me imagino a veces
que no existe ni tiempo ni distancia!
Te veo... ¿Y qué es la lluvia bendecida
¡ay! para el cáliz de la rosa mustia
que ya jamás ha de probar la vida?...
¡Pero valor!... ¡Yo no creí en el alma
hallar desiertos de mortal angustia,
donde no echara su raíz la palma!
¡Te veo; y basta!... ¡Tu belleza copio
en mis versos de amor; mi alma vacila;
y floto y vago, entre mis sueños de opio;
y, al ir vagando por camino incierto,
veo resplandecer en tu pupila
todos los espejismos del desierto!..
Lee, y verás que llenos de amargura
mis pobres versos a probarte vienen
que aun el recuerdo de tu amor me dura.
¡Ya dulces, ya violentos, a tu oído
mis versos sonarán; que en ellos tienen
el buitre y la paloma un mismo nido!
Lee mis pobres versos, ya que el yugo
sé constante llevar de tus amores;
devóralos y exprímeles el jugo;
porque acaso el mayor de mis placeres
está en verlos morir como esas flores
que deshojan, jugando, las mujeres...

CAMPO DE LUCHA

Ahí cayó el patriota. De su mano
se desprendió la espada commovida,
que fué una cruz sobre la masa muerta
¡como fué un rayo con la masa viva!

Si hay un Dios, y ese Dios abre los ojos,
y ese Dios todo mira,
mirar debiera lo que aquí debajo
causa en el sol, hasta en el sol, envidia.

Y si no es ciego Dios, y ve los triunfos
que la derrota misma
puede entrañar, debiera abrir los labios
y fuego dar a la palabra hoy fría...

Debiera abrir los labios y elocuente
en su lengua infinita,
apostrofar con rabia a los verdugos
y defender con cólera a las víctimas...

¡Oh gran Dios! Pero ¿qué de tu palabra?
¿Qué de tus frases límpidas?
Abre los labios y háblanos; no sea
que se te crea mudo o sin justicia...

Habla para mostrar al héroe oculto;
habla, para decir las glorias íntimas;
habla para que en todos los cerebros
truenen los nombres que la patria olvida...

¡Oh, yo sé que es el campo la gran tumba
do mezclan sus cenizas
ricos y pobres, nobles y plebeyos,
como en el vientre de una madre misma!

Yo sé que ha de encontrar todo un poema
el rudo obrero de labor proficua,

rasgando esas entrañas maternales
y leyendo esas páginas perdidas;

ahí, bajo la tierra, en ese abierto
libro de fojas áridas y limpias:
de una campiña, un campo de batalla;
de un campo de batalla, una campiña...

En árboles y flores transformados
saldrán los héroes de su tumba hoy fría;
que si el hierro guerrero les dió muerte,
¡el hierro labrador les dará vida!...

AQUI ESTOY

¡Oh dulce aldea! A visitarte vengo
buscando dicha y persiguiendo calma:
un ansia de cantar despierta tengo
en la infinita vaguedad de mi alma...

Quiero cantar tus valles dilatados,
donde jamás el labrador reposa;
y cantarte mi amor, ya que clavados
me dejaste los ojos de una hermosa...

¡Qué dulce es ver, cuando la tarde gime
con los gemidos de una muerte ignota,
el pentágrama que el arado imprime,
donde en forma de flor brinca la nota!...

¡Qué dulce es ver, cuando la luz su broche
entreabre en el confín del firmamento,
por los campos la huida de la Noche,
cabalgando en su hipógrifo violento!...

¡Oh aldea! Por tus calles y tus campos
la guerra un día, derramando muerte,

cruzó rodeada de siniestros lampos
como un espectro descarnado y fuerte...

En tu alto morro que mis ojos pasma
¡oh dulce aldea! la neblina flota;
y en ella, como el ala de un fantasma,
volar parece una bandera rota...

MORIR

Yo quisiera morir en el campo,
sobre el musgo de mi árbol paterno,
embebido en el último lampo
que rasgue las brumas de un día de invierno...

Yo quisiera bajar de la cumbre
en que trabo la lucha sombría;
y embebido en la última lumbre
unir a mi muerte la muerte del día.

Hoy el hierro de Bruto en mi mano
sólo vibra al ideal del suicidio:
hace tiempo que todo lo humano
me sume en la noche de un hondo fastidio...

¡Qué fastidio es mirar como queda
triunfadora la sombra que fluye;
y mirar que girando la rueda,
y voy como niebla que arrastran los vientos.

La fatídica lucha es cansada;
y por eso, ya falto de alientos,
cojo el báculo en vez de la espada
si empieza de nuevo, de nuevo concluye!

Yo *luchar a la sombra* no quiero:
que del musgo tendido en la alfombra,
ya que falto de fuerzas me muero,
¡quisiera de un árbol *morir a la sombra!*

¡Morir joven! Estúpida calma
la que ahoga los cantos soberbios...
¡Luchar quiero con toda mi alma,
con toda mi sangre, con todos mis nervios!

¡Y morir en el bélico choque,
oprimiendo la lira en la mano,
con el beso del último toque
que estampe en las cumbres un sol de verano!

EN LIBERTAD

Amo la libertad; por eso al campo
me salgo a meditar sobre una roca,
mientras salta la estrofa y salta el lampo
de flor en flor, como de boca en boca.

Amo la libertad. De mis ideas
surgen llenas de amor las claridades.
Aquí cerca se apiñan las aldeas;
y allá... ¡se congestionan las ciudades!

Lejos del *qué dirán*, alzo y derrumbo
sueños extravagantes y alocados;
mientras... ¿quién sigue en la ciudad un rumbo
sin ir viendo los rostros a ambos lados?

Lejos del efectismo, en mis amores,
del arroyo feliz canto el donaire;
y canto la belleza de las flores,
que dibujan sus besos en el aire...

Callo cuando los últimos reflejos
alzan el himno de las tintas rojas;
¡y escucho resonar, allá, a lo lejos,
el palmoteo de las anchas hojas!...

MARINA

Tintas de conchaperla desde el cielo
fórmanle fondo a la disuelta bruma,
en que la ardiente fantasía espuma
paisajes locos con febril desvelo.

Una barca al impulso de su anhelo
entreabre el mar con sutileza suma;
y rasga rapidísima la espuma,
como rasgando de una novia el velo.

La tarde enlobreguece la ribera;
y el astro rey, antes de hundirse a solas
del horizonte tras la azúrea raya,

con un último lampo reverbera
en las arqueadas lenguas de las olas
y en los tendidos peces en la playa...

LA BIEN AMADA

Tú me dirás qué verso he de cantarte,
qué gloria, qué fulgor, qué gentileza,
¡oh luminoso espíritu del Arte!
¡oh cuerpo encantador de la belleza!

Tú eres la misma que inspiraba al vate
ímpetos de vigor y ansias de brega;
y le empujaba al choque del combate,
combatiendo también pálida y ciega.

Tú eres la misma de la lid... Hoy triste
juegas acaso con mi ruda espada;
y recuerdas las furias que tuviste,
y tu aleteo de paloma airada.

Hoy que recuestas sosegada y mustia
sobre el campestre lecho la cabeza,
véote yo con amorosa angustia,
padeciendo y gozando en tu belleza...

Llena de perfecciones y tranquila,
vibras del alma al misterioso lampo;
y ostentas en la trémula pupila
reflejados el cielo, el mar, y el campo.

¡El campo, el mar, el cielo! Virgen pura,
logrando sólo tú la eterna palma,
tienes algo de flor en tu hermosura
y algo de espuma y arrebol en tu alma...

Te amo: porque de mi odio entre las brumas,
amo también el campo con sus flores,
amo también el mar con sus espumas
y amo el cielo también con sus fulgores...

Te amo, al saber que rubias y morenas
tiénente envidia con ideal diverso;
mas todas porque ven que tú encadenas
Escultura, Color, Música y Verso...

Te amo, porque las artes con terneza,
rinden su vasallaje a tu hermosura:
el Verso, ardor; la Música, viveza;
el Calor, luz y formas, la Escultura.

CUADRO VIVO

Encima de una tumba, con exceso,
en el mismo panteón pareja amante,
recorre, entre aturdida y delirante,
toda la gloria musical del beso.

¡El humilde panteón en donde el yeso
quizás nunca hecho estatua se levante,

hoy ve el cuadro que vivo y palpitante
forma la carne sobre tanto hueso!

Los amantes se ocultan temerosos;
por eso astutos el cuidado toman
de guarnecerse en las mortuorias fauces.

Ahí, murmuradores y curiosos,
desde la vecindad, sólo se asoman
sobre las tapias los arqueados sauces...

LA CAMPESINA

¡Levántate! La aurora ha despuntado,
y el abuelo regaña y te resondra...
Campesino, ¡despierta! ¡En el tejado
revienta una canción por cada alondra!

Sacudes presta el último beleño
y te incorporas en el lecho blando;
rompes los lazos que anudara el sueño;
y gallarda, y de pie saltas cantando...

Buscando fuerzas y salud prolija
para el abuelo de sesenta octubres,
le escancias rebosante en la vasija
la leche espesa de las tibias ubres.

Eres así como una Hebe amante
que, desterrada en un rincón del mundo,
le dá el néctar en copa de diamante
a un Júpiter tronado y moribundo!...

Sales al campo fresco. Alegre chispa
siente el sátiro viéndote, escondido;
y te hace rueda la envidiosa avispa,
zumbándote con lúbrico zumbido...

Tú sin cuidarte del centauro ardiente,
que espía astuto el baño de las ninfas,
rápida te desnudas, y sonriente
surcas del lago las calladas linfas...

Y de las linfas en el claro espejo
retrátase la copa soberana,
llena de esplendidez, del árbol viejo
de los acusadores de Susana.

A la orilla también del mismo lago,
lavando los pañales infantiles,
aspiras en el aire húmedo y vago
el mismo aroma de tus veinte abriles.

Tendidos los pañales en los cerros
fingen, después, del sol a las vislumbres,
banderas de un ejército sin hierros
que marcha a la conquista de las cumbres!...

¡Oh dulce vida de serenas ondas!
vida que resbalar tranquila dejas,
entre el fresco murmullo de tus frondas
y el nítido vellón de tus ovejas...

Sigue viviendo alegre y sin cuidados:
no ante el rumor de la ciudad te asombres,
¡más vale ser pastora de ganados
que ser pastora de rebaños de hombres!

MAR AFUERA

Tiéndese haciendo curvas la espuma blanca
en los abiertos brazos de la ribera;
y por sobre la espuma su estela arranca
mi falucho que parte del mar afuera.

Entre blancos jirones de tristes brumas
el pontón, a lo lejos, se balancea;

salta la isla en medio de las espumas;
y el mar hincha la ola que cabecea.

En la peña insolente que se abalanza
y alza entre remolinos las crestas rotas,
soñando sus ensueños de bienandanza,
apiñánse los patos y las gaviotas.

Guarda un pie entre las plumas del ala abierta
el alcatraz inmóvil que finje el cojo;
y tranquilo parece que se halla alerta
escondiendo su pico y abriendo un ojo.

Allá en las altitudes de cada ola
el bufeo, que abrirse camino quiere,
salta, y el negro lomo se tornasola
con el último rayo de luz que muere...

Parte el falucho y vuela süave y ligero,
cuando tenue del día brilla la lumbre;
y del sol el radiante rayo postrero
va saltando y saltando de cumbre en cumbre...

LA QUEBRADA

Es la quebrada una insolente brecha
que con tajo viril corta el camino,
y rauda precipítase y sin tino
hacia el mar que encogiéndose la acecha.

Ante el mar la quebrada se despecha,
al no poder seguir en su destino;
se contrae con golpe repentino;
y se abre, como un libro, al fin deshecha.

Ella que luce en fértiles adornos,
de vida tropical, fuerzas extrañas,
turbando la aridez de los contornos,

fecunda todo en su interior abierto,—
¡cual madre que se abriera las entrañas
para darle calor al hijo muerto!

SIESTA

¡Oh placer musulmán! Dulce tristeza
me convida a soñar, en süave lecho;
y, tendido en el campo, la cabeza
voy inclinando blandamente al pecho.

El párpado, que salta al menor ruido,
va cayendo y cayendo poco a poco:
todo lo miro vago, entredormido;
y al fin el pecho con la barba toco.

¡Qué süave lasitud! En mis soberbios
cánticos de pasión soñando apenas,
voy estirando mis malditos nervios,
como el mar que se estira en las arenas.

¡En cuánto pienso! La dorada cima,
al gran beso del sol, piérdese lejos;
y oigo del campo la solemne rima;
y me hundo de esa rima en los reflejos...

¡Oh música! ¡Oh señora de los mundos!
¡Tú que adivinas, al primer acento,
lo que dicen los báratros profundos,
lo que murmura el bosque y habla el viento!

Todo en el valle con amor se esfuma
bajo enorme y opaca sinfonía...
Reina el sol; ¡y es por eso que la bruma
se ha refugiado entre la mente mía!

Y de la bruma, envuelta en los deshechos,
el fantástico son de arpas eolias,

va surgiendo mi amada con sus pechos
blancos y puros como dos magnolias!

¡Oh placer musulmán! ¡Dulce tibieza!
¡No entrabéis más la mente atolondrada:
justo es que se levante la cabeza
cuando se piense en la mujer amada!

¡Arbol que me ofreciste lecho y sombra,
recibe del poeta los cantares:
de tus hojas caídas en la alfombra,
han dormido un momento mis pesares!

Y ya que vuelvo enfurecido y bronco,
a la obligada lucha de los hombres,
quiero estampar sobre tu duro tronco,
entrelazados con amor dos nombres.

Si una mano después osa el ultraje
de arrancarte esos nombres en pedazos,
tú crispándote en cólera salvaje
los debes defender con tus cien brazos!

EL MORRO

Centinela avanzado que se empina,
defendiendo del mar la dulce aldea,
sueña el morro en la bárbara pelea
de la öla estallando repentina.

De la playa a los cielos se avecina;
y, en su sien escarpada y gigantea,
la luz del sol pletórica chispea
o la bruma temblando desafina...

Como cuanto más alto es cada monte
puede más de su cumbre divisarse,
porque se ensancha más el horizonte,

asombrado del morro ante el anhelo,
¡nadie atina si el morro al empinarse
más agua quiere ver o ver más cielo!...

LA ISLA

Inflámase la isla, allá, a lo lejos,
con los sanguíneos besos de la tarde,
mientras haciendo el sol su último alarde
dora del mar los límpidos espejos.

Asilo de pósteros reflejos,
la isla por el sol de pasión arde;
y a su pie el mar inclínase cobarde,
llorando triste sus amores viejos...

Antes de que Moisés con fuerza extraña,
a un golpe, del peñón de dura entraña
sacar lograse el manantial que encierra,

alguien hizo más grande maravilla,
¡porque golpeó con mágica varilla
en la mitad del mar... y brotó tierra!

EN EL POTRERO

Sobre el potrero que vigor transpira
en sus tibios y lánguidos reposos,
el desalado viento zumba y gira
por los cañaverales rumorosos...

Entre las verdes cañas, serpentina
y angosta senda un carrizal separa,—
senda en que a trechos con orgullo empina
su ígneo penacho la gentil zacuara!

En la espesura, mugidor y ardiente
corre el toro ya libre del arado;
y allá, junto a las tapias, el torrente
ladra como un mastín encadenado!

Algún mozo de campo en plena lucha
su ardua tarea intrépido acomete;
que, entre el murmullo trémulo, se escucha
el sentencioso golpe del machete!

Pleno cañaveral. Signo es del cielo
la cruz de cañas que en la verde alfombra
se proyecta, inclinándose hacia el suelo,
como empeñada en abrazar su sombra...

LAS AVES

¡Cuántas aves que anidan sin recelo
en un árbol, que es luego cruz o nave,
tienden por fuerza misteriosa y grave,
como el árbol también, al mar o al cielo!

El ave es ambición que huye del suelo
y es alerta estentóreo o trino süave;
que el canto más glorioso es el del ave
y la línea más pura es la del vuelo.

No importa—ya que el sol rasga las brumas—
que el mal persiga al bien y el buitre altivo
a la paloma, hecho un Satán con plumas;

que, mientras alas tengan y garganta,
serán las aves el emblema vivo
de todo lo que vuela y lo que canta!

EL BAÑO

Hacia el baño corriendo va la hermosa
desatado el cabello por la espalda,
lanzando en la carrera presurosa
a todo viento voladora falda.

El pie menudo y afilado estruja,
en su marcha veloz, la flor que huella,
mientras ceñido el cinturón dibuja
curvas de tentación en la doncella.

El baño es el ideal. Con toda prisa,
en inviolable cárcel de madera,
desátase la falda que la brisa
hinchaba voluptuosa. El mar espera.

Traje corto. Las mangas recogidas
lucen dos frescos y turgentes brazos.
¡Las bañistas se mecen comprimidas,
formando un paraíso en mil pedazos!

Entra la hermosa. La resuelta espuma
rompe a sus pies con música de trueno;
el mar le abre los pliegues de la bruma,
y le da un golpe en la mitad del seno!

Cae de espaldas. De su abierta boca
salta la carcajada a borbotones;
porque la ola histérica la toca
corcobeando con bruscas inflexiones...

Finge luego al nadar blanca gaviota.
Y sacudiendo el pie bate la mano;
mientras encima de su seno flota
el beso inacabable del océano...

Yérguese de los pies sobre las puntas,
luciendo, en plena faz, cárdena roncha;
y recoge agua entre sus manos juntas,
que fingen blanca y entreabierta concha...

Sale por fin del mar. Húmedo el traje
muestra las glorias de la curva llena;
y las espumas como níveo encaje,
desprendidas del pie, bordan la arena.

Cuando el húmedo traje rompe el lazo,
para enjugar su desnudez de diosa,
siente en las formas el supremo abrazo
de la sábana abierta y temblorosa...

PLAYERA

Filósofo es el mar: se alza y se llena;
y después de estallar en broncos ruidos,
corta su voz, apaga sus latidos,
y se dilata en la extensión serena.

Sabe que hay una ley que lo refrena;
y, sus sueños al ver desvanecidos,
se queja con furiosos alaridos
y como un gladiador rueda en la arena.

Almas que el ansia de luchar obstina:
venid conmigo a la arenosa raya,
y veréis cómo el mar también se inclina;

que el rendirse ¡ay! cuando el vigor se abruma,
es solamente respetar la playa,
y dejar de ser ola, y ser espuma!...

LA LAGUNA

El despeinado copo juguetea
al golpe de ala del cansado viento,
que retiembla sin brío y sin aliento,
sobre la espuma que a su soplo ondea.

El pato nadador se balancea,
al resbalar con tardo movimiento,
por el azul cristal, que un firmamento
cuajado finge donde el sol chispea,

El blanco cisne, incólume y tranquilo,
arqueando el cuello, al desgarrar la espuma,
bate del ala el recortado filo.

Y doblegado, con las fibras flojas
por el dolor, un sauce que se abruma
llora en el agua sus marchitas hojas...

NOCHE DE MAR

¡Cuántas noches a cantar
desciendo hasta la ribera,
donde un recuerdo me espera
como saliendo del mar!...

Amo el vaivén del oleaje;
la bruma de tristes galas:
el golpe de ignotas alas,
entre el espumoso encaje;

el rugido que apostrofa;
el cielo gris; y el fanal,

que es como punto final
de toda la enorme estrofa.

Amo el lucero prendido
al manto real de la noche:
recuerdo que entreabre el broche
en las fauces del olvido.

Cada estrella es un recuerdo
que el sol a la noche envía:
por eso hoy, que en la sombría
mansión del dolor me pierdo,

hoy que voy loco y sin calma
buscando mi propia huella,
si un recuerdo es cada estrella
una vía láctea es mi alma.

Cuando se pierde una gloria,
el alma, vuela al ayer,
debe también aprender
a soñar con la memoria;

que así visto el pensamiento
más bello y límpido es,
cual si pasara a través
de una gran luna de aumento.

Por eso bajo a soñar
de noche hasta la ribera,
donde un recuerdo me espera
como saliendo del mar...

Es ella la que el acorde
puso en mis versos de amor.
Yo fuí el vaso; ella el licor,
¡y el licor llegó hasta el borde!

Afinada nota a nota
su alma estaba con la mía:

el amor es armonía:
el desdén es cuerda rota.

Un día huyó. La vi huir
hacia su país lejano:
¡alguno, yo o el océano,
no debería existir!

Esa noche, en esta playa,
entre el lóbrego capuz,
vi a lo lejos una luz
trazando una inmensa raya...

Era la nave traidora
en la que mi amada huía:
un lucero parecía
que iba en pos de alguna aurora.

¡Oh noche de negro espanto!
Era como ésta; lo mismo:
el fanal en el abismo
como una gota de llanto.

¡Ahí está! y aunque arrancar
pudiera yo en mi dolor
la ancha página del mar,
¡nunca podría enjugar
esa lágrima de amor!

EL GALGO

Echado está a mis pies: hunde dormido
la cabeza en las patas delanteras
y así sueña con todas sus carreras
y con todas las liebres que ha cogido.

Largo, elástico—así como tendido
con ímpetu veloz en las ligeras

ansias con que recorre las praderas—
se despierta y sacude al menor ruído.

La cenicienta piel, aunque se afana
el huevo por salir con raro empeño,
finge el lustre de limpia porcelana.

Súbito tiembla con extraña fiebre;
porque ve que en los campos del ensueño
donde menos se piensa está la liebre.

EL PAVO REAL

El pavo real es el señor vizconde
que con gollilla tornasol pasea,
que entre plumas magníficas se esconde,
y con un grito trémulo responde
si la alegre gallina cacarea...

Vedle cómo, señor de los señores,
mueve a compás el cuerpo en que tremola
la bandera de todos los colores,
mientras luciendo va todas las flores
sobre el arco iris de su abierta cola...

Vedle cómo en su cuello, donde empieza
ese matiz que entre las plumas vaga,
orgulloso levanta la cabeza:
vedle cómo conoce su belleza
y con su propia vanidad se embriaga.

Pasea como un rey entre sus salas,
luciendo altivo las abiertas rosas
que en amplia confusión forman sus galas;
él, que tiene en la cola y en las alas
prendidas un millón de mariposas...

LA ESPIGA

El golpe de la hoz sobre la espiga
repercute en el cielo; porque el cielo
hace del trigo el pan que calma el duelo
y hace la hostia que el pesar mitiga.

El codiciado pan de blanda miga
y la hostia ritual son, sobre el suelo,
trasuntos de ese Dios que da consuelo
al mismo que lo insulta y que lo hostiga.

En el campo la espiga que se mece
a compás de las músicas del viento,
siempre hacia el cielo sin doblarse crece.

Heraldo el trigo de ventura y calma
cuando no es hostia, es pan: es alimento,
¡cuando no para el cuerpo para el alma!

CANICULA

El alma de los campos desfallece
soñando con el alma de los cielos:
triunfa el príncipe Sol. El fuego crece
en la fermentación de los anhelos.

Acre transpiración. Sombras extrañas
los árboles proyectan blandamente;
y hay murmullos de amor entre las cañas
y risas de placer en el torrente...

Puesta sobre las tapias la cabeza
rumiando el buey el último resabio
contempla la inmortal naturaleza,
triste el ojo y caído el belfo labio.

Trepado a un sauce, sobre débil rama,
busca el pilluelo el pájaro escondido,
que más que nunca se alboroza y ama
purificado en el crisol del nido.

El que con los sudores de su frente
amasa el pan, rendido y cabizbajo
batallador del surco y la simiente,
tregua pide a las luchas del trabajo.

En la lejana cumbre el sol chispea
entusiasta y viril, con santa furia;
y como un amplio mar ruge y ondea
sobre los verdes campos la lujuria...

El ave se une al ave, el grano al grano,
lanzando el himno del eterno coro;
y el Sol ajusta el himno soberano
a las cien cuerdas de sus arpas de oro...

La canícula es sueño y es reposo;
y el campo en ella es languidez y fuego,
mientras no siente el largo y delicioso
escalofrío bautismal del riego...

EL GALLO

El de la pluma recortada y fina,
del amplio pecho y de la frente enhiesta,
es el gallo,—Tenorio que domina
sobre la blanda y cándida gallina,
—¡Tenorio con estacas y con cresta!

Ese Tenorio que a su Inés adora,
despiértala al rayar de la mañana,
cuando el beso del sol las cumbres dora,—
¡centinela avanzado de la aurora,
primer clarín de la primera diana!

La gallina azorada que despierta,
al soplo ardiente del amor se esponja,
mientras el gallo, con el ojo alerta,
del estrecho corral canta a la puerta;
¡que si el Tenorio es él, ella es la monja!...

CARNAVAL

Siempre galante, impávido y risueño,
viejo raro que nunca se envejece,
solicita al amor que le enloquece
y que le incita dislocado empeño.

Carnaval luce, con alegre ceño,
apurando la dicha que apetece,
algo así como un sol que se estremece
en los ojos azules del Ensueño.

El, que es en la ciudad un estirado
bailarín, rompe aquí reglas tiranas,
danzando libre sobre el verde prado.
Ríndese y duerme al fin; y al fin, sin ganas,
despierta hecho un Don Juan, desencajado,
de hondas ojeras y de verdes canas...

EN LA CAMPIÑA

La campiña se tiende cortada a tajos;
el arroyo circula bajo las plantas;
y en raudos borbotones ríe y murmura,
con los gorjeos roncos de cien gargantas.

Las flores vanidosas hinchan su cáliz;
los árboles se empinan llenos de orgullo;

y entre las ramas secas, tiembla el gusano
envuelto en la blancura de su capullo.

La araña trepadora teje sus hilos,
y sus tendidas redes prestto enmaraña;
y hay con cada tejido mil fibras de oro;
y una gota de fuego con cada araña.

Retumbando y ocultas a ras del suelo,
pálidas y modestas y pudorosas,
las violetas se juntan formando grupos
como ramilletitos de mariposas.

Resplandecen los picos de las montañas;
castiga el sol los campos como un verdugo;
canta el ave; la lampa se hunde en el polvo;
y al surco va el arado y el toro al yugo...

EL ARADO

Dejad que goce en amistoso trato
del verde campo y del verano austero:
más que la lid de Napoleón prefiero
la deliciosa paz de Cincinato.

Ajeno al banal ruido y al bonto,
sin huir de la paz seré un guerrero;
y, en el arado, blandiré ese acero,
que es súplica de amor y no mandato...

Abre el arado fecundante herida,
en que germina la gloriosa suerte
de la campiña plácida y serena;

porque ese acero es libertad y es vida,
en vez de aquel que es tiranía y muerte,
¡tajo en la espada y nudo en la cadéna!

EL POEMA DE LAS FLORES

Soñé que cada flor tenía un alma;
y que en las almas de las flores todas
vibraba el beso que febril, sin calma,
rebosaba del borde
de las inmensas y solemnes odas
que elevaba el jardín en ca'a acorde,
desde las almas de las flores todas...

Soñé lo que cantaba. Era el salmo
de la vida del hombre enfermo y triste,
que cura sus dolencias por ensalmo
con sólo alzar las flores
que troncha bajo el pie, y en la que existe
el verbo espiritual de los amores
de la vida del hombre enfermo y triste...

Soñé lo que deseaban. Tutelares
después de ser sobre las cunas, rosas,
sobre los magnos lechos, azahares,
querían con empeño
violas y lirios ser sobre las fosas:
velar, como el primero, el postrer sueño,
después de ser sobre las cunas rosas...

¡Soñé la apoteosis! Todo ardía
transfigurado en el furor del estro;
y en cada flor del cáliz surgía
un femenino busto
como hecho a golpe de cincel maestro...
¡Y yo de flor en flor, zumbaba a gusto,
vuelto en enorme moscardón siniestro!

EL POEMA DE LAS FRUTAS

Simbólico festón. Amplia y espesa
enramada de vides forma el techo;
y de la hierba húmeda en el lecho,
tendida se halla la silvestre mesa.

Sobre los hombros de un gran Atlas pesa
un recipiente, para tanto estrecho,
en donde saltan del montón deshecho
la piña enorme y la menuda fresa...

Corona la alta torre una partida
manzana de oro, que a gustar provoca
frescas corrientes de ignorada vida;

y empinándose así la torre ufana,
se hace una torre de Babel que toca
el cielo del amor con la manzana.

LA CULEBRA

Bajo la hierba se desliza y salta,
rompiendo el tallo y profanando el nido,
en zig zag caprichoso y aturdido
como presa de fiebre que la exalta.

Alrededor de la robusta y alta
encina secular trepa, sin ruido;
y enroscada después, lanza el silbido
alentador de la primera falta...

Entre los sueños de mi mente oscura,
triunfante en el macábrico dominio,
la he mirado surgir reseca y dura;

y vibrar en los aires, empuñada
por el Genio infernal del Exterminio,
matadora y viril, como una espada.

EL SAPO

Piedra con vida, que al saltar sin tino
del negro monte por el seco tajo,
vas a caer en el oscuro y bajo
charco,—espejo de todo lo mezquino.

¡Qué pequeño y qué torpe es tu destino!
¡qué torpe y qué pequeño es tu trabajo!
sólo sirves, así como estropajo
para limpiar el lodo del camino...

¡Oh bufón de los campos! si te irritas,
—como un puño apretado—en la maleza
muestras al cielo tu joroba y gritas.

Hundir debieras la aplastada frente;
que, así chato, pareces la cabeza
rebanada de golpe a una serpiente.

A UN ARBOL

Cuchichean tus hojas sus amores,
tus pájaros se besan disolutos...
¡y no está el azahar entre tus flores!
¡y no está la manzana entre tus frutos!

En vano te alzas retemprado y bronco;
también inclinas al amor la frente:
todas las primaveras, en tu tronco
se enroscará la bíblica serpiente.

Quizá al golpe del hacha que te hiere
una cruz o un navío en tí palpita,
porque al golpe del hacha el árbol muere,
pero apenas ha muerto resucita.

Cruz o navío, erguido en los altares
o abriendo el agua con potente anhelo,
conducirás los cuerpos por los mares
o llevarás las almas hacia el cielo...

PROCESION DE RAMOS

Hoy se celebra la triunfal entrada
de Jesús a Salem: blanda pollina
con su adorable carga se encamina
por la senda de rosas alfombrada.

Luciente procesión: La aglomerada
plebe, que en torno de Jesús se empina,
vibra la palma de la fe divina
cual pudiera vibrar radiosa espada.

¡Y el saqueo está ahí! La ajena gloria
curiosidad despierta: ¡y pobre el alma
que nunca en otra provocó un deseo!

Es una ley por eso, de la Historia,
que así como en el triunfo hay una palma,
en la palma del triunfo haya un Saqueo.

LA NOTA GRIS

¿Dónde la nota gris? La sinfonía
de los cielos clarea. Es el instante
en que sobre el cadáver del lucero

nace el sol rey; y el embriagado Día
de su volcada capa de diamante
vierte en el campo el iris vocinglero.

¿Dónde la nota gris? Hasta del llanto
del abrupto peñón la eterna gota
luce también su cristalino encanto...
La alegría es ya cumbre; el triunfo nota...
el trino de la alondra limpio y suelto
en torno se desgrana. Hacia el abismo
el Espectro, espantado de sí mismo,
en su gran dominó se aleja envuelto.

¿Donde la nota gris? No son las alas
propiedad de los pájaros... A veces,
con loco giro, en las campestres salas,
cruza el insecto alado, que Natura
formó a la postre, acaso con las heces,
aunque el áureo escorpión simula en vano
ascua de eterno ardor y en su blancura
un dije de marfil finge el gusano.

Entre la hierba húmeda; entre el seno
de las cumbres ocultas y ateridas,
surge la nota gris; roncha o veneno...
Bajo las flores trémulas y erguidas
que inciensan o matizan lo que tocan,
los insectos que triunfan sobre el cieno
turban el himno azul y se dislocan...

Todo no ha de ser mal. La abeja zumba
la canción del trabajo entre las rosas;
y hacia el almo confín parten radiosas;
de los abiertos labios de una tumba,
como besos de amor, las mariposas...
¡Oh, vosotros, insectos,
que palpáis los cadáveres infectos,
como que sois amados de las fosas,
y conocéis los últimos efectos
y el origen primero de las cosas!
¡oh, vosotros, insectos! En la noche,

cuando la flor de luz desata el broche
sobre la nube parda y el Arcano,
como un ángel custodio abre las alas,
acaso, acaso en las funéreas salas
del adormido y rumoroso llano,
debéis de oir, a las más altas horas,
el trino de la alondra, que sus galas
lucir quiere con mágico deseo,
cantando la canción de las auroras
entre la calavera de un Romeo...

Todo marcha hacia el bien. Y vendrá el día
en que merezcan los insectos palmas
y triunfen como notas de alegría
sin turbar ya los himnos soberanos
de la campiña azul... ¡Oh, cuántas almas,
que hoy mariposas son, fueron gusanos!

EL BUEY

El buey, que de paciencia se reviste,
cruza a calmar la sed en el torrente,
mientras corre el novillo alegremente
tras de su hembra que a amarle se resiste...

Nada tan duro y tan cruel existe
como el yugo sufrir del impotente;
y tener ¡ay! que doblegar la frente
cuando se alza el amor. ¡Nada tan triste!...

Palpita el ansia que fecunda y crea;
y ante el cuadro triunfal de los amantes,
parece que hasta el árbol palmotea...

El buey se cubre de un sudor de fragua;
tiembla; los ve con ojos vergonzantes;
inclina la cabeza y bebe su agua...

LA LAMPA

Cuando el reloj de la cuarteada torre
a las doce ha llegado;
cuando la luz como una ola corre
de tejado en tejado;
cuando suda el Trabajo y cuando el Hambre
cava su propia tumba;
mientras que del telégrafo el alambre
electrizado zumba;
mientras el viento cálido requema
la frente sudorosa;
mientras canta la vida su poema
y la Muerte reposa,
golpe tras golpe, empuje tras empuje,
en la florida pampa,
al clavarse entre el polvo tiembla y cruje
la reluciente lampa.

Ella en la mano del Trabajo brilla:
es la conquistadora
que saca al sol la cálida semilla,
que el sol requema y dora;
es la conquistadora de la grave
y eterna poesía
que se compendia en la migaja süave
del pan de cada día.

¡Bendito sea el pan! Mas no el que sobre
en la mesa del rico,
sino el que arranque de la tierra el pobre
con la lampa y el pico:
no ese que arroja estúpido y ufano
el lujo con su planta,
sino ese otro que va de mano en mano
como una hostia santa...

Cuando el Trabajo intrépido jadea
sudoroso y potente,
y cuando un ave en cada flor gorjea
y un sueño en cada frente;
cuando la vida erótica palpita
en oleadas serenas;
cuando la savia del amor se agita
del árbol en las venas;
cuando todo rebulle y se levanta
con ansia tumultuosa;
cuando la vida su poema canta
y la Muerte reposa,
golpe tras golpe, empuje tras empuje,
del osario en la pampa,
al clavarse entre el nicho, tiembla y cruje
la reluciente lampa.

Ella que mueve y que fecunda el llano,
en el panteón desierto
saca a veces al sol, en vez de un grano,
la cabeza de un muerto.
Ella, sabe, burlándose de todo,
que la gloria es un mito,
y que sobre una página de lodo
se lee lo infinito...

Ella también trabaja cuando el beso
de las luces revienta:
sobre la lampa el sol,—de hueso en hueso,—
relame la osamenta...
Y ella, entre el polvo del sepulcro hundida
con golpe seco y fuerte,
es así como el brazo de la Vida
abriendo las entrañas de la Muerte.

EL MAESTRO DE ESCUELA

El dómine paciente y circunflejo,
de calado birrete, se pasea;
y medita y trabaja en una idea,

con febril ademán y hosco entrecejo.
Mientras uno decora con despejo,
otro alumno cantando de corrida;
y la tropa infantil chilla y vocea,
fija y pendiente del callado viejo.
¿En qué piensa el señor? Piensa que todo
a golpe de palmeta y por espanto,
si no cambia de sér, cambia de modo;
y piensa que no hay acto ni hay objeto,
que no se encierre en la lección de canto
de la escala inmortal del alfabeto.

EL CEMENTERIO

¡Qué blanco está el cementerio
tendido entre la maleza!
¿Por qué será que el misterio
tiene color de pureza?

¡Qué verde el campo parece
tendido allá en lontananza!...
¿Y por qué lo que florece
tiene color de esperanza?
El panteón junto a la ermita,
con su lánguida hermosura
parece una hoja marchita
caída en plena verdura.

Y como nota de horror,
y de lóbrego alborozo,
el nombre de enterrador
lo lleva un alegre mozo;

y el mozo que, abriendo a tajo
las tumbas, entierra muertos,

no cree que estén debajo
los cadáveres despiertos:..

Los fuegos fatuos le miran;
el mustio ciprés le llama;
las sombras en torno giran;
y él trabaja, y ríe, y ama.

El de las tumbas se olvida
para pensar en su suerte;
y su lucha por la vida
es la lucha por la muerte.

Los muertos le están mirando;
le llama el viento que zumba;
¡pero el sigue trabajando
y se sigue alimentando
con el polvo de la tumba!

¡Qué blanco está el cementerio
tendido entre la maleza!
¿Por qué será que el misterio
tiene color de pureza?

LOS MOLINOS

Allá se ven de la vecina aldea
las burladoras aspas de molino,
girando arrebatadas y sin tino,
con fe que impulsa y rabia que jadea.

Una estrofa en las aspas voltejea,
lanzando al cielo el cántico divino
del hombre triunfador sobre el Destino
y del viento enfrenado por la idea.

Cuando, entre las penumbras de la tarde,
veo allá... los molinos, donde en vano
un gran beso de sol palpita y arde,

¡espero ver que de las aspas brote,
sobre flaco rocín, y lanza en mano,
el tipo espiritual de Don Quijote!...

DE TARDE

Tarde apacible, desabrida y mustia...
Retiembla el sol, con épica agonía;
y lanza de los cielos en la angustia,
los parpadeos últimos del día.
El labrador cansado de la lucha
que libra a pleno sol,—al hombro el hierro,
regresa hacia el hogar, a donde escucha
los alaridos lánguidos del perro.
Y mientras todo con color de barro
dilatándose va triste y sereno,
en el enorme y palpitante carro
como una nota rubia salta el heno.
El sol se abraza al árbol. Y el donaire
de la campiña desfallece luego...
El buey muge; y allá... brincan al aire
los agudos silbidos del labriego.
El flautista a la puerta de la choza
en llorar el crepúsculo se empeña,
viendo los ojos de una aldeana hermosa,
que la cartilla del amor le enseña.
Y mientras charlan sin cesar los viejos
y los niños se dicen sus antojos,
los amantes conversan desde lejos
con el abecedario de los ojos...
Cántase la epopeya de las luces;
saltan los astros en la bruma espesa,
el derrotado sol se cae de bruces
ante la Noche; y Satanás bosteza...
Los que se aman repiten su querella
de noche ya sobre la verde alfombra;
y ambos se miran en la misma estrella;
¡y ambos se envuelven en la misma sombra!

EL MONUMENTO

(JUEVES SANTO)

Mil lámparas alumbran la agonía
del buen Jesús. En el rasgado velo,
palpita, así como un sacro anhelo,
el germen áureo del Eterno Día.

Allá, al fondo, en la bóveda sombría,
rueda la bruma con pausado vuelo:
cada rincón oscuro se hace un cielo;
cada mundo de pena, una alegría...

¡Impiedad es la luz! Por eso luego
la Iglesia, con la sombra en que se enluta,
va enjugando sus lágrimas de fuego;

y al fin un solo cirio se estremece,
ante la cruz cuya silueta enjuta
adelgázase más cuanto más crece...

VIERNES SANTO

La cruz yace sobre el polvo. Duerme el templo. En los [altares
ya los coros abatidos de las vírgenes no cantan.
Secos cirios, arropados en las sombras tutelares,
con nostalgias luminosas, de las sombras se levantan.

En el órgano—ese duro roncador empedernido—
duerme el cántico los sueños de sus místicos ensalmos;
y se escucha que resuenan en el fondo del oído
los gorjeos de las notas postrimeras de los salmos.

El espíritu escapándose en el verbo que aletea,
va girando por las nubes esperando que se le abra

el gran pórtico dorado del alcázar de la Idea,
donde al pie del Padre Eterno canta gloria la Palabra.

La neurótica creyente, en fantástica ternura,
murmurando sus cortadas oraciones, se arrodilla;
y en sus labios perfumados con colores de mistura,
todo llora, todo gime, todo tiembla, todo brilla...

A través del casto velo de las gotas de su llanto,
ella observa el lienzo oscuro que hacia un lado se divisa:
Satanás alza los cuernos a los pies del ángel santo,
con la boca dilatada por estúpida sonrisa.

¡Oh qué pánico! ¡oh qué frío va corriendo por las venas!
¡oh qué vértigo de sombras! ¡oh qué golpes de locura!
La neurótica creyente que en su Dios pensaba apenas,
como ha visto al diablo salta y en sus rezos se apresura.

Ella ha visto que un fantasma gira en torno de las luces;
y teñida con los tintes inflamados de la rosa,
atropella sus palabras, con los dedos hace cruces
y va hundiéndose en las nieblas de la iglesia silenciosa.

Todo calla. La campana de las torres yace muda;
y sus cantos que ayer mismo fueron gloria, hoy fuesen [mengua
taciturna con sus sueños melancólicos de viuda,
bamboléase en las sombras, amarrada de la lengua...

Mas en medio del silencio filosófico y profundo,
se levanta el señor cura; y espaciando la mirada,
con la idea en los abismos, con las plantas en el mundo,
sube a lo alto del Gran Todo, baja al fondo de la Nada.

mueve ideas, cambia rumbos; mueve frases, cambia giros;
y, a los lóbregos pasando de los tonos más serenos,
va soltando las palabras como lánguidos suspiros,
como besos, como quejas, como gritos, como truenos...

ARBOLES VIEJOS

Hasta el árbol tronchado en el camino,
sin hojas, y sin frutos, y sin flores,
puede prestar asiento a los pastores
y un báculo prestar al peregrino.

Así el anciano de experiencia y tino
máximas da que evitan sinsabores:
y sin savia, ni aroma, ni colores,
cumple su ley y tiene su destino.

¡Oh, labrador! Escucha mi consejo:
te debes resistir cual me resisto
a cortar ramas aunque estén desnudas

porque puede salir de un árbol viejo
quizás la cruz en que sucumba un Cristo,
quizás la rama en que se cuelgue un Judas.

EL SANTO SEPULCRO

(PROCESIÓN)

Bamboleándose cándido y suave
va el Señor con sin par gentileza,
como encima del ala de un ave;
y la chusma fanática y grave,
en coreada oración zumba y reza.

A una cruz que enlutada camina,
en altar que entre inciensos se esfuma
y que cruje y retiembla y se empina,
el ya muerto Señor se avecina,
sobre un lecho cuajado de espuma.

Se deslizan dos largas hileras;
y rodeando al Señor como adorno
de rojizas y extrañas lumbreras,
van del lecho clavadas en torno
temblorosas las pálidas ceras.

Un runrún infinito que atruena
los oídos, palpita y estalla
en la gran procesión nazarena:
allá lejos, al fin... triste suena
destemplado clarín de batalla.

Larga tropa de fríos soldados
acompaña los santos dolores:
mal seguros y mal enfilados,—
los clarines al par destemplados,
destemplados al par los tambores.

Casi en medio, Jesús, ya rendido
por el peso de un árbol que asombra,
pues no tiene una hoja ni un nido,
va de túnica oscura vestido
como pálida y trémula sombra.

El buen cura, entre cien feligreses
con un místico orgullo se entona,
para alzar sus católicas preces;
un rayito de luz cae a veces
en la tersa y rapada corona...

Todos llevan los ojos clavados
en el Dios de los grandes martirios,
por la fe de ese Dios arrastrados...
Y jazmines y rosas y lirios
a sus pies van cayendo mezclados...

¡Sopla el viento, y apaga los cirios!

LOS VAMPIROS

El vampiro es la astucia: se cuela
batiendo sus alas y dando sus tumbos...
¡Puñado de sombra que salta, revuela,
combina los brincos y quiebra los rumbos!

Pero a veces en vano a la chica
y oscura ventana del templo se pega;
y encima del muro repica y repica,
con ansia apurada, con fe loca y ciega.

¡Cuántas veces también yo pegado,
sufriendo paciente ludibrio tan duro,
con alas nerviosas he dado y he dado
histéricos golpes encima de un muro!

Y he sabido golpeando con calma
que existen mujeres con pechos de piedra,
con hoscos vampiros adentro del alma
y encima del cuerpo ropaje de yedra...

¡GLORIA!

La aldea ayer no más entristecida
cobra hoy nuevo placer; que en torno vierte
alborozada luz la misma Muerte
desde el cenit de la perpetua Vida.

Como corcel que destrozó la brida,
el alma deja la materia inerte;
y entre los bruscos cambios de la suerte
brota transfigurada y desprendida.

Es la Resurrección. Mientras que llena
la Pascua todo de inefable brillo,
surge el aldeano en traje dominguero;

y luego, en aras de la alegre cena,
se inclina a la amenaza del cuchillo
la humilde frente del pascual cordero.,,

EN EL SALON

¡Entrad!—me dijo el estirado paje;
frunció la faz con rápida sonrisa;
y descorrió de golpe en la cornisa
el doblegado alón del cortinaje.

Ceñido el cuello de espumoso encaje,
surgió ella leve, vaporosa, aprisa,
ahogando el taconeo con que pisa
entre frufrú de su sedoso traje,

Nos saludamos con cortés palabra.
Hablamos del estío adusto y fiero
y del trabajo que fecunda y labra.

Hablamos de la ardiente poesía;
hablamos con ardor... Cogí el sombrero;
y le estreché la mano: ¡estaba fría!

EN LA ALCOBA

Olor de nido. Sonrosada lumbre,
tras la pantalla, esplende en la cortina,
entre la cual a Venus se adivina
llena de placidez y mansedumbre.

Como el pálido copo de la cumbre,
yace Venus, helada y cristalina;
mientras que afuera el campo desafina
con su rumor de ronca muchedumbre...

Duerme ella al fondo de su cuja blanca,
luciendo un brazo que torneado arranca
y el alabastro de su seno combo,

sin más testigos en la paz nocturna
que el Cristo agonizante entre la úrna
y los chinos bordados sobre el biombo...

EN EL COMEDOR

Mágico hervor, que se dilata en torno,
saltar hace la nota cristalina
de la ancha copa que el aldeano empina,
del carnaval por el feliz retorno.

Es un arado el singular adorno
único que impresiona la retina;
y allá, tras de la puerta, se adivina,
caduco, ahumado y ceniciento un horno.

Hoy es Pascua. Hoy del sol al postrer lampo,
bebe una misma copa con su amada
el labrador, por la salud del campo;

y hoy a la cena la Embriaguez asiste,
danzando alrededor de una colgada
ave sin plumas, retorcida y triste.

EN DESCANSO

Tendido está el gañán. En su sereno
rostro de paz resbala una sonrisa,
mientras lo cubre jugueteando el heno
con los extraños juegos de la brisa.

El sol va combatiendo en retirada.
Los árboles sacuden la cabeza;
y empínanse, la copa iluminada,
abriéndose de brazos con pereza.

Y la tarde, poniendo como huellas
sombras cargadas en las anchas fosas,
enterró al sol, habló con las estrellas
y acarició las frentes sudorosas...

El tendido gañán, lleno de asombro,
por las campiñas, con el hacha al hombro,
al fin se incorporó. Y hacia su nido
cruzó lanzando su especial silbido.

La noche hallóle bajo un árbol viejo
junto a su choza, en actitud serena,
viendo de un charco en el redondo espejo
el ancho rostro de la luna llena...

HEROES OCULTOS

Al otro lado del cequión, vecinas
a una choza infeliz, tienden sus brazos
dos cruces, en que cuelgan a pedazos
dos coronas que hoy sólo son de espinas.

¿Quiénes duermen ahí? Leyes divinas
juntas quizás, en póstumos regazos,

a dos héroes que ayer, rotos los lazos,
combatiendo rodando por las ruinas.

¡Ah! Yo sé que en incógnito heroísmo
si, entre los choques de la lucha acerba,
muerde el polvo el intrépido soldado,

tendrá su tumba en ese polvo mismo,
y en esa tumba crecerá la hierba,
y en esa hierba pastará el ganado...

LA GITANA

Se acerca ya la gitanilla ardiente,
de hondas pupilas y de labios rojos,
que llega desde el viejo continente
predicando la Biblia con los ojos...

Ella cuando abre el encendido labio
clava en un corazón firme saeta,
mientras danza a la vez un mono sabio
al son de la rotunda pandereta.

La acompañan tres viejos: uno toca
triste zampoña de letal ternura,
otro una flauta electrizada y loca
y otro rasca un violín con mano dura...

Ellos que siempre hacia el confín avanzan
envuélvense en nostálgicos empeños;
y en torno suyo los recuerdos danzan,
al compás de una música de sueños.

¡Qué triste me parece agradecida
la gitana, que al fondo se sonroja,
cuando cae en su falda recogida
la vil limosna que el burgués la arroja!

A todos, ya la gloria, ya la muerte,
con un desdén supremo y soberano,
les adivina la futura suerte,
si les mira la palma de la mano.

Y otra vez canta... Y la gitana ardiente
de hondas pupilas y de labios rojos,
se regresa a su viejo continente
predicando la Biblia con los ojos...

PROBLEMA

Como en la misma iglesia vive el cura,
al primer resplandor de la mañana
lo visitan en turba soberana
niños llenos de gracia y hermosura...

El los deja jugar a su ventura;
y al par que uno sacude la campana,
otro hecho fraile en levantar se afana
el cáliz sacro a la divina altura.

Si el cura al cielo la mirada tiende,
todos los niños en alegre coro
ante el altar de Dios rezan y cantan.

Diga el cristiano si el Señor desciende
cuando el cura levanta el cáliz de oro,
o cuando aquellos niños lo levantan...

NOCHE DE ESTIO

Paisaje tibio; en el campo
respirando a pulmón lleno,
mientras la luna relame

la espuma del riachuelo,
oyendo la flauta triste
de prolongados acentos,
el suspiro de las brisas
y el ladrido de los perros,
¡oh cuánto discurre el alma,
girando sobre un ensueño,
como sombra que da vueltas
alrededor de un lucero!

La luna, la blanca luna,
casto espejo de mis dichas,
como una gota de azogue
que corre sobre sí misma,
pasando de blancas nubes
a oscuras nubes tranquila,
plácida, con tardo vuelo,
silenciosa y pensativa...
¡Si levantara los ojos
a lo alto la amada mía:
ella que todo lo sabe
o que todo lo adivina!

¡Oh qué dulce y vaporoso
ensueño se hunde en mi alma:
en vez de temporal, brisa;
paz, en vez de guerra airada!
Entre las sombras dibujo
a mi novia, dulce y cándida;
yo el gladiador incansable,
yo el del golpe y de la carga.
Allá también ese roble
sueña entre la niebla vaga;
y el roble sus ramas presta
para hacerlas mangos de hacha.

Ese frufrú de las hojas
tan esponjoso, tan vivo,
es la canción de los trajes
de un vals en el loco giro;
ese frufrú es como un beso

que dieran, a un tiempo mismo,
en cien mil inquietos labios
cien mil labios convulsivos...
Primer violín de la fronda,
en las matas tiembla un grillo,
con su falsete erizado
que me araña los oídos...,.

¿Como, a los ojos de Diana
que me mira sonriendo,
me embriago con la locura
de hacer y deshacer sueños,
yo que no guardo esperanzas,
ni en la tierra ni en el cielo;
yo que me burlo del cura
que echa el sermón en el templo?...
Busco la respuesta. El rostro
giro hacia atrás y la encuentro:
¡es un ruiseñor que canta
encima de un árbol seco!...

CUASIMODO

Las campanas anuncian la fiesta;
el petardo revienta rotundo;
y el pilluelo taimado y jocundo
con sus risas perturba la orquesta.

Procesión fervorosa y honesta
luce el palio, en que arroja este mundo,
con las rosas de campo fecundo,
las de triste y malvada floresta...

A la vez que el repique en la torre
rimar logra con raudo cohete,
que cual sierpe metálica corre,

Judas arde y se lanza al infierno
por los aires, volando, jinete
en enorme y diabólico cuerno...

PAISAJE

En la obertura de las campiñas estremecido,
sueltas las crines, el hosco verso vibra sus zarpas;
la avispa zumba: de la culebra salta el silbido;
y los nerviosos árboles secos tiemblan como arpas.

Agrio bochorno. Pesado cielo. Campiñas suaves.
Sobre montones de pajas secas corren las cabras;
bala el ganado; canta el labriego, pían las aves;
y se oye al fondo de la espesura chocar palabras.

Las grises tapias crúzanse, y bordan de los potreros
la túnica amplia, llena de accesos y hecha girones,
por donde el pico puesto en el hombro, cruzan ligeros
los duros mozos enseñoreados de esas regiones.

El viento barre las hojas secas de las campiñas
con su ala enorme, que acariciando va los maizales;
y el agua turbia de los torrentes, en broncas riñas,
precipitada corre entonando cantos triunfales.

Bajo las hojas y entre las largas múltiples hebras,
brinca de en medio de las oscuras notas dormidas,
ya el zigzag breve de los silbidos de las culebras,
ya el gluglú fresco de las ruidosas aguas sorbidas...

La tarde llega. Los brazos caen. Los picos duermen.
Su nido busca con locos giros el ave cauta.
Se esfuma el árbol; se opaca el surco; se entibia el [germen;
y allá a lo lejos, allá a lo lejos... suena la flauta.

A UN ASNO

Oyeme, asno cruel, ¿por qué no cejas?...
con tu carga de amor, oye mi acento;
y no porque te zumbe alegre el viento
sacudas tus larguísimas orejas.

Joven asno, que trotas y te alejas
¿Por qué huyes con tu aldeana en el asiento,
si símbolos de dicho son, jumento,
las herraduras que estampadas dejas?

¡Joven asno, oye bien! Yo te daría
este rincón que es el mejor del prado,
este árbol que hace sombra todo el día,

este arroyuelo que temblando arranca...
¡por ese pie que aprieta tu costado,
por esa mano que palmea tu anca!

EL BOSQUECILLO

En la mitad de la cercana hacienda
un bosquecillo que el arroyo abona,
al redor de una mísera vivienda
de inmarcesibles flores se corona.

El pino—retemplado centinela—
descuella entre las amplias multitudes;
y, meditando en su destino, vela:
¡de su tronco quizás dará ataudes!...

El álamo, abrazado con el pino,
el viento corta que en las ramas zumba;

y vela, meditando en su destino:
¡quizás dará una cruz para la tumba!...

Un sauce sobre un lago. Acaso ríe
al lago el sauce el mal que lo devora...
¡El lago es un poeta que sonríe!
¡El sauce es un filósofo que llora!

Los pájaros cantando sus empeños,
preludian una música de amores:
vuelan como visiones de los sueños
que, dormidas quizás, sueñan las flores...

El ruiseñor de trémulas escalas
lanza al aire su voz limpia y coqueta;
y desplegando de su voz las galas,
habla de los amores de Julieta.

El picaflor sobre la rosa trina;
préndese de una rama y salta a fruto;
y bajo de sus alas se adivina
su cuerpo tembloroso y diminuto.

Coronación de todos los jardines,
robusta y opulenta y orgullosa,
en medio de explosiones de jazmines,
prodigando su olor, se abre la rosa.

Vuelan las mariposas alocadas,
unas tras otras con amante apuro:
¡para siempre quizás se unan clavadas
con las alas abiertas contra un muro!

Cabe la choza, su follaje umbrío
vierte en torno simbólico manzano;
¡y entre tanto placer y tanto brío,
y tanta juventud, vive un anciano!...

EL CABALLO AGRICULTOR

No es el corcel, que en el feral combate
salpicándose va de espuma blanca;
y que en salto veloz se desbarranca
al empuje viril del acicate.

Es el que trabajando no se abate;
que a la fecunda Ceres lleva al anca,
y que entre el polvo que trotando arranca,
remueve el grano que en el surco late.

El no ha sentido por los rojos lampos
impresionada la febril pupila;
él vela por la vida de los campos.

Y como lejos de la lucha acerba
es enemigo del corcel de Atila,
donde pone los pies... ¡brota la hierba!

PUESTA DE SOL

Crepuscular el ritmo que se esfuma
tiembla sobre el matiz del firmamento.
Se cuajan los fantasmas de la bruma
y se entibian las ráfagas del viento...

La bruma azul ahoga los reflejos
y de vagos espíritus se llena;
y la isla dibuja allá a lo lejos
las formas de hiperbólica ballena.

El latido del mar sube y se exalta,
y cesa luego en aire religioso;

y el verso, como un duende, brinca y salta
jugando con la espuma del coloso.,

La espuma festonada de la ola
me acaricia en sus bruscos desaliños;
las rimas entreabren sus corolas;
los astros hacen sus primeros guiños...

Sentado en un peñón, tal vez parezco
así como un espíritu maldito;
y en mi sombra hacia tierra, crezco y crezco
y crezco hasta llegar a lo infinito.

Oscilan entre mi alma ansias inquietas;
y atráenme en sus fuerzas alternadas,
ya el cielo con sus típicas siluetas,
ya el mar con sus groseras carcajadas.

¡El sol y el mar con ansias amorosas,
tocándose al poniente en dulce exceso,
ensayan variaciones caprichosas
sobre la gama espiritual del beso!...

LA HACIENDA

Ven: la hacienda está cerca. Ahí... la casa
se acurruca a las faldas de ese monte;
y brilla con el sol como una brasa
que salta sobre el límpido horizonte.

Escápate conmigo de la aldea.
La máquina está ahí y ahí el trabajo;
y el humo que arrojó la chimenea
flota del monte en el abierto tajo.

La gentil caña en los potreros nace,
y da el azúcar de la esencia blanca,

cuando el hosco trapiche la deshace
y el flaco y duro corazón le arranca.

Ven conmigo al trapiche. El agrio chino
y el rudo negro con afán jadean:
¡y qué dulce consuelo en su destino
sentirán renacer cuando te vean!

Ven conmigo. Verás cómo la rueda
ante ti un punto con amor reposa;
y verás cómo extática se queda
la máquina huesuda y musculosa.

Y al regresar después, sobre la alfombra
blanda y florida que el arroyo baña,
nos sentaremos a la misma sombra
y comeremos de la misma caña...

EL PILLUELO

El pilluelo del campo es el pilluelo
más lleno de destreza y de osadía
que se despierta cuando el nuevo día
le despierta también allá, en el cielo.

Métese en el corral. Arroja al suelo
el árbol más amado en la alquería;
y escala el muro, y rueda por la vía,
y cruza el monte sobre un asno en pelo.

Sacudiendo el mechón en su escondrijo
trépase al pino o se hunde entre las yedras
con su rojo pañuelo al cuello fijo.

Y allá en la calma de sus ocios vagos,
busca piedras, y rompe con las piedras
¡todos los vidrios de los tersos lagos!...

NEGRO Y AMARILLO

Es la hacienda refugio consagrado
de las razas ungidas por el crimen,
que con la lampa, el pico y el arado,
se alzan, se transfiguran, se redimen.

Siempre jadeantes, la lección aprenden
del trabajo viril negros y chinos:
el giro de los émbolos atienden,
cortan la caña y limpian los caminos.

Cuando, cansados, al hogar sencillo
vuelven y se amontonan a la puerta,
de cenicienta luna con el brillo
mudos admiran la extensión desierta;

y acaso sienten la nostalgia inmensa,
dibujando un recuerdo en la penumbra,
que siente el incensario que no inciensa
y que siente la antorcha que no alumbra...

Quizá el negro, cruzándose de brazos,
espera siempre que su gloria vuelva
soñando en los recónditos regazos
de una africana y majestuosa selva...

Quizá el chico, en cuclillas, cómo un brujo,
con apostura extraña y gesto impropio,
finge suave y exótico dibujo
en las volutas lánguidas del opio...

Y siempre entre sus sueños soberanos
sienten así, pensando en sus destinos,
el rugir de los leones africanos
o el aletear de los dragones chinos...

EL PESCADOR

El viejo militar endurecido
no tantos lances ni victorias cuenta,
como el buen pescador, que en la tormenta
duérmese al son de tumultuoso ruido.

El, por las olas trémulas mecido,
cuando la bronca tempestad revienta,
piensa en su hogar y en su familia hambrienta:
ave que sufre, se dirige al nido...

Cuando alza el día su cantar sonoro,
recoge alegre el pescador sencillo
en las preñadas redes su tesoro;
¡y, en medio del placer con que se inflama,
de las monedas adivina el brillo
sobre el plateado lustre de la escama!...

EL ARROYO

Una perpetua lágrima de plata
en su inmenso dolor llora la fuente;
y esa lágrima corre cual serpiente
que entre el húmedo musgo se desata.

Inquieto arroyo que humillado acata
la ley que le hace doblegar la frente,
besa al soslayo y prolongadamente
el verdor que en las linfas se retrata.

Vedlo: marchando ciego en su destino
por las pendientes rápidas se aleja,
sin escoger ni preferir camino;

y siempre amante y con el mismo gusto,
sobre sus ondas límpidas refleja
la flor gentil como el reseco arbusto...

ACUARELA

Soberbio mar. Una irritada ola
abre los abanicos de su espuma;
y palmotea con presteza suma
sobre una peña indiferente y sola.

La arena se abrillanta y tornasola,
al halago de Febo que se abruma,
mientras allá... leve girón de bruma
ciñe a la cumbre espiritual aureola.

En las ondas elásticas, las hierbas
retozan y se entregan a la orgía,
entre las ansias de la lucha acerbas.

De pie, sobre la peña, álzase un viejo,
que absorto con su anzuelo y su varilla
sólo atina a pescar un gran cangrejo.

LA CARRETERA

¿No deseas, amada, a las sencillas
gentes del pueblo unirte placentera;
y pasearte conmigo por afuera,
entre flores, aldeanos y avecillas?

Los árboles—soldados en guerrillas—
cuidan la polvorosa carretera,
que cruza, como un cauce, la pradera,
seca el agua y borradas las orillas...

Al tornar a este pueblo, del vecino,
con todas sus brillantes lentejuelas
como una bruja saltará la noche;

y para no extraviarnos del camino,
seguiremos las líneas paralelas
que trazaran las ruedas de algún coche...

MELOPEA AUTUMNAL

El mal del siglo mi cabeza oprime
y la tristeza alienta en mis empeños.
El gris es el color de mi sublime;
el tizne es la gran nota de mis sueños.

¡La gama del ideal se estira süave;
y corriendo la estrofa en esa escala,
bate el cantar antilocuente y grave
prendiendo al pensamiento como un ala!

Los miserables nervios me atormentan;
y la bilis se cuaja en mis cantares;
y las estrofas bárbaras revientan
como las gruesas olas de los mares.

El ciclón de mis gritos elegiacos
ha de tornarse en bienhechora calma.
Venid a mí ¡oh espíritus opacos!
Venid ¡oh paralíticos del alma!

Ante las ninfas que su amor invocan,
cantará el verso, abandonando el mundo,
a esas dulces mujeres que provocan
sólo un suspiro trémulo y profundo...

¡A esas hermosas de la triste endecha;
del cuello arqueado que flexible arranca;

y ¡de la boca fría, que es sólo hecha
para el halago de la hostia blanca!

Oid vosotros mis pesados ecos,
mis gritos agrios y mis roncas salvas:
¡vírgenes mustias de pulmones secos!
¡tristes mancebos de cabezas calvas!

ULTRATUMBA

En la playa do se rompen los oleajes iracundos,
en la tumba do se apaga tanta cólera encendida,
se columbra el horizonte de la Tierra Prometida
que se ensancha ante los ojos de los tristes moribundos.

Inflamándose en la atmósfera esos gérmenes fecundos,
que celebran el consorcio de la muerte con la vida,
hacen sólo al Universo breve punto de partida
para el viaje del espíritu a través de eternos mundos...

Frío el mármol vanidoso, tibio el seno de los campos,
preferible es dormir siempre dentro el hoyo de un sendero,
bajo un árbol que acaricien los rocíos y los lampos.

¡La Natura en sus campiñas brinda a su hijo abiertas
[fosas;
y por eso en las entrañas de la Madre dormir quiero,
la materia hecha gusanos y el alma hecha mariposas!...

ANTE EL ABISMO

—Bien. ¡Ya puedes hablar.
Y abrí los labios;
y le dije al abismo:
—¡Oh tú el eterno padre de los sabios!

¡oh tú el oscuro arcano de los hombres!
Dime con tu implacable pesimismo
si el vicio y la virtud sólo son nombres;
y dime si un espíritu se encierra
en el ansia, el amor y el pensamiento...

Y nadie respondió.
¡Tan sólo el viento
batió las alas, levantando tierra!

LA TEMPORADA

Como desborde que febril avanza
por las campiñas con salvaje brío,
la ciudad se despuebla en el estío
y hacia la aldea sin temor se lanza.

Contúrbase la dulce venturanza
de la aldea a la fuerza del gentío,
como alguna al recibir un río,
que ansioso de amplitud por fin la alcanza.

De gozar ya cansado, noche y día,
—en el mar o en el campo, brisa u ola,—
huye el tumulto a la ciudad sombría;
que se viste de frac o arrastra cola...

mas siempre inmensa hacia la aldea sola
torna en verano aquella farsa impía,

MONTE Y CAMPIÑA

El viejo monte pensativo y triste
contempla la campiña, que es su amada...
La campiña de flores se reviste;

y, al sentirse fecunda,
sonríe con sonrisa perfumada.

El viejo monte, en plácidos amores,
contempla su campiña con verdura,
con hojas y con flores;
pero recuerda al matador Otoño
que arranca de raiz esa hermosura.

Surge el Otoño y reina. Hoy la campiña
ante el monte de luto se reviste.
La campiña eres tú ¡oh hermosa niña!
y yo soy, niña hermosa,
el viejo monte pensativo y triste...

RESURRECCIÓN

¡Oh víctima triste de estúpida guerra, que yaces dormida
¡oh aldea arruinada que en polvo infecundo descansas la frente!
¿por qué no te empinas; y rompes, con soplos de espíritu ardiente,
la paz del sepulcro, que bajo la losa te tiene oprimida?
Los viejos campeones con mano crispada se tapan la herida,
ty siguen luchando, con toda la furia de su alma valiente:
preciso es ¡oh aldea! que te alces airada también de repente,
ty sigas la lucha, la bárbara lucha de toda la vida...
¡Camina! Es preciso marchar con el rumbo que lleva el Progreso:
preciso es que, a impulsos del ansia, deslumbres mañana, si hoy brillas,
¡Sacude la niebla! Ya el sol en tu rostro y se empina y se agranda;
y allá... sobre el flanco del morro, en las tristes y abiertas orillas,
llevando en las sienes de un sol sin desmayos prolífico beso.
te gritan las olas golpeando las peñas:—¡Levántate y anda...!

SOBRE HARTMANN

Hojeaba a Hartmann. La mirada triste
se paseaba fugaz y distraída,
tamblando entre las brumas, como tiembla
del mustio fuego la postrara chispa.

Todo es insoportable. Todo cansa,
y todo desespera, y todo hastía:
¡Oh qué sublime es aplastar de un golpe
con el suicidio universal la vida!

¡Que desesperación! No hallar remedio
para este mal, para esta suerte impía:
¡no poder arrancar de nuestra frente
la corona fantástica de espinas!

Y cuando meditaba cejijunto
en la sangre de todas las heridas,
en las garras de todos los dolores
y en el llanto de todas las pupilas,

pensé de pronto en mi nerviosa amada,
y en su mirada plácida y tranquila,
y en su dulce pasión... ¡Volví los ojos,
y miré que los campos sonreían!...

DESDE LEJOS

Hoy te quiero cantar, y es porque quiero
que sepas que mi amor es un tesoro:
¡sin empuñar el pico del minero,
te voy a descubrir un filón de oro!

¡Si no supiese yo que en la cabeza
tienes luz, tanta luz como en el pecho,
no me atreviese a hablar de tu belleza
y a decir que mi amor es un derecho!

Tú sabes, cual yo sé, que los doctores
del dogma del amor, toman a ultraje
pensar que mude el corazón de amores
como mudan las aves de plumaje.

¿Quién se puede oponer a mis anhelos?
¿quién tuerce la intención de mis cantares?
Cuando voy hacia ti crecen los cielos
y se acortan las tierras y los mares...

¡Mi amor, mi loco amor, que es luz y fuego,
cruza a través del tiempo y la distancia;
y se guía sin verte, porque es ciego,
para llegar a ti... por la fragancia!

Rosa mística o flor de los ideales
ensueños de David, te llamaría,
en mis ferientes cánticos triunfales,
si tuviese el amor su letanía...

Tu fragancia me embriaga... Aquí en la frente
recibo el beso perfumado y suave
que me traen las brisas del Oriente,
llenas de aroma y de gorjeos de ave.

¡Oh las aves marinas!... A lo lejos
las miro, de un crestón del alto monte, a
cruzar, entre los últimos reflejos,
con tardo vuelo el límpido horizonte;

y soñando contigo hágoles señas
con el pañuelo que febril sacudo:
trepo después a las más altas peñas,
cruzo los brazos y me quedo mudo...

¡Oh dolor! Yo también, cual Bonaparte,
decir puedo, sin fútiles engaños:
—¡Mujer! ¡Desde la cúspide del Arte
te contemplan llorosos mis veinte años!...

Santo es sufrir. Los corazones yertos
cobran con el dolor nuevos vigores:
¡los podridos despojos de los muertos
hacen a veces retoñar las flores!

El alma por las penas acosada
no se debe creer jamás perdida;
¡porque la misma sangre coagulada
puede cerrar la boca de la herida!

Sufriendo así, con pena que me abruma,
te miro, de mi amor a los reflejos,
como un ave marina entre la bruma,
volar, volar, hasta perderse lejos...

¡Desde la aldea en que admiré tu encanto
y en que adorando tu recuerdo vivo,
te envío la paloma de mi canto...
mándame tú la rama del olivo!...

NOCHE DE OTOÑO

Noche turbia. La luna en su agonía
hunde entre el lago el último derroche,
guardando la crisálida del día
bajo la urna negra de la noche.

La luna se hunde entre la noche densa...
El viento sopla con extraño empuje.
Rueda un suspiro en la llanura inmensa;
brinca la hoja y la corteza cruje.

Llueve. Los goterones crepitantes,
que humedecen la flor con dulce halago,

lágrimas son de los luceros que antes
se reflejaban en el terso lago.

Cae en la hoja el goterón y rueda,
y el mismo extremo de los filos toma:
ahí un instante retemblando queda;
y, alargándose luego, se desploma...

¡Oh qué rara es la música del trueno!
y esa también que de los cielos trae
la viva lluvia, que del alto seno
sobre el teclado de las hojas cae,

¡Cada hoja que tiembla en su quebranto,
allá, a lo lejos, sobre oculta rama,
mirada con los ojos del espanto,
es una mano negra que nos llama!...

LA ULTIMA HOJA

Ha terminado el libro. En él mi amada
verá flotar recuerdos de su vida,
cual humos de una hoguera ya apagada.
El campo, de sus galas se despoja;
¡y así mi último verso es la caída;
de la última hoja!

El invierno se acerca: es un sombrío
leñador que va al campo por las ramas
que en el hogar ahuyentarán el frío,
secas, carbonizadas, crepitantes,
relamiendo el brasero con las flamas
y lanzando explosiones de diamantes.

Mi último verso en las campiñas vibro:
nunca el viento invernal, haciendo mofa,
jugará con las hojas de mi libro;
que antes de ver, entre indecibles penas,
morir helada la floreal estrofa,
como Petronio me abriré las venas.

Mi amada y yo mañana envejecidos,
cuando, al leer mi libro, contemplemos
nuestra dicha en el mar de los olvidos,
entre el tumulto de las olas vanas,
después de zambullir, sacudiremos
con altivez nuestras cabezas canas...

Es preciso callar. ¡Mudo el abismo
respeto da y pavor! Mi alma aterida
se aquieta y duerme en hondo escepticismo,
al ver que el nadador más inexperto
se burla de las olas de la vida,
sólo con aprender a hacer el muerto.

No importa. Aunque la gloria en los mortales
hojarasca es no más, cual la barrida
del campo por los vientos otoñales,
torno a la lid, y con el arma quiero
marcarle nuevos rumbos a la vida
y darle otro destino al mundo entero.

En la ciudad de bronca algarabía,
acaso extrañaré la mansedumbre
con que la aldea mi furor enfrena;
pero vendrán a la memoria mía,
entre la clamorosa muchedumbre,
derrotas de la mar sobre la arena...

Es preciso callar. Rompo mi lira
ya que el invierno tormentoso viene,
rígido en su dolor, frío en su ira.
¡Soy como un padre que en su amor prolijo,
viendo al hijo morir, por fuerza tiene
que abrir la tumba y enterrar al hijo!...

AZAHARES

NOTAS LIRICAS

(1896)

SINFONIA DE AMOR

Dame el arpa, mujer: si quieres versos
palpitantes y tersos,
puros y cristalinos, dame el arpa.
¡El formidable león que horror pregona
cuando halaga a la leona
guarda y recoge la filuda zarpa!

En la eminente cúspide y erguida,
como si de la vida
fueras hermoso y celestial emblema,
apareciste sobre el campo yerto;
y el zarzal se hizo huerto
y la estrofa lilial se hizo poema.

No es más radiante el sol cuando se asoma
hacia la verde loma,
por detrás de la cúspide elevada:
surgiste; y se hizo entre mi noche umbría
el génesis del día,
al *hágase la luz* de tu mirada.

El que de un solo golpe ha roto un yugo,
estropeando al verdugo,
rinde ante ti sus esplendentes galas;
y te invita a subir. ¡Vamos al cielo!
que si no es para el vuelo,
¿para qué tienen nuestros hombres alas?

Jugarás con los astros y las nubes,
si hasta el empíreo subes:
y saltando de asombros en asombros,
quizá el arpa de versos soberanos
se caerá de mis manos,
pero nunca las alas de mis hombros.

Y bajaremos hasta el bosque luego,
y delirante y ciego
cruzaré el bosque como un león herido.
¡Haré que el bosque a nuestro paso se abra
con golpes de palabra,
y nos reciba como al ave el nido!

Saldremos de los bosques a los mares;
y al son de mis cantares,
con ruda proa y con hinchada vela,
rasgaremos el pliegue de la bruma
mirando ambos la espuma
con que cuaja su látigo la estela...

La ola de espumosas explosiones
mezclará en sus canciones,
con gritos de titán, gorjeos de ave.
Eolo soplará. ¡Neptuno mismo
surgirá del abismo
a servir de piloto a nuestra nave!

Lánzate sobre frágil carabela,
desplegada la vela;
y sondeando mi espíritu profundo,
tu anhelo alcanzarás. Avanza, avanza;
ten fe, ten esperanza:
¡oh Colón de mi amor, toma este mundo!...

Soy áspero, y tan áspero, ¡oh zagala!
que con un golpe de ala
te habré herido quizás... Pero perdona:
la que al vate perdona y da consuelo
se hace reina del cielo,
¡aunque aquí sea reina sin corona!

¡Ah! no te extrañen mis canciones rudas:
en las hachas filudas
vibra el canto de muerte y de trabajo...
¡El hierro es el trabajo y es la muerte;
que por extraña suerte
también se da la vida con un tajo!

AB ETERNO

Traemos desde otros mundos,
cual recuerdos de otros días,
inefables simpatías,
resentimientos profundos.
¿Los oleajes iracundos
chocan sólo por chocar?
¿Amar es tan sólo amar?
¿Dónde el punto de partida
está para nuestra vida:
en la playa o en el mar?

A dormir cual pescadores
en alta mar nos echamos,
y en la playa despertamos
de esta vida de dolores.
Y esas vidas anteriores
confunden cunas y fosas,
dando así a las presunciosas
ciencias de moldes estrechos
el *cómo* de tantos hechos
y el *por qué* de tantas cosas...

La Natura tal vez quiere,
haciendo lo que deshace,
que el alma de uno que nace
sea el alma de otro que muere.
Nadie así romper espere
tal destino eslabonado.
¿Quién es el que no ha mirado

singulares coincidencias,
en hondas clarividencias
de futuros que han pasado?

Cruzando el recuerdo está
un puente sobre el abismo,
cuando a veces me ensimismo,
cuando el alma se me va.
Recuerdo el placer quizá
hoy que las penas me afligen:
placer de amores que rigen
el rumbo de una pasión,
no sólo sin conclusión,
sino también sin origen...

Pasión que es luces, sonidos,
mieles, aromas y plásticas:
¡todas las fuerzas elásticas
de nuestros cinco sentidos!
En los sueños desmedidos
de mi corazón amante,
truena un beso resonante;
se ensancha; se alza hasta Dios;
y nos arrastra a los dos,
como un círculo del Dante...

¿Amo o deseo? ¿Otra vez
tras de apurar el licor,
dejaré el vaso de amor
volcado sobre la hez?
¿O cual moribundo pez,
que tornara a su elemento
gozaré gozos sin cuento
en ilusiones sin fin?
¿Es de Edén o es de jardín
el olor que trae el viento?

Tengo yo al quedarme a solas
sentimientos encontrados:
amores contra pecados,
leños flotando en las olas...

¡En mis flores las corolas
y en mis árboles los nidos
son otros tantos oídos
con que escucho eternamente
la pifia de la serpiente
sobre los frutos prohibidos!

Caiga o no caiga en error,
después de dudarlo, creo
que todo amor es deseo
y todo deseo amor.
Esto es en mí fulgor
y que alumbrándome va,
el primero no será
pero el más profundo, sí,
de mis deseos de aquí,
de mis amores de allá...

Memoria que es ambición,
recuerdo que es porvenir,
este amor me hace sentir
como una resurrección.
¡Si es justo que la pasión
pidiendo limosnas ande,
ya que el amor que se expande
en mi alma, no cabe en ella,
dénme otra vida más bella
sobre otro mundo más grande!...

CANTO DE CANTOS

Vaya a perderse este canto
o a ganarse el porvenir.
¡Si lo pierde en su quebranto,
sabrá envolverse en su manto
como César al morir!

Sentir no debes asombros
si me ves turbar la calma
y alzar al Pueblo en mis hombros;

que humeando están los escombros
de los incendios de mi alma...

Al ver mi ardoroso exceso
suspiras tú, y es por eso
que a besarte siempre aspiro:
¡porque yo sé que un suspiro
sólo es la sombra de un beso!

Así a tus espaldas voy,
siendo hoy lo mismo que ayer,
mañana lo mismo que hoy;
tu ideal, tu amor, tu placer,
tu gloria. Soy el que soy.

¡Soy el llanto que te llora,
soy el númen que te canta,
soy el grito que te implora,
soy todo lo que te adora
y te inciensa y te levanta!

Estos son los versos mismos
que oyeron las muchedumbres
y saben los despotismos:
¡pies firmes sobre las cumbres,
alas sobre los abismos!

Debes tú poner la lima
que lime mis cantos tersos...
Deja que un beso te imprima;
y haremos con esta rima
todo un poema en dos versos.

Que de amor al golpe rudo
un haz vibrante y nervudo
mis cánticos son por eso,
recogidos en el nudo
indisoluble de un beso...

LA CANCION DEL BESO

¿No deseas que te diga lo que sueño al contemplarte
con los labios sonrientes, con los ojos en el cielo,
como ansiando sobre el ala de un suspiro evaporarte,
muda, extática y radiosa, cual un témpano de hielo?
¿No deseas que te cuente lo que tenga que contarte?
Si me prendo a tus amores como el náufrago a la tabla,
saber debes las zozobras de este náufrago del arte...
—Habla... ¡Habla!

Te diré lánguidamente, lo que dicen las espumas
a la roca que en los bancos de la orilla se levanta,
lo que grita la gaviota que se escapa de las brumas,
lo que llora el tumbo altivo que en la arena se quebranta;
y tú, en cambio, enterneciendo mis fatídicos pesares,
mil arpados ruiseñores soltarás de la garganta:
cantarás el canto eterno del Cantar de los Cantares...
—Canta... ¡Canta!

Tu silencio me seduce, tu palabra me enamora...
Si sonríes... no copiaran tus sonrisas los pinceles;
que en tu boca hay si sonríes con sonrisa de la aurora
hoyos,—tumbas para besos,—rosas,—copas para mieles.
Sé que cautivas las almas cuando tu pupila llora;
pero ¡ay! del poeta incauto que en tu risa se confíe:
en tus risas hay punzadas como espinas en la flora...
—Ríe... ¡Ríe!

Tú no sabes los placeres sublimados de la boca:
besa y ríe, y canta y habla, besa y ríe y nunca cesa...
¡Tú no sabes las delicias que suavemente provoca
el chasquido de unos labios sobre otros labios de fresa!
La sonrisa con que pagas el amor que te dedico
suele abrirse como abriese su abanico una princesa:
dar un beso es dar un golpe; dame un golpe de abanico...
—Besa... ¡Besa!

EL SUSPIRO

Suspirando en las cuerdas de mi lira,
la inspiración a torturarme empieza;
y el suspiro—hecho mundo—en mi cabeza
por los abismos de la mente gira.

¿Quién cuando a Venus en las aguas mira,
no suspira al mirar tal gentileza?
Muda es la admiración a la belleza;
y el verdadero amor—no habla—¡suspira!

Con vago ideal, con místicos temblores
y con arrullos de apagado acento,
el suspiro disipa los dolores;

y es, dando fuerzas e infundiendo calma,
jirón del alma... convertido en viento,
jirón del viento... convertido en alma.

SIN SOBRE

¡Pues no pudo saltar, remache al clavo!...
El mundo ruín escuchará mis penas;
¡y ha de escucharlas! ¡Dónde va el esclavo
va también el rumor de sus cadenas!

Dices que soy poeta; y no lo ignoro:
poeta soy, si tú eres poesía;
y quizás por lo mismo que te adoro
siento algo tuyo entre la mente mía.

¡Si te arrepientes tú, tendrás el cielo!...
Recoge el haz de tus desdenes; toma,

entre arrullos de místico consuelo,
actitudes de cándida paloma...

Y perdona, mujer, que mi principio
haya sido tan ruda sinfonía:
esos que dicen que el amor es ripio
deben saber al fin que es poesía.

Es justo que el amor ya se levante,
y en levantarle es justo que me empeñe:
que te mire un poeta y que no cante;
que te mire un artista, y que no sueñe...

Yo, que poeta soy, busco una estrofa
que suene bien al delicado oído;
pero siento el azote de la mofa,
y el verso escapa destrozando el nido.

¡Ah! y es mi verso el áspero y salvaje,
que hace en la lira retemblar la mano,
que silba con el viento en el boscaje,
que ruge con la ola en el oceano.

¿Me comprendes? ¡Feliz! Y yo más fuerte
déjome avasallar por tu belleza...
¿Me amas o no? No puedo comprenderte:
¡se me sube el amor a la cabeza!

¿Y tú no puedes comprender que el mismo,
el mismo amor es ya capaz de todo?
¡subir al sol, bajar hasta el abismo,
bañarte en luz o salpicarte lodo!

Vuelto mi amor, por tus desdenes, fango,
tal vez ha de manchar tu pecho noble:
¡de una rama de roble sale el mango
del hacha misma que ha de herir al roble!...

EL REGRESO

Como el que lucha hasta el postrer instante
y no como el que tiembla y se intimida,
caí, pero no a plomo: mi caída
describió una parábola gigante...

Fuí el más amado de tu pecho amante
y fuí el alma entre todas escogida;
mas quise hacerte vida de mi vida:
y entonces la Beatriz huyó del Dante.

Volví al infierno. En el infierno ahora
sueño con que tu mano protectora
me levante a las cumbres del pasado;

debe de ser hermoso y elocuente,
ver entrar a los cielos nuevamente
a Satán redimido y perdonado.

TRIUNFAL

Piensa en el ala, aunque las plumas mude:
recuerda tantas horas intranquilas,
cuando el candor muriendo te salude
y tus sueños de novia rompan filas...

Juntos ya, cambiaremos de horizonte;
y si antes muero rendiré la vida
como Moisés en el enhiesto monte,
entreviendo la Tierra Prometida...

Mal te encerraste en tu desdén fingido;
porque el perfume se escapó del frasco...

¡El grito del amor te ha sorprendido
en mitad del camino del Damasco!

Mientras que tú bajabas, yo subía:
nos hallamos en medio de la escala.
Tuviste que volverte; porque había
fuerza en tu pie, pero más fuerza en mi ala.

ROCIO

¡Vamos, niña! Bueno está
que te quejes de mis quejas:
devuélvanme tus abejas
la miel que mi amor les da;
mas no prosigas, que ya
mayor que el tuyo es mi duelo:
secar tus llantos anhelo
siempre que mi amor implores.
Pero ¿qué tiene que llores
si llora también el cielo?

¡Llora, llora, en tus dolores,
porque el humano dolor
en los bautismos de amor
se cristianiza con llanto.
Si te inclinas al quebranto,
mayor cariño me inflama;
que solamente la que ama
puede pensativa y grave
tener, al peso del ave,
la inclinación de la rama.

¡Llora, llora, en tus doloras,
caiga cual bautismo santo
el rocío de tu llanto
en mis agostadas flores...
Deja que en amor de amores
y en éxtasis de pasión,

la copa de mi aflicción
con tus lágrimas se llene...
¡Formas de lágrima tiene
hasta el mismo corazón!

Secar quisiera en mi anhelo,
por lograr tu imagen pura,
el llanto de tu amargura
con el bílico pañuelo...
Tus lágrimas como un velo
en que la luz se adivina,
fingen con magia divina
un sol entre vagos tules;
abre tus ojos azules
como un cielo sin neblina.

¡Sonríe, ángel del ensueño!
tú no debes padecer:
los hombros de la mujer
no pueden cargar el leño...
¡Perdón, perdón si en mi empeño
turbé la paz de tus lares!
La causa de tus pesares
fué causa de mis locuras:
¡tu llanto es en perlas puras
y mi llanto ha sido a mares!

ANGELUS

Ven, hermosa, a mi lado: los dos juntos,
desde el alto balcón, morir veremos
el sol, allá, en los últimos extremos,
de negro paño de argentados puntos.
Caronte fosco al golpe de sus remos
canta ya la canción de los difuntos;
y el pájaro agorero con su grito
conturba la apacible bienandanza,
mientras naufraga en sombra el infinito
triste como un amor sin esperanza...

Ven, hermosa, a mi lado: es el momento
en que la luz se junta con la sombra.
Mira: el sol rueda por la espesa alfombra
como un sultán caído de su asiento.

Es la hora de Dios: la tarde reza.
¡La hora en que la olímpica pereza
convida con mortal melancolía
a tomar la ceniza de tristeza,
después del carnaval de cada día!...

¿No es verdad que la tarde es triste y bella?
Es triste y bella como tú. Tu frente
tiene fulgor de vespertina estrella:
crepúsculo es tu espíritu inocente:
tarde que cae es la mudez sombría
con que sueñas angélicos placeres;
porque si eres un ángel, quizás eres
el ángel mismo que anunció a María...

Ven, lee: abierto el libro, deletrea.
Allá mira ese pálido lucero
que como un ojo mustio parpadea;
allá ese monte que se empina fiero.

Si sobre el monte está la nube, encima
de la nube el lucero: al fin repara
que, de los mundos en la eterna rima,
sobre la estrofa oscura está la clara.
¿Sonríes? ¿No es así? ¿Qué duda acaso
roza tus aguas con el ala al paso?

¿Y qué pregunta en tu razón vacila
cual llanto en el recién abierto broche?
Todo es luz. Una máscara es la noche:
no hay sombra más allá de tu pupila...

Tal vez, tal vez a la fijada hora
del cósmico reloj, el Bien fecundo

hará que, en coincidencia abrumadora,
cuándo caiga la noche en este mundo
en los astros que ves... raye la aurora.

Cuánto dulce misterio, niña hermosa,
a los labios sedientos de la Tierra
brinda en cáliz de rosa
la Tarde, ¡esa crisálida que encierra
de la Noche la negra mariposa!

Cuánto dulce misterio
vaga sobre la cumbre de los montes,
se ensancha en los gloriosos horizontes,
pasa de un hemisferio a otro hemisferio.

La luz escapa de la noche oscura;
pero hay filos de luz en la tiniebla
como chispas de genio en la locura.
Cae el silencio a plomo. La Natura
de misterios fantásticos se puebla.
El monte es nicho; el árbol, esqueleto;
a lo lejos el viento que murmura
un no se qué... ¡La tarde es un secreto!

Dime, ¿no te provoca
hacerte silenciosa y recogida
la señal de la cruz sobre la boca?
¿No sientes ansias de rezar? Acaso
no es raro que el espíritu desee,
cuando cae la tarde de la vida,
rezar también ¡porqué la tarde crece!...

Reza, sí; que la tarde siempre sea
como ésta en que, a tu lado, el bardo aspira
a quemarte el incienso de la idea,
de sus estrofas en la sacra pira;
que a tu alrededor el perfumado ambiente
poblándose de notas de mi lira
hálito niegue a la profana gente
que en descompuesta atmósfera respira;
y que por fin te expliques el misterio

del sol, que, de hemisferio en hemisferio,
se hunde, y después con vigorosa mano
separa las tinieblas del oriente,
como Moisés las aguas del oceano,
como tú los cabellos de tú frente...

Reza, sí; que tus manos entreunidas
a las mías estén, ¡ay! cuando empiece
la tarde al par de nuestras juntas vidas;
que tus manos sostengan y mis manos
la temblorosa cuna que te mece
con un grupo de arcángeles humanos;
y que así, cuando el Angelus del alma
doble en el campanario de los sueños,
podamos ver con satisfecha calma
realizados al fin nuestros empeños,—
y para hallar nuestra ambición cumplida,
podamos, amorosos y prolijos,
en la tarde feliz de nuestra vida,
ver nuestra aurora en nuestros propios hijos,

AMORES VIEJOS

Ambos en el diván. Breves las horas.
Lenguas de gas vibrando en las arañas.
Tibio el salón. Tus ojos como auroras
entre la oscuridad de tus pestañas.

Frases rápidas. Pláticas vulgares
como profanación de tu belleza,
hablando lo que se habla en los hogares
cuando mientras uno habla otro bosteza.—

Por fin, como un paréntesis, con suave
y dulcísima voz mi afán preguntas:
—Quiero— te digo—descubrir la clave
de todas tus pasiones ya difuntas.

¿Dices que no has amado? Te lo creo:
eres mujer al fin y mi Dios eres;
y, desde que dejé de ser ateo,
voy creyéndoles más a las mujeres.

Soy tu primer amor. Tú me lo juras;
y algo, que me lo afirma, en tu alma llevas;
conozco que son nuevas tus ternuras,
nuevas tus ansias y tus dichas nuevas...

En cambio, pecador arrepentido,
yo te confieso mis amores muertos:
mi rumbo era hacia ti, pero he tenido
que ir en el viaje visitando puertos...

¡He llegado por fin! Abre los brazos
y olvida la tardanza del viajero.
Te doy un corazón hecho pedazos:
¡ve modo tú de conservarlo entero!

No temas que retorne yo la vista
hacia esos muertos, no: vuelve a tu calma.
¡Tú pasarás con paso de conquista
por sobre los cadáveres de mi alma!

Ellos mismos, despiertos a tu paso,
viéndote como el Dios de mi Universo;
con vivo afán te aclamarán acaso:
Pía, felice, Emperatriz del Verso.

¿Qué me dices?—Variándolo de tono,
lo que dijo Jesús decir te escucho,
¡Qué ternura! ¡Qué gloria!
—*¡Te perdono,*
no porque me amaste, porque me amas mucho!

EL SEPTIMO DIA

Dios satisfecho contempló los mundos:
eran frutos caídos de su mano,
en el juicio final de los profundos
e impenetrables bosques del Arcano...

Y vió que si en sus cielos extendía
alfombrados magníficos la aurora,
a sus plantas la Luz se retorcía
con el afán de una mujer que implora...—

Y vió que si la noche desfilaba
con negro palio en procesión de estrellas,
la Tiniebla gemía y derramaba
llanto de sol o sangre de centellas...

Dios frunció el entrecejo un breve instante;
y como un haz que el labrador arranca,
arrancó y echó al éter fulgurante
copos de espuma de su barba blanca...

—¡Cómo!—gritó con formidable acento.—
¿Este es el Universo que ha soñado?—
Y quiso derrumbar con sólo un viento
el castillo de naipes levantado.

Pero súbita idea ardió en su mente;
y, como arado que la tierra escarba,
una mano pasóse por la frente,
se sonrió, y acarició su barba...

¡Sea el amor!—gritó.—¡Llene la historia;
y que todo a su hechizo se transforme,
que todo se haga música de gloria!—
¡Y sonó un trueno como beso enorme!

—¡Sea el amor!—gritó.—Pero que sea
digno de mí; que, a su celeste hechizo,
corran sobre los cauces de la idea
ríos de luz... ¡Y la mujer se hizo!

Vió entonces Dios que, con Satán en guerra,
la mujer rasgó el báratro sombrío;
y sobre la hojarasca de la Tierra
cayó como una gota de rocío.

Cosa igual quiso hacer también el vate.
Con su espada flamígera en la mano
lanzóse, y a su paso abrió el combate
como abriera Moisés el oceano.

Pero llegado hasta el confín eterno
vió venir a Beatriz,—alma que hacía
a través de las sombras del infierno
despilfarros de luz de un nuevo día.

Entonces canté amor. Quité los velos
de encima de los génesis profundos;
y abrí mi libro, como Dios sus cielos;
y vi mis versos, como Dios sus mundos...

SELVA VIRGEN

POEMAS Y POESIAS

LA VOZ DE LA SELVA

I

¡Oh selva virginal! El arte es huella
de explorador en selva enmarañada:
tal el rayo de sol de una mirada
penetra el corazón de una doncella.

¡Oh, selva virginal! Oyense en ella
de la fiera que corre la pisada,
del río que se va la carcajada,
de la hoja que cae la querella...

Ahí, cuando la lira ensaya un beso
y rompe, desde el árbol de la vida,
en nuevos cantos de rarezas sumas,

huye y se pierde entre lo más espeso
una musa pagana, perseguida
por un salvaje de pintadas plumas...

II

Hay en mi selva venenosas flores,
frutos de salvación, crudas espinas

y maderos de olor... Veta de minas
guarda en libros de piedra sus fulgores.

Los suspensos follajes protectores
se despejan en fuentes cristalinas,
como fantasmas de dolientes ruinas
en los ojos de cándidos Amores...

Término huyó. Mi selva no rehusa
ya los vientos de ayer y de mañana,
ya los diluvios de los libres riegos...

¡Deje siquier la fugitiva musa,
sobre un tronco de selva americana,
su dulce nombre en caracteres griegos!

III

Siempre que el sol se rinde en su carrera
la virgen selva enluta sus paisajes;
y hay pláticas de viento en los follajes,
besos de amor y apóstrofes de fiera.

Se presiente lejana madriguera;
se ven sombras jugando en los ramajes;
y se adivina un grupo de salvajes
alrededor de luminosa hoguera...

La selva ciñe en su profundo duelo
por corona el relámpago fulgente,
que el ala bate en el negror del cielo,

¡hasta que el sol, al verla de soslayo,
funde, para corona de su frente,
siete colores en un solo rayo!...

¡RIE!

(A JOAQUÍN SUÁREZ LA CROIX)

¿No sientes, dime, al fondo de tu alma
vagas penumbras de soñado cielo,
que te convidan a dormir en calma?
¡Duérmete pensador! El sueño es vida:
deja, deja que el ala exija vuelo;
y siempre ostente con la fe dormida,
la luminosa rigidez del hielo...

Salvaje temporal torna en arenas
la azotada ciudad. ¡Te importa poco!
¿Qué mayor temporal que el de tus penas?
Deja, deja que en tanto
la turba lenguaraz te llame loco,
porque te encuentra risa en vez de llanto,.

Ríe, que al fin la estupidez humana
te ha de quitar en su cansancio el yugo:
tu juez vendrá mañana,
¡cuando hoy antes que juez tienes verdugo!
Ríe, si te censuran los idiotas;
ríe, si te celebra algún estulto;
ríe, poeta, en tus soberbias notas...
Nunca llores; ¡la llama del insulto
no se apaga con gotas!

Egoísta te llaman. ¡Egoísta!
¿Egoísta es el que ama sus amores,
el que ve con su vista?
Justo es que el débil en el loco exceso
de su ambición, si el ánimo flaquea,
busque un auxilio para alzar el peso:
tú, para levantarlo del abismo,
haces que la palanca de la idea
tenga un punto de apoyo en tu egoísmo...

ríe; que es débil y a tus pies se inclina:
la risa del dolor quema y azota.
El sí tiene egoísmo de grandeza;
y así al hombre de genio que se empina,
le corta la cabeza.
El sí tiene egoísmo de ventura;
y así al hombre que plácido sonríe,
le arroja el can de la calumnia impura.
Las turbas viles que lo ignoran todo,
ignoran que tu espíritu se engríe
cuando ellas lo salpican con su lodo:
la corona de espinas del sicario,
que ciñe al redentor turba inclemente,
fulgura como un sol sobre el calvario
y da flores debajo de la frente.

Que el vulgo te señale... Siempre augusto
muéstrate sonriente cual la Esfinge,
por más que te señalen como al Justo;
¡que, en las extravagancias del delirio,
el mismo dedo que señala finge
la I del Inri, el clavo del martirio!

En la risa se cuajan los dolores
y estallan con salvajes alaridos...
La risa es el temblor de los temblores:
la risa es el temblor de los sentidos.
Ríe de las espinas de tus flores,
de la esterilidad de tu heroísmo,
del hórrido pesar que te desgarra;
y te responderá desde el abismo
la risa filosófica de Larra...

OJOS AZULES

Si el espacio se encuentra oscuro y frío
del alto azul tras el ficticio velo,
tú, que en los ojos tienes todo un cielo,
tienes tras de los ojos el vacío...

Tras el velo celeste ¡oh, amor mío!
existe un Dios para el creyente anhelo;
y los astros, sin fin, tienden el vuelo;
donde el reino de Dios niega el impío...

Pero tú siempre, con imbécil calma,
yerta al placer y yerta a los enojos,
inmóvil, muestras la aridez de tu alma.

Y así detrás de tus pupilas bellas,
y así detrás de tus azules ojos
¡hay un cielo sin Dios y sin estrellas!

PLUMA EN RISTRE

(A Carlos S. Amézaga)

Busco una idea rara, busco una frase;
e incrustando la idea, sin que se rompa,
hago que de una hipérbole al golpe seco
se estremezca y se hinche llena de pompa.

Entre los alborotos de las canciones,
cuando mi tosca mano los versos labra,
vierto siempre el champaña de los delirios
hasta pasar los bordes de la palabra...

¡Cuántas chispas arranco del suelo rudo,
aplastando desprecios, hollando mofas,
cuando se me desboca la fantasía
entre la muchedumbre de las estrofas!

Cálido, enrojecido, vibra el acero
entre mis aferradas hercúleas manos:
él esculpe los lemas de rebeldía
y rubrica la frente de los tiranos...

Uno estrofas a estrofas; y así que firmes
en el canto se yerguen con faz altiva,
¡rompo todas sus costras, abro sus llagas,
y las dejo desnudas en carne viva!

SANTA

PARA TEOBALDO E. CORPANCHO

¡Antes que el mundo cruel
te arroje de sí por vieja,
aunque te pique la abeja
róbale toda la miel!

Cuando el capullo revienta
debe exigírsele olores:
¿dónde están, pues, los amores
de tu hermosura opulenta?

Del Niño alado y travieso
formaría ante las plantas,
con la carne de las santas,
una montaña de yeso.

Exprimes para ti el jugo;
y, del principio hasta el fin,
celebras sola el festín,
sin despreciar un mendrugo...

Lloras; y en mi escepticismo
vacilo con crueldad,
si llora tu santidad,
o si llora tu histerismo...

Ante el Cristo, hora tras hora,
te vas hundiendo en la nada:
mejor que santificada
te quisiera pecadora.

¡Oh, santa de falso cuño;
como amar nunca te ha visto,
cuando te alejas, el Cristo
te amenaza con el puño!

Deja ese ropaje denso
que ahoga todo latido;
y busca el olor del nido
más que el olor del incienso...

¡No subas tanto! ¡Y si subes,
cuando tu alma en lo azul se hunda
verás cómo se fecunda
hasta el vientre de las nubes!

¡Natura acaso maldijo
a la que, cual duro yeso,
no tuvo en la boca un beso,
ni tuvo en el vientre un hijo!...

EN UN CAFE

(A Julio Moevius)

Mozo, apresta un vaso del mejor ajenjo,
de azufrados tonos y opaco cristal;
el que estampa besos de irritadas tintas
en los negros labios del Angel del mal.

He arrojado al cesto del desprecio mío
las áureas botellas del vino mejor...
¡Sólo quiero ajenjo! las hojas de parra
desde el tiempo de Eva huelen a pudor.

¡Sólo quiero ajenjo! Que, a través del vaso
de Musset, grandezas los ensueños ven;
y, como el ajenjo, verdes son los ojos
de la tentadora sierpe del Edén...

Fumo... Los aromas del tabaco rubio
hacen en la pipa lujo de vigor...
Fumo y me sonrío; y acodado y triste
contemplo la escena sin odio ni amor.

Hay frío. Es invierno. La estufa que duerme
entre albas cenizas, a un rincón está...
Bebamos: la copa da sangre a las venas
y la nueva sangre nuevo ardor nos da.

¡Ay! ¡cuántas cabezas que admira este mundo,
siempre seducido por falso esplendor,
vacías parecen estufas de fuego,
pipas sin tabaco, vasos sin licor!...

ELEGIA BREVE

(EN MEMORIA DE UNA JOVEN HERMOSA)

I

Eras hermosa. Pero ¿a qué en el verso
pretender retratar tu faz de diosa?
En él te retrataras temblorosa
cual limpia estrella sobre lago terso;
pero ¿a qué decir más? ¡Eres hermosa!
Si acaso el arte pretendiera un día,
sobre el mármol que guarda tu hermosura,
esculpir de algún ángel la figura,
con esculpir tu imagen bastaría...

II

Eras joven. Viviste una mañana
como la rosa del poeta; y luego
subiste a la región a donde sube
la oración pura, la blasfemia insana,

todo lo que es protesta y lo que es ruego,
humareda y olor, incienso y nube.
¡Ah! si no hubiera fe, no hubiera gloria:
porque sin esperanza lisonjera
lo mismo es oro ser que ser escoria,
monstruo que angel, paloma que pantera...
¡Ah! si no hubiera el más allá ¡qué vano
fuera el luchar en el dolor sombrío!
El hierro se escapara de la mano...
Impiedad sabia: ¿si no hubiera oceano
a dónde fuera a detenerse el río?...

III

Eras joven. Y en tanto que reposes,
bregará siempre, de dolor transido,
este mundo cruel, del que has huido
joven cual los amados de los dioses...
Pobre tú que tan pronto tierra fuiste,
tierra no más, y en tierra te perdiste;
y te amparaste en la perpetua calma;
si es cierto que no hay Dios y que no hay alma
y si es verdad que la Verdad no existe.
¡Dichosa tú si sólo en el desierto
encontraste la sombra de la palma,
para sentarte a descansar; y, al modo
como busca el piloto un rumbo cierto,
poder buscar el rumbo de su puerto
donde en vez de acabar comienza todo!

IV

Has muerto. Y como rastro de tu gloria
que las tinieblas con su lampo hiere,
nos dejaste un recuerdo en la memoria:

tal si una flor se agosta y se consume
prisionera en un vaso, cuando muere
deja el vaso impregnado de perfume...

PESIMISMO

(A Manuel de la Cruz)

A veces, cuando pienso que no es nada
la grandeza más alta de la vida,
rasgar quiero las vendas de mi herida
y bajo el firme pie quebrar mi espada.

Cuando a veces, después de la jornada
llego a ver que el estímulo se olvida,
admiro el audaz paso del suicida,
conquistador de la verdad cañada...

Veré desde hoy, por eso, indiferente,
al héroe que su diestra hunde en la brasa
y al que defiende con su diestra un puente;

que ante la ley que lo sojuzga todo,
no es mérito el dejar cuando se pasa
estampadas las huellas en el lodo.

VIRGEN

La que hace amar y no ama: la que sueña
de la virgínea gloria con las palmas;
la que el agua no arranca de la peña;
la que en no amar al prójimo se empeña
es una estafadora de las almas.

Ave que el rumbo de su vuelo olvida,
la hermosa que no luce su hermosura
es una criminal, una suicida,
en el código eterno de la vida
y ante el gran tribunal de la Natura.

¡Oh virgen, deja tu mansión serena,
deja tu encierro donde todo es nada!
Teme el empuje de la turba obscena:
¡y agrega tu eslabón a la cadena,
si no quieres morir encadenada!...

DESPRECIO

(A L. TORRES ABANDERO)

Ya sin odio ni amor, la fe perdida,
la sonrisa borrada y seco el llanto,
cuando duerme Saúl le corto el manto,
y prosigo mi marcha interrumpida...

¿Para qué la venganza? Ya la herida
se olvidó del puñal... ¡Ya el postrer canto
el cisne enfurecido del espanto
lanzó sobre las charcas de la vida!

Cansado ya de este combate recio,
todo lo juzgo y lo desprecio todo
desde la excelsitud de mi desprecio;

y mi desprecio en colosal marea,
sobre toda montaña sube un codo
y sobre todo espíritu una idea...

LAS VOCES DE LA DUDA

(AL DR. JAVIER PRADO Y UGARTECHE)

I

¡Oh siglo, a ti, que en la verdad reposas,
qué te importa el dolor! Mas ¿no adivinas
que ese sol de tus albas luminosas
es una flor que brota entre tus ruinas?...

¡Qué vale que haya perfumadas rosas
si para cada rosa hay cien espinas!
¡Que haya de noche luminosos rastros,
si una nube no más cubre cien astros!

Víctima de este siglo, que responde
—jamás al corazón—sólo a la mente,
dudo del porvenir que se me esconde
y a la vez desespero del presente.
¿A dónde irá la Humanidad, a dónde,
sin levantar la pensativa frente,
buscando a Dios, no por el alto cielo,
sino acaso caído por el suelo?...

¿A dónde irá la Humanidad cansada,
sin fe en el porvenir, que siempre oscuro
preséntase a la tímida mirada
del espíritu débil o inseguro?
¿A dónde se halla el fin de esta jornada?
¿Dónde el principio está de ese futuro
en que soñó la Humanidad un día,
cuando el alma soñaba todavía?...

¡Oh! yo también me río del estulto
que ante el ídolo tiembla; más precisa
que tenga siempre el sacerdote un culto
y siempre el luchador una divisa...
Palpite un sacro verbo en cada insulto;
un germen salte en la voltaria risa;
fecúndese a la par que se derrumba:
¡pase el arado encima de la tumba!

No piense nadie que es la cruz mi escudo
y con el brillo celestial me ciego;
mas no quiero ser el siervo mudo,
que apenas tiene frases para el ruego.
Yo, si duda mi siglo, también dudo;
yo, si niega mi siglo, también niego;
pero no tenga libertad en vano:
¡sea el siglo mi ley, no mi tirano!

¿A qué vivir, si el alma es soplo leve?
¿A qué luchar, si el más allá no existe?
La lógica del siglo diecinueve
muy lógica será... ¡pero es tan triste!
¿Quién bajo el peso del dolor se mueve,
y surge, y de otras formas se reviste,
si Lázaro ay! espera el ¡anunciado
grito de Dios... ¡y Dios está callado!

¿Cómo resucitar? ¿Cómo se aspira
a sacudir el yugo, si la Idea
por los infiernos de la duda gira
y espantada de Dios revolotea?...
La Humanidad, que con sorpresa mira
todo a su alrededor, porque es atea
y tiene el sobresalto del delito,
caída está: ¡cayó de lo infinito!

La Humanidad caída y Dios suspenso:
ni Ella sube hacia El, ni El baja hacia Ella.
La Fe sólo es el alma del incienso,
que se disipa sin dejar más huella
que un montón de ceniza. Horror inmenso
mata la luz de la divina estrella,
guía una vez del mago peregrino
que hoy en busca de Dios tuerce el camino...

Ya que el vicio es la ley del mundo entero,
ya que Dios cede su corona al vicio,
nada del mundo ni de Dios espero:
ni del Mal cierto, ni del Bien ficticio...
Hastiado de las luchas, sondear quiero
de la tumba el abierto precipicio,
desque en el viaje de la humana suerte
la Vida es el camino de la Muerte...

II

¡Cuántas veces de pie sobre una fosa,
quise romper la losa,
creyendo hallar tras de la losa el cielo

y de otros mundos el divino rastro:
si la nube ante el astro tiende un velo,
a través de ese velo brilla el astro!
¡Cuántas de cementerio en cementerio,
he violado el misterio,
hundiendo mi razón, llena de vida,
de la muerte en los fúnebres horrores,
cual hunden su cabeza estremecida
en la boca del león los domadores!...

Ya no el combate, que aturdió mi mente,
en la hora presente,
ha de rasgar las sombras de mi abismo,
ya el león no ha de rugir en el desierto:
sepultando mi ensueño, a un tiempo mismo,
he sido tumba, enterrador y muerto.

El águila, que ayer miró en el monte
inmenso el horizonte,
siente hoy, al ver el porvenir humano,
que confunde en la tumba a rey y a siervo,
las desesperaciones del gusano
y las tristezas lóbregas del cuervo.

Todo un mundo de sombras ha caído,
se ha roto y se ha esparcido
en las campiñas de mi ideal risueño:
por donde el alma va, huérfana y viuda;
mi alma fué ayer la púrpura del sueño;
mi alma es hoy la mortaja de la duda.

Ella amó a la mujer, ella amó al hombre,
y quiso unir su nombre
a todos los impulsos y progresos;
y sólo halló tras de las luchas fieras,
altos montones de roídos huesos
coronados de tristes calaveras...
¿Quién sondeará el sepulcro, y de la bruma
que en el fondo se esfuma,
con un puñal de luz rasgará el pliegue?

Mientra haya algo afuera de la idea,
no me digáis que crea y que no niegue,
ni me digáis que niegue y que no crea.

¡Dudar! ¡siempre dudar! Siempre la vida
de un ideal suspendida,
oscila cual un péndulo agitado,
que, al marcar en la esfera de la mente
todas las ilusiones del pasado,
marca todas las dudas del presente...

¿Cómo arrancar de la razón la duda,
que su garra filuda
clava en todo el que canta y el que sueña?
¿Cómo aclarar el turbio escepticismo?
¿Cómo ablandar lo duro de la peña?
¿Cómo alzar una cumbre en el abismo?

¡Morir para saber! Ante la fosa,
donde todo reposa,
y donde acaban la ficción el dolo,
torpe es que el can de la blasfemia ladre,
¡ya que la muerte para el hombre es sólo
el abrazo del hijo con la madre!

EL ULTIMO AMOR

Dices que el tiempo pasó
en que sabías amar;
¿quién seca el agua del mar
porque en ella naufragó?
Este fuego en que ardo yo
a provocarte se atreve;
porque su desdén aleve
completaría mi afán,
al poner sobre el volcán
el contraste de la nieve.

El otoño del amor
da los frutos del placer;
y yo busco en la mujer
más el fruto que la flor.
De los huertos del candor
las aves siempre han huído;
porque en el árbol florido
pero sin frutos, cuando ama,
suele quebrarse la rama,
al peso de un solo nido...

Ya las blancas mariposas
de tu inocencia están lejos:
los dioses nunca son viejos;
menos lo serán las diosas.
¿Por qué a ti mismo te acosas
con tan singular idea?
Si la mujer no desea
de la edad sufrir los daños,
no es por lo que son los años,
sino por lo que es ser fea...

Ya que intacta tu hermosura,
con firmeza de diamante,
ofrece a su Adán amante
una manzana madura,
disipa la idea oscura
que te punza con su espina
y deja tu amor en ruina
que brinde un nuevo retoño.
Salve ¡oh belleza de otoño!
Salve ¡oh Venus vespertina!

La juventud candorosa
es primicia de ignorancia,
que pasea su arrogancia,
con alas de mariposa;
y tu madurez hermosa
es como un fruto en sazón...
Vale por el corazón,
que tiene su arqueología,

más que una estatua del día
un friso del Partenón.

Me gustan más las mujeres
que tocan la edad madura:
un otoño de hermosura
da cosecha de placeres.
Me gustas tal como eres
más que como fuiste un día:
hoy lograr tu amor sería,
para aquel que te enamora,
¡la promesa de una aurora
que hace un sol en agonía!...

El amor que mi alma siente
sobre tu desdén se ensancha,
como un arrebol que mancha
el azul de su poniente...
Antes de humillar la frente
como un mísero cobarde,
el sol en su último alarde
aviva su resplandor...
¡Venus—la estrella de amor—
es la estrella de la tarde!

¿Qué los labios virginales
saben del amante exceso?
Forma la abeja del beso,
beso a beso sus panales.
No son tus besos iguales
a los que otros labios dan;
y es porque en ellos están
todas sus antiguas galas,
cual si quemasen sus alas
en el rubí de un volcán...

La maestría en tus labios
y la oratoria en tus ojos,
cuando sacian mis antojos,
valen por los siete sabios.
En tus últimos resabios

acaso más dulce eres;
y así alcanzas cuanto quieres,
porque al fin has devorado
bibliotecas de pecado
eruditas de placeres...

El amor nunca envejece,
sino que, como el arroyo,
cae al hoyo, llena el hoyo
y luego rebalsa y crece...
El candor se desvanece
en cuanto el placer se apura;
y prefiero en mi locura
de tanto amor que me abrasa,
¡más que el primero—que pasa—
el último—que perdura!...

EL FIN DE DON JUAN

A Felipe G. Cazeneuve

I want a hero...

Lord Byron.

I

Sobre el altar mayor, disuelto un lampo
esparce ondas de luz. Por las ventanas
entra la brisa del vecino campo;

y, después de agitar las blancas canas
del adusto prior, se goza impía
en abrir libros y en inflar sotanas.

Fuera del templo, la explosión del día:
el pletórico sol su primer beso
ha estampado en la cúspide bravía.

Dentro la austera frialdad del yeso:
una virtud impávida, serena;
¡pero no una virtud de carne y hueso!

La virtud tiene un fin, y ese fin llena.
Lo que no llena un fin no es bien preciado:
sino enfrenara el mar, ¿a qué la arena?
La virtud da consuelo al desgraciado,

agua a la sed y luz al precipicio:
surcos abre también como el arado.
Por eso es que aprovecha el desperdicio;
y amasa el nuevo pan con la migaja
abandonada en el festín del vicio...

Muerta no está, para vestir mortaja
y sepultarse en lóbrego convento
de paz eterna. ¡La virtud trabaja!

Mientras allá... la vida en movimiento
canta de Dios la soberana gloria
con un salmo inmortal de enorme aliento,

aquí, apartados de la humana escoria
y de la humana luz, los frailes cantan
maquinalmente un salmo de memoria.

Truena el coro. Las notas que se espantan,
de la gangosa voz al golpe rudo,
cien castillos fantásticos levantan.

Y como un gladiador sobre su escudo,
allá, Cristo, en el fondo, sobre el leño,
abre sus brazos lívido y desnudo;

y escuchando quizás entre su sueño
el salmo de los frailes en el coro,
arquea el labio, con desdén, risueño...

¡Ah! Si pudiera de la peana de oro
bajarse Cristo y escapar al campo,
donde el salmo de amor fluye sonoro,

clavando sus miradas en el ampo
de la radiosa cumbre, sentiría
de la primera aurora el primer lampo;

y al soplo de su sacra fantasía,
volando, perderíase en la bruma
que rasga el sol del Suspirado Día...

Estallaba la música; y con suma
presteza, resbalaba, hecha una ola
que en las playas después se hacía espuma...

A veces una vez quedaba sola,
vibrando como queda el punto medio
siempre más luminoso en una aureola.

¿De quién era la voz? Del que un remedio
busca tal vez para su mal; que acaso
con esa voz sabe cantar el tedio.

Había un brillo trémulo y escaso
en esa voz extraña, ¡algo de hastío
y algo de sol que se hunde en el ocaso!...

II

¿Quién eres, dime tú, fraile sombrío?
Revélame tu voz el mismo acento
de cierto burlador loco e impío.

Verdad que acaso el deslenguado viento
puede variar tu voz; más fijo queda
no sé por qué tan raro pensamiento.

¿Tú eres el mismo, entre la ardiente rueda
de la danza sensual, que vueltas dabas
en la red que jamás se desenreda?

¿Tú eres el mismo, en fin, que derrochabas
el oro y el placer? Te será duro
recordar tu principio hoy que ya acabas...

¿Y tú eres el vicioso? Hondo y oscuro
era el antro en que ciego te perdiste:
negro es tu ayer, radiante es tu futuro.

¿Y tú eres el hereje? Un caso existe.
Ante esa Virgen, cuya gloria hoy cantas,
tu amada se postró; tú un paso diste;

y gritando:—¿Por qué no te levantas?
blasfemaste:—¡Si es ella la que debe
ponerse de rodillas a tus plantas!

Cegábate el amor... Ante la Hebe
que te escanciaba el vaso diamantino
en que el elixir del amor se bebe,

sacrificabas todo: y ya sin tino,
por un beso quizás o una mirada,
marcabas nuevo rumbo a tu destino.

¿Qué hombre no amó una vez? Ante la amada,
arenilla es la tierra, el mar es gota,
chispa es el sol, el universo nada:

ella es la idea que en la mente flota;
que sólo *ella* impresiona los sentidos
¡y es luz, forma, sabor, perfume y nota!...

¿Quién eres tú, de tonos compungidos,
fraile incógnito? ¡Oh gloria! ¡oh maravilla!
¡Es él! Es el maestro, empedernidos...

Es don Juan, es el héroe de Sevilla,
el del blasón incólume y radiante,
el corruptor sin tacha ni mancilla,

que ya sin ver atrás, viendo adelante,
tórnase de repente en fraile oscuro
como en negro carbón claro diamante.

El que ningún honor halló seguro,
el que a todo placer le fijó precio,
rinde el pasado en aras del futuro;

y hoy vuelve, arrepentido como un necio,
a cumplir la sentencia mal cumplida,
marcando playas al oleaje recio.

Rotas las falsas vendas de su herida,
se baña así en las aguas milagrosas
de los último años de la vida...

Luce el sol—al morir—tintas radiosas,
canta el cisne, la tórtola aletea
y su mejor perfume dan las rosas.

Bien puede ser la juventud atea;
pero la ancianidad pone en los labios
la oración, y la fe sobre la idea.

Sufre Colón estúpidos agravios,
pero vence: en la tumba existe un mundo
que hoy es también la mofa de los sabios;

y un Colón hay en cada moribundo
para ese arcano—como todo abismo—
¡más atrayente cuanto más profundo!...

III

¡Oh Fray Juan! ¿Es posible que el cinismo
te lleve hasta fingir horror sagrado
hacia el mal, hacia el mundo, hacia ti mismo?

¿Y como no acordarte del pecado,
si no hay hojas de parra suficientes
para todas las Evas que has tentado?

Yo no lo sé. Las pecadoras gentes
pondrán en duda tu virtud, y a solas
¡te tratarán de hipócrita insolente!

Cíñete tú las místicas aureolas:
como Colón, altivo y sin temores
rasga del odio las revueltas olas.

Quizás te dé otra América sus flores;
y halles otro árbol en que hacer tu nido;
y halles un nido en que cantar amores.

Yo que en el celestial y enternecido
lenguaje de Jesús mi fe retemplo,
iognoro que el amor esté prohibido.

No abuses del amor. Sigue el ejemplo
solamente de Dios: cree, pero ama.
Vente conmigo. Escápate del templo.

El campo trina en amorosa gama,
con la orquestal y mágica armonía
que hay entre el nido, el pájaro y la rama;

y la misma perpetua poesía
de inmenso amor, contemplan por do quiera
luna y sol—umbra y rayo—noche y día!

Si tienes corazón, ama siquiera.
Purifica tu ideal, limpia tu espada;
¡pero sucumbe envuelto en tu bandera!

Hoy, obligado por tu ley menguada,
bendecirás el matrimonio acaso
de alguna que en un tiempo fué tu amada...

¿Vergüenza no te da? Detén el paso,
y reflexiona en el profundo duelo
del amor que te ve desde su ocaso;

porque el amor, en su afligido celo,
de un Hámlet teme el movimiento de hombros
más que el puño crispado de un Otelo.

Sin ternura, sin fiebres, sin asombros,
mientras hoy triunfa el sol de la alegría,
duermes la siesta al pie de tus escombros...

Por vencer del amor la tiranía
hiciste del amor ya no un imperio,
sino una demagógica anarquía.

Burlando el religioso ministerio,
tornaste en un infierno el matrimonio
¡y en una salvación el adulterio!

Y hoy—cual tentación de San Antonio—
no bastarían a romper tu calma
ni el mundo, ni la carne, ni el demonio...

No debe ser así. La excelsa palma
sólo es para el amor del justo medio,
¡que es placer y es ideal, materia y alma!

IV

Buscando acaso incógnito remedio
para tu decepción pasas la vida,
de un templo oscuro entre el pesado tedio...

Cantas. ¿Te gusta el coro? Alma caída
que pugnas por alzarte y lavar quieres
en el Jordán la sangre de tu herida,

ignoras que sin ser lo que tú eres
todos gustan del coro... cuando canta
eterno amor entre hombres y mujeres.

Hollando las espinas con tu planta,
del hábito mundano te despojas
y el perfil miras de la tierra santa.

Desechas toda tentación; y arrojas,
con un golpe de luz, la mancha oscura
que en tu libro hallas al volver las hojas...

Ve aquella Virgencita. En su sien pura
luce la aureola de la fe sencilla,
por cima del fragor de tu locura.

¿Es pequeña? Pues ve, ve cuánto brilla;
mas como está en el suelo y es pequeña
la verás bien... ¡si doblas la rodilla!

Sepárate del coro que despeña
sus formidables notas sobre todo:
busca la paz que se desmaya y sueña.

En paz, aislado, mientras suba un codo
sobre ti el mal, mientras la chusma ladre,
mientras el vicio te salpique lodo,

mientras la pena aguda te taladre,
tú sin temor pregúntale a María
si es falta el tener hijos... ¡Ella es madre!

Cree, pero ama. ¡Una irrisión sería
querer secar el agua en todo el mundo,
tan sólo porque a veces se desvía!

V

¡Qué luchas no tendrás en lo profundo,
cuando de noche, entre tu celda escueta,
después de confesar a un moribundo,

mires alzarse erótica e inquieta
a la Fits-Fulke de dorados rizos,
que turba así su austeridad de asceta!

Cual suele en dos espejos fronterizos
una imágen saltar, volverse luego
y saltar otra vez... tú los hechizos

de tus lances de ayer recuerdas ciego
y se los tornas al ayer impío,
que te vuelve a tentar, sordo a tu ruego.

Nada anima tu espíritu sombrío,
nada te causa amor: lo que tu sientes
no es arrepentimiento, ¡sino hastío!

turba en vano tus sueños inocentes
la tentación; que antes de ser blasfemo
te cortarás la lengua entre los dientes.—

Constante en tu delirio hasta el extremo,
tremolando la cruz, del mal te escudas
cual marinera que tremola el remo.—

Finges quizás imágenes desnudas
de lúbrica atracción, mas luego miras
la rama en que se cuelga el traidor Judas;

y antes de traicionarla, aun más te inspiras
en esa ley que su poder celebra
al blando son de celestiales liras...

¿Quién ahorca al Amor con una hebra?
¿Quién borra de la Historia aquel pasaje
del Edén, el manzano y la culebra?

No creas, no, que con cambiar de traje
cambias de corazón. Fraile te has hecho
porque a las playas te arrojó el oleaje.

Inútil ya, no tienes el derecho
de hablar contra el amor: escucha y calla,
con las manos en cruz sobre tu pecho.

Desertor presenciando una batalla,
sentirás las nostalgias de esa lucha
que al grito del amor truena y estalla.

Mientras el himno por do quier se escucha
de simpatía excelsa, el ojo listo,
entre la lobreguez de tu capucha,

raudo se inflamará mas imprevisto
mirará allá, en el fondo, el perfil puro
e inamovible del severo Cristo...

El es Dios, tú eres hombre. El bien seguro
está sólo en amar: ama y descuida,
que serás grato a Dios. ¡Yo te lo juro!

VI

Hombres hay que en las heces de la vida
logran sentir los maternales besos
que les diera la Fe, la Fe perdida;

y trépanse en sus místicos excesos,
como el saqueo a la triunfante palma
para mirar a Dios... ¡Ah, tú eres de esos!

De esos que se arrepienten cuando el alma
llega a sus horrorosas agonías,
cuando se acerca la mortuoria calma,

cuando estampa el dolor sus huellas frías
y el huracán las ilusiones diezma;
de esos que pasan, al revés sus días:
¡cuarenta en carnaval, tres en cuaresma!

ANTE UNA ESTATUA DEL AMOR

A los pies de un Amor te dije el mío:
tú me miraste con tranquilos ojos,
ni te incendiaste en púdicos sonrojos,
ni me mostraste enérgico desvío...

¡Cuánto y cuánto te dije! El mármol frío
hubo de conmoverse a mis antojos.
Me sentí doblegar, caer de hinojos,
y rodar como un mundo en el vacío...

—¡Qué estatua tan hermosa!—me dijiste,
y mi verbo de amor interrumpiste
con tu palabra desdeñosa y fatua.

Ante tal desencanto sorprendido,
no pude contenerme y al oído
te murmuré:—¡Qué hermosa tan estatua!

PARA UN DESDEN FINGIDO

Tu alma no está, como tu cuerpo, inerte.
Cuando te veo muda y pensativa,
con la dureza de una estatua viva,
me pareces el Angel de la Muerte...

Eres, fingiendo, por contraria suerte,
dócil, flexible y a la vez esquiva:
si dócil como el junco eres altiva,
flexible como el látigo eres fuerte.

Sé que me amas y finges que no me amas.
¿Cuál pensamiento entre tu mente gira
que bajo de la nieve oculta llamas?

Lo sé: finges desdén, me muestras duda,
mientes, sí; porque a veces la mentira
es el rubor de la Verdad desnuda...

DE VIAJE

Ave de paso,
fugaz viajera desconocida:
fué sólo un sueño, sólo un capricho, sólo un acaso;
duró un instante, de los que llenan toda una vida.

No era la gloria del paganismo,
no era el encanto de la hermosura plástica y recia:
era algo vago, nube de incienso, luz de idealismo.
¡No era la Grecia,
era la Roma del cristianismo!

Al redor era de sus dos ojos—¡oh qué ojos esos!—
que las facciones de su semblante desvanecidas
fingían trozos de un pincel tenue, mojado en besos,
radiviviendo sueños pasados y glorias idas...

Ida es la gloria de sus encantos,
pasado el sueño de su sonrisa.
Yo lentamente sigo la ruta de mis quebrantos;
ella ha fugado como un perfume sobre una brisa.

Quizás ya nunca nos encontremos;
quizás ya nunca veré a mi errante desconocida;
quizás la misma barca de amores empujaremos,
ella de un lado, yo de otro lado como dos remos,
toda la vida bogando juntos y separados toda la vida...

LA CANCION DE LAS TINIEBLAS

A Salvador Rueda

Somos las protectoras del vicio y del tormento:
amparamos el crimen que va a ser, es o ha sido;
que se llama asechanza, golpe o remordimiento;
que busca el abandono, la fuga y el olvido.

Nosotras contemplamos hasta que raya el día
al jugador arqueándose en angustiada espera,
sacudiendo los dados con fúnebre alegría
cual crótalos vibrantes entre una calavera...

Nosotras, ya cansadas de ver en los salones
el desvelado baile, solemos otras veces
rondar a las parejas que cambian sensaciones,
allá en las poderosas y ocultas lobregueces...

Nosotras sorprendemos al que, con manos secas
y ojillos avispados, tesoros acumula,
mientras haciendo extrañas y repugnantes muecas,
pesadamente duerme la roncadora Gula...

Nosotras, cual si el diablo nos diera con su cola,
giramos azotadas, más locas de alegrías,
alrededor del ebrio que se echa cual la ola
y arroja sus espumas sobre las piedras frías...

Somos las protectoras del vicio que nos ama
y del dolor sagrado que acaso nos detesta.
¡No nos importa el nombre con que el dolor se llama
resignación que gime u orgullo que protesta!

En un rincón a veces hallamos la herramienta
que duerme las fatigas de la jornada dura;
y a veces sorprendemos con cara macilenta
al físico trabajo pendiente en la costura...

Velamos siempre cautas el impecable lecho
donde, soñando, yace la virgen inocente;
soñando, entrambas manos en cruz sobre su pecho,
quizás con la manzana, mas no con la serpiente...

Seguimos al mendigo contando sus monedas
hasta el hogar impuro donde el rencor se aloja;
rencor que a la fortuna le quebrará las ruedas
el día decisivo de la bandera roja.

Danzamos, cual sopladas por procelosos austros.
Y acaso poeídas de insólita fiereza,
en los dormidos templos, en los escuetos claustros,
y en las celdas oscuras donde hasta el viento reza...

Del pesar y del crimen a un tiempo protectoras,
tenemos radiaciones de nítidos encantos,
caritativas luces, chispas consoladoras:
si somos noche, estrellas; si somos dolor, llantos.

¡Pero otra vida extraña y espléndida vivimos,
con luz que salta trémula o lánguida reposa,
cuando nos encontramos, cuando nos refundimos
dentro los ojos negros de una mujer hermosa!...

PUNTO FINAL

Eres fría; y así como los yesos
que en trepadora red ostentan flores,
te enfatuas de tus galas exteriores,
bella envoltura de mezquinos huesos...

Ayer me amaste, hoy me desdeñas. Esos
que se afanan por ser mis sucesores,
mi amor repetirán con sus amores,
porque te besarán sobre mis besos...

Pero borra mi nombre de tu historia,
ya que no tuvo tu pasión ternura,
ya que no tiene tu desdén memoria.

Lamenta sólo tu primer fracaso;
porque antes que la sed que el vaso apura
terminóse el licor... ¡se rompió el vaso!

EN VOZ ALTA

Hago punto final. Gloria o miseria
ha tiempo que el amor robó mi calma;
porque él es el Tabor de la materia,
pero es también el Gólgota del alma.

Si llenaste una página en mi historia,
ha de ser justo, aunque mi amor sucumba,
qu estos versos consagre a tu memoria
como quien echa flores a una tumba...

Me engañaste, lo sé. Y hoy que se acaba
el engaño teatral de mis efectos,
me asombra tu ficción; porque ignoraba
que en las flores del trapo hubiera insectos.

Me engañaste: lo sé. Con fría argucia
probabas la verdad de una falsía.
¡Hay inocencia que parece astucia!
¡Hay candor que parece hipocresía!

Aunque hablabas de amor, nunca siquiera
llanto vertiste en generoso alarde...
El corazón de la mujer es cera;
¡y la cera que llora es cera que arde!

Cuando alguna mujer me hable de amores
le hablaré de mentiras y desprecios,
pero no le hablaré de mis dolores;
que es preciso ser necio con los necios...

¡Con qué gozo infernal pondré los labios
en la copa de orgiásticos placeres!
Me graduaré de sabio entre los sabios
que se saben reir de las mujeres...

Culpa tuya será, si yo algún día
clavo un puñal de una mujer al pecho:

ya que tú has pervertido el alma mía,
otras me pagarán el mal que has hecho.

La dignidad me exige una venganza;
y hoy que en mi corazón tu imagen copio,
siento, al verte, que pesa en la balanza
más que el amor ajeno, el amor propio.

Así, con frialdad, siempre con calma,
por fin cerrados del amor los broches,
despídome diciendo, al ver de tu alma
la inmensa oscuridad:—¡Muy buenas noches!

EL NUEVO MONOLOGO DE HAMLET

A D. MARTÍNEZ LUJÁN

¿Me ama o no me ama? ¿Indiferencia es sólo
ese su frío resplandor interno,
que semeja un crepúsculo en el polo?
¿O es de cariño arrobador y tierno
esa faz que, con lánguida pupila,
lívida muestra como un sol de invierno?
¿Me ama o no me ama? El corazón vacila,
se anubla la razón. Quien ama, en vano
la conciencia tener quiera tranquila.
¡El amor no es laguna, es oceano!...

Puede seguir el príncipe sombrío,
del gran inglés en la inmortal escena,
monologando con el alma llena
de escéptica atracción hacia el vacío;
puede a la orilla del sepulcro umbrío
un cráneo recoger—grano de arena
que al deslizarse abandonara el río
que a otros ríos de ríos se encadena;—
y puede escudriñar el inseguro
problema eterno del eterno oriente,
donde nace la aurora del futuro

que refracta en las cumbres del presente;
y puede todavía
Hámlet pensar sobre la inmensa noche,
que es para tantos el inmenso día:
yo, haciendo metafísico derroche,
sobre las dudas del amor terreno,
prefiero para tal filosofía
más que un cráneo sin nada, un cráneo lleno.

¡Oh tu adorable cabecita! El vago
nimbo que la rodea
de atracción rara y misterioso halago,
como de guía le sirviera al mago
que en pos fuese de Venus Citerea.
¡Ah! ¿qué aves tenderán ahí su vuelo?
¿Qué ensueño alentará? ¿Qué dulce idea?
¿Qué raras flores abrirán su broche?
¿Y qué amor será el sol para ese cielo?
¿Y qué preocupación será la noche?
¿Cómo poderlo conocer? En vano
sus inquietudes compulsar anhelo,
que no hay belleza que no sea un velo
detrás del que está Dios como un arcano.

Luchar, vencer; jadeante, sudoroso,
sentirse con fatigas de pigmeo,
pero bregar con ansias de coloso;
y tener majestad y buscar gloria,
y sentir acosada la memoria
por el buitre voraz de Prometeo;
y llenar una página en la Historia,
¡para humillar los lauros ante alguna
mujer que los confunde con la escoria,
como se humilla el sol ante la luna!

¡Oh necia humillación!... Mas ¿qué es la vida?
¿Dónde está la justicia de un orgullo?
¿Qué flor podrá decir: *no fuí capullo?*
¿Qué hombre podrá decir: *no soy de lodo?*
Será una necedad mal comprendida:

pero a ella también va confundida
la inexplicable necedad de todo...

¡Veces! ¿Y para qué, cuando el encanto
en el misterio está? ¡Múltiples veces
halló el amor que tras martirio tanto
las que creyó primicias, eran heces!

Hoy esa duda en la conciencia llevo;
quizás la mujer que amo hace memoria,
porque para el amor no hay nueva historia,
con mi pasión de otra pasión exigua;
y no logro dejar el rastro nuevo,
sino profundizar la huella antigua.

¡Ah, si te llego a descubrir! No en vano
cruja la carabela de mi ensueño
por cima de las furias del oceano:
Colón y Cristo ante el linaje humano
hacen dos redenciones sobre un leño.
No importa que en mi loco desvarío,
al descubrir mi amor de visionario,
quizás el mismo leño del navío
se transforme en el leño del Calvario...

Pero ¡ay! ¿es justo lo que exige el hombre
lleno de farsas y de amores harto?
¿El que su amor reparte no se asombre
de que haga la mujer igual reparto!

¿A qué meditar más? Bello o sombrío,
porvenir de verdad mi amor anhela.
Si para navegar se hizo el navío,
yo me quiero lanzar al nuevo mundo
dejando en pos inacabable estela;
que me gusta escuchar, más que el sombrío
monólogo del ancla en lo profundo,
los diálogos del viento con la vela...

Amándola sabré si algo la inflama
o amándola sabré si algo la enfría.

Hundirla quiero en mi pasión inmensa;
y, al envolverla con el alma mía,
darle luz de mi amor, luz de mi llama,
para poder pensar lo que ella piensa
y poderme decir:—¡Me ama o no me ama!

DECLAMATORIA

A Andrés A. Mata

El bardo melenudo y decadente
se pasó sutilísima y ligera
la mano por la blonda cabellera,
y se la alborotó sobre la frente.

Plegó después el labio sonriente;
alzó los ojos a la azul esfera;
y con voz melodiosa y plañidera
rompió el silencio de la absorta gente...

Y dijo sus estrofas. Nadie pudo
sorprender los oscuros simbolismos,
ni salió nadie del asombro mudo.

De súbito estallaron las palmadas,
pero sonaron los aplausos mismos
como si hubieran sido bofetadas...

DEL TIEMPO VIEJO

Si el hacha abre una senda en la montaña,
como en la mitológica leyenda
a crecer vuelve la roída entraña:
y la vegetación borra la senda.

Como la selva soy; como ella quiero
darle esperanza al corazón vencido;

porque también, como la selva, espero
que sobre tu pasión crezca mi olvido.

Ya no te puedo amar cual los amantes
de tus tiempos de sol: hoy me das frío.
Estoy enfermo de no amar, porque antes
de apurar el placer, siento el hastío...

¡Y quién sabe mirándote de lejos,
surja y retoñe mi pasión exigua:
una moneda de los tiempos viejos
es más preciada cuanto más antigua!...

EN EL DIVAN

Indolente y gentil como Afrodita
ensayas las más lánguidas posturas;
y en tu diván, mirando las alturas,
eres el abandono que medita.

Saltas, al eco de tu amor que grita;
vibras, al diapasón de tus locuras,
que, en tus formas de lira, hay curvaturas
de la sensualidad más exquisita.

El voluble abanico, que en tu mano
cándidamente y a compás se mece,
te da un tinte de amor extramundano;

y, bajo de la túnica, el pequeño
pie en que termina tu beldad parece
ser el punto final de todo un sueño...

SPLEE DE LORD

(A Ernesto E. Beza)

El Hastío ha dejado el surco abierto,
donde el Vicio después sembrará todo
eso que apenas nace queda muerto,
si es alma en humo, si es materia, en lodo.

Ya para siempre el corazón desierto
de esperanza y de fe, mustias las galas
de los sueños de amor, el vuelo abate
sobre una roca en que plegar las alas
y contemplar de lejos el combate.

Hastiado de luchar, desde la alta
cúspide del delirio que me asalta,
incompleta de Dios veo la obra;
¡porque si me atormenta lo que falta,
me aburre inmensamente lo que sobra!

Es preciso burlar el sufrimiento:
tejer las danzas de una orgía loca:
dar de beber al corazón sediento,
no el agua destilada por la roca
del jamás ablandado aburrimiento,
sino el agua que corre en albedrío,
perturbando el brutal estancamiento
de todos los pantanos del Hastío...

Reirse es olvidar, y olvidar quiero;
y si acaso mis penas sublevadas
modulan mi gemido lastimero,
las disciplinaré con carcajadas.

Reirse es olvidar. El Gozo olvida;
y el Dolor tiene la memoria abierta
eternamente por una ancha herida.
Es preciso escapar; romper la puerta.

Coronada de pámpanos y erguida,
rediviviendo la Esperanza muerta
me brindará en la copa el dulce halago
del ensueño feliz. Loco y sin calma
todo el ensueño apuraré de un trago,
dejando sólo como hez... el alma.

Ebrio, febril y delirante, acaso
en medio de las danzas de la vida,
entre el ardiente giro, hallaré al paso
a la mujer hermosa y lementida
que pudo ser mi oriente y es mi ocaso.
Entonces ciego ya, de gloria lleno,
le clavaré un puñal: ¡será muy bella
sobre tal corazón la herida aquella,
como una rosa en la mitad del seno!

Y vendrá la Justicia. ¡Y vendrá cuándo!
Me arrojarán hacia la sombra espesa;
y subiré al patíbulo cantando
de la Felicidad la Marsellesa.
Y si se escucha a quien su ardor pregona
al borde mismo de la oscura huesa,
he de implorar, en la desgracia mía,
que hagan para mi tumba una corona
con las últimas rosas de la orgía.

Si pugna por saltar quizás el llanto,
sabré ahogarlo en mis risas y en mi canto;
y entraré altivo al postrimer encierro,
aunque sé que, con íntimo quebranto,
lograré sólo, tras martirio triste,
lágrimas y alaridos de mi perro...

ESTATUA DE SAL

Eres fría. A tus labios no se asoma
ni la risa, ni el grito, ni la queja:
estatua fueras en la Atenas vieja,
mujer no fueras en la vieja Roma.

Como estatua de sal, si a veces toma
gesto vibrante el arco de tu ceja,
es porque en tu pupila se refleja
el rojo incendio de infernal Sodoma.

¡Tú desdeñaste a jóvenes de brío,
y en matrimonio trágico y sombrío
a un anciano te uniste sin conciencia;

y la justicia del amor burlado,
como que eres de sal, te ha condenado
a que te lama el buey de la Impotencia!

¡ADELANTE!

Labra pacientemente tus tierras, aunque insana
plaga te las malogre; que hoy los dolores son
arados que abren surcos, donde tendrán mañana
las siembras del ensueño cosechas de razón.

¿Ensueño? Sí, es de noche: soñar es tu destino.
Sonámbulo del verso, no mires hacia atrás.
Desde hoy, cálate; y mudo, prosigue tu camino,
aunque te digan:—*Joven poeta ¿a dónde vas?*

Tú no vas hacia el triunfo de una farsa irrisoria;
tú no vas por la patria que tan ingrata es;
tú no vas tras el crimen disfrazado de gloria,
como el joven soldado del abate francés.

Tú vas hacia la cumbre de la justicia humana;
tú vas por el desquite de los que acosa el mal;
tú vas tras la victoria que ha de imponer mañana
sobre las patrias viejas la Patria Universal.

Si creen, que lo crean, si niegan que lo nieguen.
Contra sus propias fuerzas, arrástralos al bien;

y cuando ya las horas de la protestan lleguen,
predica tu Evangelio sin reparar a quién...

Ya que atrevido partes a conquistar la cumbre,
no vuelvas nunca el rostro, no mires hacia atrás:
si quiere que te siga la imbécil muchedumbre;
¡pero que no pretenda saber a dónde vas!...

ECCE HOMO

A Enrique López Albújar

Cuelgo mi arpa en un sauce, al fin rendido,
cual los bardos llorosos de Israel.
¡Ojalá que haya en mi sepulcro un nido,
como en boca de león panal de miel!

Flébil el corazón, mustio el cerebro,
quejas al viento doy, llantos al mar:
soy un molino que mis aspas quiebro
cansado sólo de girar, girar...

Molino roto, cada vez que siente
el soplo que otros tiempos lo animó,
cual simbólico signo, lentamente
traza en los aires un inmenso ¡Nó!
¿Para qué resistir? La vida entera
es un ábrego, un soplo, un huracán,
que de tanto agitarnos la bandera
la desfleca en jirones que se van...
¿A qué luchar? La cumbre desolada
se fatiga de tanta tempestad.
¡Nunca por nadie luchará la espada
de este libertador sin libertad!

Rendido así, mi espíritu se opaca,
por más que entre los cánticos sin fin,
en mis nubes, redondo se destaca
el sol como una boca de clarín.

Rendido así, como cuartel de invierno
que la tropa de ensueños escogió,
tengo en mi alma cenizas de un infierno
que un soplo de los cielos apagó...

Tranquilo al fin, sin que ya pueda nadie
mis dulces paraísos profanar,
¡apagada la hoguera, el nimbo irradie!
Laguna quiero ser, ya que fuí mar...

Mi alma es como un vetusto lazareto,
donde los sueños que enfermó el ideal
rezan fervientes con afán inquieto
al—*Líbranos, Amor, de todo mal...*

Vate desorientado y sin ventura,
encontré como solo porvenir
un odio que me cava sepultura
y un amor que me ayuda a bien morir...

Soy como un seco pajonal quemado
que un sueño de cenizas duerme en paz,
con los surcos borrosos del arado
sobre la gris desencajada faz...

Conforme con mi suerte, a ella me inclino
como la palma al golpe del simún;
mas no daré—si cambia mi destino—
un solo bien por el dolor común.

Egoísta, ya nunca en mis enojos
al engreído déspota heriré,
por ese pueblo que después los ojos
vuelve con duda a quien lo vió con fe.

Silente, mudo, sin cantar... ¡Mentira!
¡Mentira que esté nunca sin cantar!
Mientras tenga en mis manos una lira,
—salvavidas del alma—échenme al mar...

Mi musa es el magnífico incensario
que, en las misas sangrientas del dolor,
amontona en las grietas del calvario
cenizas de ternura, ascuas de amor...

Descuelgo mi arpa, pero estoy rendido.
Canto, pero no canto con afán;
¡porque he encontrado en mi sepulcro un nido,
pero de aves que nunca volarán!...

RESURREXIT

I

Estaba ansioso de luchar. No en vano
se estremecía la vibrante espada
por cruzar, en la lid, desenvainada,
cual voladora sierpe en el oceano.

Más noble es ser torrente que pantano;
y era justo oponer en lucha airada
contra la oscuridad una mirada
y un amor puro contra el odio humano.

Palpitando de horror con ansias sumas,
mi corazón clavado de puñales
sería un ave de aceradas plumas...

¡Preciso era subir! Perdí la calma;
y me lancé a los ásperos breñales:
¡cuándo a lo alto llegué, sólo era un alma!

II

Soñé que estaba muerto. Años hacía,
durmiendo en paz las ansias de la guerra,
me solazaba en abonar la tierra
que con amor de madre me cubría...

Entre mi tumba estrecho me sentía;
y, como el león que el domador encierra
contra la jaula con furor se aferra,
yo, viviendo otra vez, sobresalía.

Vi también que, por leyes misteriosas,
de las carnes brotaban los gusanos,
pero que se tornaban mariposas...

Súbito no vi nada: era un abismo;
cegué; me estremecí; tendí las manos;
¡y caí desplomado... entre mí mismo!

¡QUE IMPORTA!

A ALBERTO SALOMÓN

El desdén de los dioses no hace galas
de poder, ni de cólera el protervo:
César desdeña el odio de su siervo.
¡A odio con arpón, desdén con alas!

Puede el odio trepar por sus escalas
hasta el santuario que a mi amor reservo;
mas yo he de ver al pavoroso cuervo
rodar sin fuerzas a los pies de Palas...

Jamás importarán a mis enojos
nada la ingratitud, nada el mal pago,
nada los cuervos sacadores de ojos;

que en mi alma se desploman los insultos,
como peñascos en profundo lago,
¡que ha de guardarlos para siempre ocultos!...

PROTESTA

A José M. Barreto

¿Quiénes son, dónde están los que han querido
mancillar mi honradez con su impostura?
Hay nieves y no fangos en mi altura;
águilas, no serpientes en mi nido...

Ellos, los que han mi corazón herido,
me han coronado de inmortal ventura;
¡que si el arma enemiga es tan impura,
más noble que vencer es ser vencido!

Gocen los viles, que con torpe saña
sentirán, acosándome en el monte,
bajo sus garras renacer mi entraña;

que si un día naufragan sus ideales,
¡cruzaré como nave el horizonte
sin oir gritos y sin ver señales!...

VICTIMA

Hoy te censuran con brutal crudeza
los que ayer te ensalzaron a porfía:
se quiere descubrir Hipocresía,
tratando en vano de mentir franqueza.

El odio mismo que a hostigarte empieza,
ficción de teatro y trampa de falsía,

es el casco de honor y bizarría
con que cubre la Envidia su cabeza.

No te arredre la estúpida comparsa;
porque tú siempre arrollarás la farsa,
al soplo de huracán de tus castigos...

Vencerías también si al fin murieras;
¡porque yo sé que el día en que tú mueras
te tienen que llorar sus enemigos!...

CANTO DE HUELGA

¡Déjenme descansar! No estoy vencido
porque me siento grande en la batalla,
me horroriza la tumba del olvido
y la musa se enferma cuando calla;

pero ya desespera, ya fatiga
la ansiedad de la turba que me acosa,
y que, envuelto en la vórtice, me obliga
a cantar versos y a vivir en prosa...

¡Turba de maldición! Déjeme en calma
soñar con el amor que me extasía...
Suya es la luz que brota de mi alma,
¡pero la luz que entra a mi alma es mía!

Déjeme amar la libertad del campo,
el torrente glorioso, el manso arrullo
el beso de pasión que imprime el lampo
en los trémulos labios del capullo...

Déjeme amar la cúspide fulgente,
el canto de la alondra matutina,
la corona que el sol ciñe a la frente
desmoronada de la aldea en ruina...

Déjeme, en fin, amar los vocingleros
timbres del alma en el confín distante,
el gorjeo de luz de los luceros
y el ruido de alas de la sombra errante,

¡Déjeme en libertad! Turba menguada
la que opaca mi estrella con su estrella:
¡fuera de ella para mí no hay nada,
fuera de mí si hay todo para ella!

¡Menguada turba! El estro soberano
conquistar sabe triunfadoras palmas:
¡si ella es un río, mi alma es un oceano
en el que pueden desaguar mil almas!

Suya será mi voluntad entera,
mi razón, mi ideal, mi ley, mi brío;
¡pero déjeme, en cambio, que siquiera
pueda decir:—¡Mi corazón es mío!...

CONTRA NATURA

A Luis F. Ulloa

Adórente los ciegos de la idea;
los que no hallan en ti sino ternura
y amor para tu débil creatura,
que aunque es tu creatura también crea.

¿Quién provoca la lucha gigantea,
si no eres tú, de nuestra vida impura?
¿Quién agrega el hastío a la ventura
y en deshacer lo que hace se recrea?

Madre Natura, como un templo en ruina,
abandonado y sin cimientos fijos
al fondo del desprecio te derrumbas;

¡porque tú eres la eterna Mesalina,
que se revuelca con sus propios hijos
en el lecho incestuoso de las tumbas!

EL PEGASO ANTE EL POETA

I

Y habló el Pegaso y dijo:—Yo no daré mis crines
para arcos gemidores de trémulos violines,
sino para que triunfen, como penacho fiero,
sobre la bizarría de un casco de guerrero.

Mis alas son banderas, que excelsos paladines,
quisieran como gloria de su blasón severo;
en mi relincho tiemblan los épicos clarines;
y bajo mis galopes hay músicas de acero...

Al enarcar las alas, se encrespa y embravece
la crin sobre mi cuello, que en su perfil parece
un arpa: en el cordaje vibra solemne oda...

Y al sacudir las alas, el ojo parpadea;
y, de mi cuello a mi anca, la piel rápida ondea
cual si una sola arruga la recorriese toda...

II

Y habló el Poeta, y dijo:—Conozco tus vigores,
y aplaudo el ritmo en que hablan tus cascos habladores;
sé de tu vuelo el rumbo por el Azul, a modo
de un paso de conquista, que lo conquista todo;

y asiéntome en tu anca, que orlada con mis flores
es redondez y es lustre como obra de escultores;
y engríome en tu escape, y en la carrera beodo
tiendo sobre tu mármol mi humanidad de lodo...

¡Y bien! Dame una sola de tus sonoras crines,
para ajustarla a un arco, no de arrullar violines,
sino de flechar versos en desatada lidia.

Ya de tu recia cola, ya de tu cuello rudo,
dame una de tus crines; que quiero hacer un nudo,
¡para que tenga su horca la lengua de la Envidia!...

EN LA FRAGUA

(A UN EXQUISITO)

Arte caritativo que futilezas labra,
y acicala los trajes, y los descuidos peina,
fingo piadosa mano que bruñe la palabra
como un espejo intacto para una faz de reina.

Proscrita de Bizancio, la excelsitud de mi arte
no es dar fiesta al oído con frase amartelada:
si quieres un espejo para narciscarte,
mírate en la ancha hoja de mi radiante espada.

Aquiles qué, entre tocas, en la extranjera corte,
pone al músculo férreo disimulos de raso,
es pueril comediante, que nunca alcanza el porte
del que en la Iliada cruza con resonante paso.

Las enguantadas manos no son para las lanzas,
ni los nítidos verbos les dan alma a las cosas...
No me déis pies hercúleos tejiendo muelles danzas,
ni me deis bravas frentes coronadas de rosas.

Con paciencia de monje, yo exprimiera tu vino
en mis copas que fueran los prodigios más tersos;
y con la fina punta de un puñal damasquino,
destaparía el cofre de mis joyantes versos...

Pero hasta las mujeres desatan sus sonrisas
de volteriana burla, con notas tan süaves...

Yo no robo el suspiro, sino el vuelo en las brisas;
yo no envidio el gorjeo, sino el ala en las aves.
Ven, artista, y arroja tus bellas baratijas
a los hervores nuevos de mis futuras dianas,
como los viejos nobles echaban sus sortijas
al bronce destinado para fundir campanas...

ESTANDARTE DE AMOR

Huyes de mí; pero colgado al muro
me dejas un recuerdo: tu vestido.
Lo veo resaltar entre lo oscuro
como tú misma; y dudo sorprendido,
rogándote un perdón para mi ultraje,
si eres tú, sólo tú, la que he querido,
o si todo mi amor fué por tu traje...

Amo tu traje así. Flor de pecado,
con ese traje como nunca bella
te conocí y te amé. Quiso mi estrella
que no les fuera a mis amores dado
besar tu pie, sino besar tu huella...

Al ver tu traje, sin querer te veo
cuando en fuga cruzabas por la calle,
mientras que, en el zigzag del galanteo,
se enroscaban al árbol de tu talle
las yedras lujuriosas del deseo.
¡Cómo abultaba el traje que ceñía
tus tentadoras curvas! ¡Cómo en ondas
tus encajes dictaban armonías,
a manera de un beso entre las frondas!
¡Cómo en rápidos pliegues te envolvías!
¡Cómo, entre el nudo de joyantes lazos,
fingir me dabas en las ansias mías
la dulce penitencia de tus brazos!...

Tocadas tus mejillas por la rosa
de una suave pintura, hay en tu encanto
algo del artificio de una diosa
que su tez nunca profanó con llanto;
con un fino pincel le das negrura
al perfil de tus cejas, que el quebranto
jamás contrajo en horas de amargura;
y el lunar breve que tu faz decora
pintado es, con la misma gentileza
con que un sabio pintor que se enamora
pone su firma a la mejor cabeza...

Súmanse en este traje, que conoce
así el culto interior de tu belleza
como los sacramentos de tu goce,
ya que hartas veces te envolvió en su ola;
todos los elegantes artificios
que te hacían, prestándole su aureola,
cesáreamente bella hasta en tus vicios.

Amo tu traje así. Sobre su seda
corren mis manos trémulas y ansiosas,
como una loca sensación que rueda
sobre una piel suavísima de rosas,
y se gozan, jugando con el nudo
que ata los lazos, en romper el broche,
que ayer celó tu clásico desnudo
y hoy sólo guarda lobreguez de noche;
y cual las de aquel Hércules membrudo
que Ovidio canta esclavo de mujeres,
las manos mismas que en el firme escudo
rompieron lanzas... ¡tiemblan de alfileres!

¡Ojalá que tu traje al fin me diera,
de vivo amor en inflamado exceso,
aquella muerte de voraz hoguera
que desató la túnica de Neso;
porque, envuelto en sus pliegues, moriría
soñando con la gloria de tu beso
y ardiendo en la ambición de hacerte mía!

Ya que, sufriendo de mi amor la injuria
y de todas mis ansias el ultraje,
es como un estandarte de lujuria,
yo moriré abrazándome a tu traje,
cual el soldado, que la aviesa suerte
hace caer en la batalla fiera,
no se rinde cobarde ante la muerte,
sino que, altivo entre su propio duelo
y digno de la gloria que lo espera,
goza también del último consuelo
de morir abrazado a su bandera...

LAS DOS ESCANCIADORAS

Para beber inspiración, me afano,
por merecer la copa de diamante
que escancian Hebe a Júpiter Tonante,
entre las pompas del festín pagano.

Mas ¡ah! tampoco me recuerdo en vano
de la Samaritana, que anhelante
se inclina, con el ánfora delante,
sobre la frente del amor cristiano...

Hebe triunfa en el fúlgido concierto;
y la Samaritana halla ventura
en mitigar las ansias del desierto.
Así mi numen escanciar desea,
más que la copa de la Forma pura,
el ánfora profunda de la Idea.

EL VERSO FUTURO

A Leopoldo Lugones y Ricardo Jaymes Freire

Las luchas de la palabra con la idea—son las luchas del músculo con el nervio:—salta el ritmo en chispazos—como toques de incendio,—cuando empieza la eterna batalla—del Numen con el Verso.

¿Para qué hacer jardines—de árboles enfilados y serios, —cual guiando la mano con que escribe—la Natura las páginas de sus bosques soberbios?—¿Para qué el artificio, —si lo espontáneo es bello?—Surja el ritmo en la estrofa como surge—en las nubes, en las olas, en los vientos,—en la gira orbital de los mundos celestes,—en la curva solemne de las aves en vuelo,—en los monologantes excelsiores de los ríos,—en el galope alado de los huracanes negros.

Las estrofas libres,—[en que el arte nuevo—rompe la losa de los santos sepulcros,—para hacer orgiásticas copas de los cráneos secos,]—no son las procustales—noches insomnes de ajustado lecho...

Todas las lluvias se embriagan en sus generosas flores. —todas las aves tienen ramas para posar su vuelo!

Tétricas son y nefastas—las formas fantásticas de su aspecto;—pero en su fondo caben el amor libre,—el dolor libre y el libre ensueño...

Arboles simulan—las estrofas libérrimas, que el plectro —traza como un delirio sobre las sombras:—a manera de haces de árboles de invierno,—atados con la cuerda de oro de la horca—de un suspiro largo, con nudo de besos...

Arboles que sufren;—con sabrosas frutas de veneno;— con flores de ambrosía que soñara Jove—para los banquetes de sus tedios;—con raíces negras, como las serpientes—de los fabulosos pecados edénicos;—con ramas retorcidas,—como los brazos de los condenados dantescos; —con hojas afiladas como lenguas de insulto;—y con nidos de abrojos, como corazones huecos.—Tal las estrofas, que simulan,—sobre los promontorios del pensamiento,— teoría salvática de fantasmas de sangre—con sus enmarañadas cabelleras de duelo.

Ven, tú, la bien amada musa,—la musa de los amores extraterrenos;— ven, a enseñar tus cantos cristalinos— como cristales ahumados por un hálito de infierno;—ven, a dormir tus siestas—de olímpico abandono que gusta

blandos lechos;—ven a romper el grito de tus protestas—en sodómico diluvio de fuego;—ven, a llorar tus penas incognocidas—con sollozos obscuros de difíciles ecos,—aquí, bajo la copa del árbol,—que impone su nueva vida sobre los campos viejos,—traspasando los lindes con las raíces—y con las ramas interrogando al cielo,—a manera de una gráfica y sonora—Primavera del Verso!...

¡Oh haz de estrofas libres!—resumen de los triunfos estéticos,—signo de las américas del arte,—número de los anarquismos del ensueño,—simula el árbol de las prohibidas frutas—en el Paraíso del Amor,(duo eterno).—Los que comáis sus frutas envenenadas—seréis más grandes que los dioses viejos;—y si la espada de los exterminios—os arroja y se clava a las puertas del Verso,—tendréis siempre la esperanza del futuro Mesías,—hijo de un dios y descendiente vuestro!...

MIS COMBATES

A Pedro López Aliaga

¡Oh qué cruel vacilación! El alma
vibra como hoja en árbol que los vientos
sacuden con furor; pero yo en calma
ríome de mis propios sufrimientos...

En medio de mis íntimos afanes
véome yo luchando con la Suerte,
en portentosa lucha de titanes,
como brega la Vida con la Muerte.

Nada importa la Muerte, si la Vida
como el Sol nace en el opuesto lado,
si salud al que hiere da la herida
cual la sangre del bíblico costado...

Quiero apurar la copa acibarada
con mano firme y ánimo sereno;
pasear despreciativa la mirada;
y abrir las alas al fragor del trueno...

Ciérrese ante mi vista el horizonte,
núblese el cielo: seguiré en la lidia...
Moriré como heroico Laocoonte
ahogado entre los nudos de la envidia.

En vano, sí, la sociedad maldita
pondrá sobre mi frente un *«aquí yace»*.
¡La ilusión como el Fénix resucita
y la melena de Sansón renace!

Y cuando caiga, si a rendirme llego,
hastiado ya, cansado de mí mismo,
he de abrazarme del destino ciego;
y juntos rodaremos al abismo...

Siéntome grande en medio de la lucha
con el Destino ingrato que me hiere;
el Destino que *pega, pero escucha;*
¡el Destino que mata, pero muere!...

¡NO ES DEMAS!

A Hertmán de Vivero

No es demás que el volcán protesto, y brame,
y salte de su asiento; no es en vano,
si sorprende a Pompeya y Herculano
desatentadas en la orgía infame...

No, no es demás que el corazón se inflame
y que el látigo vibre entre la mano,
si, al rebelde castigo, el vil tirano
de su castigador las plantas lame.

Justo es que estallen, cuando el bien claudica,
volcán de sangre, rebelión de llamas:
la sangre borra, el fuego purifica...

¡A los primeros golpes que lo hienden,
ceden del árbol las endebles ramas
y los frutos podridos se desprenden!

SOL PONIENTE

¡Ven, contempla el paisaje, musa mía!
Desde el atrevimiento de esta cumbre,
mira cómo del sol en la agonía
cae sobre él nublada muchedumbre...

Presencia el sol sus mismos funerales:
caen sobre él, antes que ruede muerto,
las nubes como buitres colosales
sobre un león moribundo en el desierto...

Mira. El león se retuerce en su amargura;
sacude la melena enfurecido;
y arroja miles de astros a la altura,
como arenas a cada resoplido.

Hay almas que agonizan como soles...
Jesús vuelve la vista al que lo hiere
y el sol torna las nubes arreboles...
¿Será mi alma tal vez un sol que muere?

¿Morir mi alma? ¡Jamás! El estro sube
por cima de la turba posternada:
un rayo arranqué de cada nube,
y en cada rayo envolveré una espada.

Mi alma quiere luchar; pero hoy no lucha.
Burlador de las olas me hago el muerto:
¡soy el viajero que tendido escucha
al que viene detrás por el desierto!
Lívido, cabizbajo, cejijunto,

ante el abismo me detuve un punto
y ante el peligro me cruzé de brazos.

¡Siempre he desafiado la inclemencia
del Mal que vibra sobre mí su espada,
con la serenidad de una conciencia
a luchar y a vencer acostumbrada!

Cuando Dios juzgue la constancia mía
y me pregunte al concluir el viaje,
cómo hice la mundana travesía,
le diré: trabajando mi pasaje.

Hoy no quiero luchar, estoy hastiado;
y no es que se haya muerto mi conciencia:
vivo, como un dolor petrificado,
absorbido en mi propia indiferencia.

El sol no muere, no; si acaba el día
es por una ficción del firmamento:
una vuelta del mundo es su agonía,
una vuelta después su nacimiento.

El alma grande que en las luchas muere,
para surgir con ímpetu iracundo,
para resucitar, calle y espere,
inmóvil como el sol... que ruede el mundo.

IMPRECACION

A Eduardo Talero

No puedo descender. Siempre en la altura,
desafiando la extensión sombría,
paseo la insolencia de mis ojos
escrutadores de misterios.

Risas
de analfabeta chusma; estruendo airado
de gentes ebrias de vibrante orgía;
juramentos de sórdidos despechos;
tempestades de pálidas envidias;
ola inmensa de fétidas injurias;
coro alegre de irónicas diatribas;
todo sube hasta mí; como el infame
hálito de la bestia apocalíptica,
revelador de las humanas menguas,
denunciador de las bajezas ínfimas,
instigador de los más nobles odios,
provocador de las más santas iras.

Hálito repelente de las hondas
capas de fango en que Satán dormita,
sube hasta mí, cual bofetada enorme
de la noche rebelde contra el día...

Entonces vuelvo el alma hacia lo oscuro;
y, asomándome al antro que transpira,
interrogo a las sombras, que me cuentan
sus voluptuosidades infinitas,
sus ansias descompuestas, sus dolores
de senos maternales que se crispan
dando a luz un relámpago, sus glorias
de fieras e incesantes Mesalinas,
sus caprichos de histéricas danzantes,
sus delirios de turbas anarquistas.

Y me tapo los ojos por no verlas,
pero las sigo oyendo; y por no oirlas,
me tapo los oídos y las veo...
Las veo, sí, por más que las pupilas
con apretados párpados encubro;
pues dentro, al fondo, en la conciencia misma,
las veo, sí, las veo que pausadas
y en caudalosa procesión desfilan...
Almas desnudas de honradez; ideas
huérfanas de virtud; foscas envidias,

que murmuran al sol que las alumbra;
ansias como serpientes retorcidas;
ambiciones volcánicas; rencores
de superpuestas pequeñeces frívolas;
concupiscentes apetitos; fiebres
de altas sensualidades; avaricias
de ojos calculadores; arrebatos
de sangrientas locuras repentinas;
propósitos de bela; chistes torpes
de mordedura venenosa y fría; Irla
estulticias que niegan el derecho
y fuerzas que el derecho crucifican;
desnudeces estólidas del alma;
conjuraciones de la carne impía...

¡Oh, qué hórrida visión!... Volcán de fango,
selva de vicios, mar de pesadillas,
cae sobre mi espíritu y me abate;
me hace postrar de hinojos en la lidia;
rogar misericordia; hacerme polvo;
y hundirme en la impotencia de la vida...
¡Cuántos males, buen Dios!

Pero ¡ah! no salga
triunfador tanto mal. No está la lira
fatigada de cantos: da a los aires
nueva protesta de salud. Erguida
sopla la musa; el corazón se enciende
con los ardores de la angustia misma;
en la mente, las alas vuelo exigen;
en el éter del alma, impera el día...
¡A cantar!

Es el vate, que, los siglos
de los siglos ahonda con su vista;
y explora, como un buzo, el oceano
de una lágrima.
¡Canta!

Alce la envidia
su escándalo, y azótele la frente,

donde como en el cielo impera el día;
truene la voz de las tinieblas hondas;
rompa a volar la carcajada indigna;
hierva el rencor de las humanas menguas;
¡que yo todo lo veo desde arriba!

CANTO A ZOLA

Alma toda verdad, tú descargaste
golpes de luz contra la noche densa
del romántico ideal, que sepultaste
en el orgullo de tu aurora inmensa;
cerebro todo sol, tú desde el foro
llenaste con tu voz el teatro mismo,
y tu protesta resaltó entre el coro
como una campanada del abismo;
corazón todo ardor, nunca el paciente
carácter fuiste que su senda labra,
siempre hiciste estallar súbitamente
la máquina infernal de tu palabra;
alma, cerebro, corazón, tú, cuando
Víctor Hugo perdióse entre lo oscuro,
llegaste como un águila volando
sobre los huracanes del futuro..

¡Sí! Cuando el Socialismo victorioso
clave en la cumbre su bandera roja
y el irritado mar entre en reposo;
cuando, al soplo de fieras tempestades,
se doblegue esta edad cual una hoja
en el libro de todas las edades,
tu nombre flotará, cual pendón roto,
en incesante afán hecho jirones,
predicador de un porvenir remoto,
Bautista de las grandes redenciones.

Apóstol de verdad, tú no has querido,
callar, aunque los bravos aquilones
amenazaran arrancar tu nido;
y tras de los siniestros episodios

de la traición de Dreyfus, has surgido
como un fénix de amor sobre los odios...
¡Y a la voz de tu musa visionaria
que entre las sombras trágicas descuella,
la inocencia es una isla solitaria,
tu alma una ola alrededor de ella!
Impulsa tu bajel; que el mar es ancho,..
Clava, como una lanza, tú querella
en las aspas del mal, aunque rebote:
esos que te atacaron como a Sancho,
te quisieran befar como a Quijote.

No importa que te insulte la ignorancia
del populacho que a tus pies vocea:
tú eres la libre y justiciera Francia,
¡eres la Humanidad, eres la Idea!
Los que te deben coronar de rosas
te coronan de espinas... Plebe atea,
que no quieren creer en tus gloriosas
ansias de luz futura, te apedrea...
Apagóse tu espíritu vibrante;
y callas, mientras corren silenciosas
lágrimas de titán por tu semblante...

¿Lloras? ¡Sí, como lloran las montañas!
Lloras como las cumbres eminentes...
La tempestad sacude tus entrañas
y te impulsa a llorar. ¡Lloras torrentes!
Pobre coloso abandonado y triste,
juguete de las turbas inclementes,
de esas, de las que un día ídolo fuiste...
Bien haces en llorar. No por ti mismo,
sino por los causantes de tu pena:
tu llanto de titán será el bautismo
de la plebe,—inconstante Magdalena.
Apágase tu ardor, duerme tu nervio,
rindes tus armas al rigor del hado:
no quieres ser, como Luzbel, soberbio;
quieres ser, como Cristo, resignado...

Bajo una vergonzosa tiranía
tu alma desdén olímpico atesora,
y reta las alturas muda y fría;
fría como una esfinge acusadora,
muda como una eternidad sombría...

¡ ! !

Bien haces en callar. Fía en ti mismo.
Refrena un poco tu corcel; no avances;
y páralo en dos pies ante el abismo...
Y verás que, a la voz del Socialismo,
fuertes con el laurel de cien victorias,
desfilan tus homéricos romances
como una inmensa procesión de glorias.

¿No sientes los calores fecundantes
de la *Tierra* en que el surco forma lecho
para que caigan los derechos de antes
y comience a crecer otro derecho?
¡Oye la voz intrépida del tajo
conquistadora del futuro aliento,
de esas generaciones del trabajo,
grandes a pleno sol y a todo viento!
¿Y no trasciendes el horror que apesta
por las fétidas bocas de las minas,
en donde en vano la viril protesta
se alza como una cruz sobre las ruinas?
Es *Germinal*. Tinieblas apretadas
en que el glorioso porvenir se encierra,
de esas generaciones encorvadas,
que nacen y que mueren bajo tierra.
¿No oyes tronar la carcajada impía
de la turba, cercada de placeres?
Es *Naná*. Los placeres de la orgía
ocultando, entre vinos y mujeres,
la más abominable tiranía...
Ve morir a la pobre cortesana,
cual vil despojo de gastada gloria,
mientras sueña en Berlín la turba insana,
que se afana en lograr una victoria
y no en lograr una virtud se afana.
Y la *Débacle* fué. Y en la porfía

el águila imperial rodó al abismo:
resuena aún el grito de agonía
que dió el asolador militarismo.

¿Y no ves desfilar la burguesía;
el pueblo embrutecido y resignado;
de las bajas pasiones el enjambre;
las sierpes tentadoras del pecado;
y las jaurías ladradoras de hambre?...

Sólo existe una fe, la fe que vuela
desde *Lourdes* a *Roma*, y desde *Roma*,
torna a *París* con insaciable empeño:
esa es la fe que redención anhela;
es la protesta que venganza toma;
es la bandera del futuro ensueño.

Tú has penetrado a golpes de conquista,
a sangre y fuego, en la conciencia humana;
donde hierven las glorias de mañana,
germinando la aurora socialista
entre la corrupción republicana...

Y por eso, ante el verbo prepotente
con que azotas la envidia y la ignorancia,
los pueblos de este nuevo continente,
que para siempre ensalzarán tu nombre,
absortos al fulgor de tu arrogancia
te saludan a ti,—Francia hecha hombre,
hombre que salvas el honor de Francia.

Y es vano ya que gires la mirada,
buscando a tu redor alguna cumbre:
sombra abajo verás; arriba nada...
¡Hierve a tus pies rugiente muchedumbre!
Clava el rayo de sol de tu locura
en las profundidades del abismo;
y ya no sueñes en mayor altura,
porque la única cumbre eres tú mismo...

EL NUEVO DODECASILABO

A Amado Nervo

Musa, prende nuevos ritmos en las liras,
nuevas formas, nuevos triunfos, nuevas palmas;
que en las formas ya gastadas sólo inspiras
viejas cosas, viejos temas, viejas almas.

No en el carro de dos ruedas que gemían
bajo el peso del augusto Juan de Mena:
hemistiquios de seis radios, que corrían
doblemente triunfadores en la arena.

No en la forma con que cruza claroscuros
la barquilla de sus locos pensamientos,
que va en busca de los puertos más seguros,
al azote despiadado de los vientos...

Musa, canta tus canciones en la nueva
triple forma de los nuevos cuatro radios:
carro de oro que a la musa rauda lleva
al escape por los líricos estadios.

¡Son tres golpes remachando la cadena,
son tres saltos que coronan tres alturas:
se dirían tres corceles que en la arena
estamparon cuatro firmes herraduras!

Triple lengua dragoniana, que vibrante
lame el cuerpo de la musa que se crispa:
triple corte sobre el dorso de un diamante,
sobre el cáliz de una rosa triple avispa...

Es la sístole y la diástole en el verso,
vaivén loco de las olas en la lira,
trino alegre que gorjea limpio y terso,
aspa triple que en los aires rauda gira...

Finge trípode en que roja llamarada
arde, y rasga las penumbras más remotas:
es conjuro de sibila que inspirada
da tres veces en tres tonos cuatro notas...

¡Musa canta, que así puedes en un día,
ya que tiran de este carro tres corceles,
conquistarte tres imperios de armonía
y ceñirte tres coronas de laureles!...

LIENZO Y MARMOL

A Enrique Castro y Oyanguren

I

BUSTO DE DAMA

Tu cabeza imperial ciñe una aureola
de blanca luz. Con gentileza suma,
tu busto surge como flor de espuma,
de los encajes de la blanda öla.

Alguien pintó tu faz, tal vez tú sola;
pero ese tinte que en tu faz se esfuma
te hace, ante el Arte que a tus pies se abruma,
émula de la *Elvira* de Argensola.

Encerrado tu busto en marco de oro,
tu prodigiosa faz fuera un tesoro
de nácar y marfil, ébano y rosa...

¡En lienzo tal, la fantasía inquieta
podría ver mi firma de poeta
sobre tu hombro, como una mariposa!

II

BAJO RELIEVE DE HEROE

En el mármol que el Arte ha cincelado
vida inmortal hallaron tus legiones;
y hasta el humo fugaz de tus cañones
para siempre quedó petrificado.

Entre el hórrido estruendo, que acallado
adivínase en gestos y expresiones,
a galope se tienden cien bridones
cual si fueran un viento huracanado...

A la cabeza, tú; fiero, jadeante,
tendido en el bridón hacia delante,
en la persecución de una bandera...

¡Todo el que vió, de pronto, tu figura,
a un lado se apartó de la escultura,
para verte pasar en tu carrera!...

A UN SOÑADOR

PARA LEOPOLDO CORTÉS

¿Adónde vas incauto y errabundo,
con los desnudos pies hollando abrojos?
Tu reino ¡oh soñador! no es de este mundo;
¡alza del suelo los cobardes ojos!

¿Qué te importa el clamor de torpe lucha
en que se agita la pasión humana?
tendido en el desierto, el breve paso

con que lo adelantó la caravana.
¿Pero es que tú te retardaste acaso?

No: tú te apartas, porque así lo quieres,
del rumbo señalado a tu destino:
tú eres dueño de ti. Bien sé que no eres
una piedra rodando en el camino.

Empedernido soñador, ansías
ceñir a tu ideal la humana suerte;
y execras, como un joven Jeremías,
el dolor de las grandes tiranías
y la ley opresora del más fuerte...

Quisieras estrechar entre tus brazos
al pueblo no domado en las peleas;
romper los yugos; desatar los lazos;
¡y hacer la comunión de las ideas,
repartiendo tu carne hecha pedazos!

¡Ay de ti, soñador! Tu afán es grande,
pero inútil también. No es todavía
tiempo que el sol de la justicia mande
un rayo redentor, a la sombría
prisión del pueblo. Tu presura es vana.
Romeo: no es la alondra, no es el día;
no es tiempo que abandones la ventana
en que te habla de amor la Poesía...

Ama, busca un amor. Cántale el canto
del acendrado afán que se devora;
y así cual viertes generoso llanto
por el pueblo que sufre, amando llora...

¿Crees acaso tú que el sacrificio
de tu sangriento Gólgota, redime
al pueblo, que te mancha con su vicio,
que corre desolado al precipicio
y que besa la mano que lo oprime?

Abandona tu afán: deja el trabajo
de tu prédica santa en el desierto...
Mira hacia las alturas, no hacia abajo;
y si el llanto quizás tu vida empaña,
preferir debes la Oración del Huerto
al inútil Sermón de la montaña.

¿Para qué vas cual loco peregrino
buscando agravios que vengar? Tus quejas
befadas son: desanda tu camino;
no bregues con ejércitos de ovejas,
ni te encares con aspas de molino...

Un día llegará.—¡Tardará el día!—
en que el vulgo cruel que te ha befado
reconozca en tu voz la profecía
y se contriste de no haberte amado.
¿Será arrepentimiento o ironía?

Sólo cuando hayas muerto, el vulgo infame
apreciará tu vida. Hoy, entre tanto,
no esperes en tu sueño que te ame:
¿qué le importa tu amor, ni qué tu canto?
El en su orgía seguirá aturdido;
y ebrio, sin reparar en tu quebranto,
no te dará ni corazón, ni oído...

¡Vale más, pues, morir! Joven y bello,
sacrifícate al ansia que te inspira;
busca en la muerte el póstumo destello
de la única gloria; dobla el cuello,
y que te decapiten con tu lira.

El amor de los dioses te reclama.
Jóvenes mueren, en el canto griego,
los predilectos de los dioses. Ama;
que humo es la gloria y el amor es llama:
no hay gloria sin amor, ni humo sin fuego.

Ama, pero no al vulgo: ama a los dioses.
Eres joven y bello. La fortuna

te guardará en la tumba en que reposes...
Eres bello: tu sien luce serena
la palidez intacta de la luna,
bajo del nubarrón de tu melena.
Eres joven: tan joven como bello.
¿Por qué heroico la vida no te arrancas,
antes que en el negror de tu cabello
pinte la ancianidad sus rosas blancas?

Ya sé: triste es morir, con breve paso,
en plena juventud...
¡Es suerte impía
que el sol se apague en la mitad del día,
cuando debe morir en el ocaso!

Vive, sí; pero vive de otra suerte...
No más tus himnos ante el vulgo entones;
y hazte tuyo por fin, tranquilo, inerte,
hasta que sin sentirlo te abandones
al sueño perezoso de la muerte...

Alma no comprendida y calumniada;
numen radiante en sublimado ensueño;
fe que bregara con altivo empeño,
serás tú la figura desgarrada
del héroe agonizante que, risueño,
fija en los cielos la postrer mirada...

Quijote de la lira, sueña y calla,
ya que no encuentras eco en el abismo:
no enfiles tus estrofas en batalla;
consume tus ensueños en ti mismo...
Egoísta desde hoy, deja que el mundo
siga sin escucharte en su egoísmo:
sé desde hoy un escéptico profundo,
mudo ante la alabanza y el ultraje,
sordo al trueno de guerra qe retumba,
austero como un árbol sin follaje,
frío como una lápida de trumba...

Y vive así, feliz, despreocupado
del vulgo que al abismo se derrumba,
si no quieres vivir ardiendo en ira
y morir, como un Dios, crucificado
contra el arco giganrte de tu lira,

¡Una cruz es el fin de tu aventura!
Don Quijote, que armado caballero
busca del bien las triunfadoras palmas,
sólo es la colosal caricatura
de Cristo, ese divino aventurero,
ese eterno Quijote de las almas...

AGUILAS Y GORRIONES

Bandada de gorriones sueña en vano
derribar alta torre, y la golpea
con sus menudas alas: tal jadea
turba envidiosa en su delirio insano.

No importa, no, que el egoísmo humano
junte a toda la estúpida ralea
contra una sola cumbre de la idea:
¡una nube no seca el oceano!

Cual puñado de arenas, en su anhelo
se unen las ambiciones despechadas,
y se esparcen al golpe de las olas...

Para cruzar por el azul del cielo,
los gorriones se juntan en bandadas;
en tanto que las águilas van solas...

URNA

En memoria de un niño

Jóvenes mueren siempre los amados
de los míticos dioses.
¡Los abriles
son gratos al Olimpo: en primavera
reverdecen los árboles helados.
Así Patroclo, así Héctor, así Aquiles,
así se van en la pagana era
todas las grandes almas juveniles.

Y en la era cristiana,
el Hombre-Dios prefiere
joven también morir, y joven muere;
pero, en su amor hacia la especie humana,
más que la juventud, la infancia quiere.

—*Dejad*—dice—*a los niños que yo amo*
que se acerquen a mí.—Y a los infantes
besa y abraza, pródigo en cariños
siempre para el candor. ¡Dulce reclamo!
¡Si jóvenes así morían antes,
los amados de Dios mueren hoy niños!...

Has muerto así. Pues que jamás la suerte
pudo darte enemigos, no encontraste
a quienes perdonar; y perdonaste,
muriéndote, al mismo Angel de la Muerte.

Bello es morir, cuando la fe sagrada
sabe, con sus canciones de sirena,
dar vida al muerto y fecundar la nada;
cuando con sus canciones encadena
a la Esperanza audaz, mientras retumba
el trueno del dolor y se despoja

del cuerpo el Alma, que a buscar se arroja
su América en los mares de la tumba...

Alma y cuerpo, que fluyen y refluyen
siempre entre sí se juntan cual se juntan
también todas las noches que concluyen
con todas las auroras que despuntan;
y así, mezcla de luz y de tiniebla,
el sér humano, con su mente altiva
que de glorias fantásticas se puebla,
es solamente una penumbra viva.

Tu alma muy grande fué. Tal vez por eso
temprano dejas la mundana escoria,
temprano arrojas el enorme peso,
temprano fugas a la eterna gloria...
Nudo de esclavitud sólo es la vida:
morir es sólo desatar el nudo...
¿Por qué fué tan temprana tu partida?
¡Ah! el poeta, en su sorpresa mudo,
cree que en busca de la eterna calma,
tan pronto el lazo desatarse pudo,
por ser muy poco el cuerpo...
¡y mucha el alma!

EL FIN DE SATAN

A don Gaspar Núñez de Arce

La noche de los siglos envolvía,
en su mortaja negra, el palpitante
cadáver de la Tierra. Un siglo haría,
un solo siglo: apenas un instante.

A las plantas de Dios, el caos profundo,
ante Dios, el cadáver de este mundo;
sin presente, pasado ni mañana;
y entre El y el mundo, la Conciencia humana.

Ya Dios había, como juez eterno,
vibrado la palabra postrimera;
y, en el fuego elocuente del Infierno,
sentía ya la turba pecadora
la desesperación de su ceguera,
sin la fe de sol, ni caridad de aurora...

Todo estaba acabado.
Volvió Dios su magnífico semblante
hacia el cielo distante
y lo mostró a los héroes del pecado,
que, firmes a los vicios tentadores,
se mantuvieron a su diestro lado,
como si fueran las electas flores
del árbol de Jesús crucificado...

Y luego el cielo abrióse.
Pero antes
de entrar en él, los buenos, como buenos
que eran al fin, oyeron los distantes
alaridos de horror, ayes de truenos,
con que hablaban a Dios los pecadores,
desde el Infierno,—donde el alma era
amartillado yunque de dolores;
la idea, noche; y el deseo, hoguera.

¡Qué inefable inquietud púsoles freno,
los detuvo en mitad de su victoria;
los hizo vacilar... ¡Cómo! ¿Era el Bueno,
el que les iba a dispensar la gloria,
el que les daba cumbre a la esperanza
y les ceñía aureolas de ventura,
el mismo que con hambre de venganza,
devoraba a su propia criatura?...

—¡Tened piedad, Señor! Piedad con ellos.
si esta alma es como Vos, su alma es como esta.
¿Su sombra opacará vuestros destellos?
Entonces perdonadlos sin tardanza,

para que así sus voces de protesta
no turben nuestras voces de alabanza!—

Y el buen Dios dijo.—¡Sí!
Más luz que el grito
del *fiat* aquel, al comenzar los mundos,
prodigó este perdón en lo infinito:
irradiaron los cóncavos profundos;
se iluminaron las esferas vivas;
y, de la ciega noche en el desierto,
saltaron las estrellas pensativas
y se inclinaron sobre el mundo muerto...

Entonces pensó Dios—¡y fué qué hermoso
pensamiento el de Dios!—romper la fiera
condena de Satán. ¡Sí! Que volviera
a su lado él también; él, victorioso,
redimido y feliz; lo mismo que antes
de la caída lóbrega; lo mismo
que cuando acarició las delirantes
ambiciones rebeldes del abismo...

Dios tenía que ser mejor que el hombre:
el hombre intercedía por su hermano.
¿Cómo iba el Bueno a desmentir su nombre?
Dios quiso perdonar; porque en su mano
sentaban mal los rayos del castigo,
dignos sólo de Júpiter pagano...
¡Y pensó en perdonar a su enemigo!

Cual surge, con estrépito de trueno,
de entre la nube el rayo tempestuoso,
aparece Satán: se alza ante el Bueno,
a la boca del antro. Está sereno:
¡casi puede pensarse que está hermoso!

¿Cómo Dios pudo someterlo a tanto?
¿Cómo impuso tan bárbara cadena
a su ángel más querido? Seco el llanto,
árido el corazón, mudo el quebranto,
Satán sufrió con la rebelde gloria

de un reo superior a su condena:
¡de un héroe superior a la victoria!

¡Ah! Siempre Dios es bueno... Lo perdona
al sucumbir la Tierra: Satán siente,
del peso abrumador de su corona,
por fin ya libre la orgullosa frente...
Y Dios es bueno así; que en El se encierra
del cristiano perdón la eterna fuente...
Al fin, Satán su bárbaro tormento
sufrió toda la vida de la Tierra;
¡pero toda esa vida fué un momento!

—Ha llegado—le dice Dios—el día
en que abandones tu mansión sombría
y vuelvas a mi lado,
si es que te hallas al fin purificado,
si es que te sientes ángel todavía.
Pero antes, dí, Satán, dime ¿qué has hecho
que pudiera valerte ante mis ojos?
Yo mismo he disipado mis enojos;
tú provocas mi amor...

—Tengo derecho
a tu amor, si amas al linaje humano;
porque yo fuí, Señor—Satán exclama—
el que lo hizo pecar, pero no en vano:
el que le enseñó a amar ¡por mí es que ama!
el que la fruta le brindó prohibida,
y le incendió la misteriosa llama
que le alumbró las sendas de la vida.
¡Por mí es grande! ¡Por mí buscó la esencia
del eterno poder! ¡Mío fué el grito
que lo empujó con rumbo a lo infinito,
sobre los huracanes de la Ciencia!...

—¡Basta!—díjole Dios.—Tienes derecho
a mi amor otra vez. Estás salvado;
que si perdono al hombre porque ha amado,
¡yo te perdono porque amar le has hecho!—

Satán no lo escuchó. Fijos los ojos
en el cadáver de la Tierra, hablaba
y hablaba sin cesar: ni un solo punto
se interrumpió. Los últimos despojos
del planeta difunto
se estremecían mientras él gritaba.
—¡Basta!—repitió Dios.

Satán seguía;
y Dios lo apostrofó breves instantes:
al golpe de los verbos fulgurantes,
raro placer el Réprobo sentía
como si lo apedrearan con diamantes...
—¡Basta!—concluyó Dios.

Satán entonces
cesó de hablar; y de su voz los ecos
vibraron cual las quejas de los bronces,
de los abismos en los sordos huecos...
Y vió a Dios, y lloró: fué un tiempo largo.
Lloró, lloró; y llorando de rodillas
cayó ante Dios. ¡Y fué un torrente amargo
el que se despeñó por sus mejillas!

De súbito fijando la mirada
a la diestra de Dios sin decir nada,
muda, impasible, indiferente y fría,
lanzó una atronadora carcajada.
—¿Por qué ríes así?—Dios le interroga;
y él le dice:—¡Es que sufro todavía!—
Y lo pregona en la extensión sombría
con voz de carcajada que se ahoga...

Dios entonces lo atrajo nuevamente;
y, enseñándole el cielo prometido,
lo transformó en el ángel: en la frente
le estampó un beso de perdón y olvido.

Pero Satán, ya de ángel, a la puerta
del mismo cielo, al verse redimido,

pobló otra vez con espantoso ruido
de carcajada la extensión desierta,
cual una tempestad hecha quejido.
Dios lo llamó otra vez.

Pero en su espanto,
él se escapó: fugó despavorido,
como una sombra al resplandor de un foco:

Dios vertió entonces generoso llanto...

¡Tanto había sufrido, tanto, tanto,
que el pobre Satanás se volvió loco!

LA DOLIENTE BELLEZA

¿Por qué sufres, si es bello cuanto miras:
el cielo, el campo, el mar, el mundo entero?
¿Por qué blandes apóstrofes de acero,
por qué protestas cuando no suspiras?

¿Por qué entre nubes de tristeza giras,
si tras de cada nube hay un lucero?
Porque sólo el dolor es verdadero
y todas las bellezas son mentiras...

En la misma belleza el dolor cabe:
¡cuanta bella mujer angustias siente
que descubrir no puede la mirada!

Muy hermosa será; pero ¿quién sabe
si la naturaleza es solamente
una mujer hermosa... y desgraciada?

HETAIRA ANCIANA

Sobre la faz exangüe de la hetaíra anciana,
que en el lecho delictuoso gastó sus primaveras,
relampaguea el beso de las viciosas turbas...

Sus ojos de armonía—dos hemistiquios griegos—
penetran en el hondo misterio del pasado:
y dicen remembranzas de las supremas dichas
que su ánima encendieron en cristalinas fiebres:
lámparas de lujuria parecen sus dos ojos
en el acribillado duelo de una tormenta;
y fíngese, en sus rojas pupilas inyectadas,
incendio de placeres sobre un amor en ruinas...

Sus brazos, que sedientos en náufragos afanes
extiéndense en demanda de mendicantes goces,
como implorando un cuerpo de varonil contorno
para estrecharlo al suyo con nudos de culebra,
simulan ramas tristes de un árbol dolorido,
que al soplo huracanado del ábrego se tronchan
y locas se retuercen como danzantes llamas,
como serpientes ebrias, como suspiros largos...

Su cabellera nívea, de sueltos laberintos,
que undívagos al aire sobre la espalda ruedan,
finge los anchos pliegues de la bandera blanca
con que la Muerte cruza por las revueltas lides...

Sus labios ¡ah sus labios! son pétalos de sangre,
que, ajados por el vicio de fementidas glorias,
despiertan con la vida de imaginados besos
que son consuelo póstumo a las difuntas galas...
¡Ya con los labios sólo probar puede las dichas!
¡Ya sólo en besos largos apurará embriagues
¡Ya sólo en su impotente delirio de venturas,
alcanzará en los labios limosnas de consuelo!

¡Mísera de la anciana, que ya en el lecho ardiente
no encuentra las caricias del cortesano joven!
¡Mísera de la vieja, que del amor antiguo
despierta la memoria de dichas palpitantes,
al profanar con besos las impecables bocas
de los ingenuos niños que estrecha entre sus brazos!
¡Ay del extinto culto de la hetaíra anciana,
que en ansias voluptuosas sólo a gozar aspira

el beso de los niños de bocas virginales!
¡Ay de la cortesana, que en ósculo sonoro
derrite así la nieve de sus cabellos blancos,
sobre la llama eterna de los cabellos de oro!...

ONOMASTICO

Aunque Paris no soy, por más que vivo
tras un hato de ovejas, ya que adoro
tu hermosura de Venus, pensativo
busco un regalo para ti y altivo
mándote un cesto de manzanas de oro.

Altivo, sí, me siento en mi ventura;
porque son mis manzanas de aquel huerto
de que saliera el premio a la hermosura,
que Venus alcanzó: Venus no ha muerto,
desde que triunfas sobre tantas bellas;
pero yo no te ofrezco en mi locura
una manzana, sino un cesto de ellas.

Acepta, tú, mis fervorosas preces,
ya que, en el culto del regalo mío,
te he proclamado Venus tantas veces,
cuantas son las manzanas que te envío...

Desque así me seduce tu hermosura,
sírvate de simbólico presente
la fruta del amor, que en los altares
de tus nupcias, quizás, con la blancura
de la pureza, tejerá en tu frente
primaveral corona de azahares...

Es la fruta nupcial la que te envío:
no es la fruta malsana,
que ofreció en el edén árbol impío
para desdicha de la especie humana.
Newton vivió ignorante de la vida:
nunca mordió la bíblica manzana;
¡y descubrió la ley de su caída!...

Es la manzana de las carnes frescas
en áureo estuche, la que acaso siente
todas las ambiciones romancescas,
a la presión de tu afilado diente:
rasga la piel y pide a su desnuda
carne después el jugo que te sacia,
como se sacia mi ardorosa duda
con los agridulzores de tu gracia...

Es un pretexto mi regalo en suma
para poderte regalar de paso
el alma entre los versos de mi pluma,
que apenas corre en el papel, acaso
porque la idea de tu amor la abruma;
y ya que su manzana te daría
Venus también, disipa tus enojos
y acaba de leer la carta mía,
¡si no la quema el fuego de tus ojos!...

FIN DEL PRIMER TOMO

INDICE

	Págs.
PRÓLOGO	5
Iras santas	15
Desde la cumbre	17
A Lázaro	18
En la brecha	19
¡Excelsior!	20
En el circo.—Para todos	22
Catilinaria	24
Vox pópuli	27
Profesión de fe	23
Dolor	28
Lucha y trabajo	33

Págs.

La última imprecación 37
El sermón de la montaña 39
La alondra 44
El primer adiós 45
En la mazmorra 57
Testamento de amor 66
Juicio final. 69
Ante el pueblo 73
En la aldea 77
Preludio azul. 79
Campo de lucha 82
Aquí estoy. 83
Morir. 84
En libertad. 85
Marina 86
La bien amada 86
Cuadro vivo. 87
La campesina. 88
Mar afuera. 89
La quebrada 90
Siesta. 91
El Morro. 92
La isla 93
En el potrero 93
Las aves. 94
El baño. 95

Págs.

Playera. 96
La laguna. 97
Noche de mar 97
El galgo. 99
El pavo real 100
La espiga. — Canícula 101
El gallo. 102
Carnaval. — En la campiña. 103
El arado. 104
El poema de las flores. 105
El poema de las frutas. — La culebra. 106
El sapo. — A un árbol. 107
Procesión de Ramos. — La nota gris. 108
El buey. 110
La lampa 111
El maestro de escuela 112
El cementerio. 113
Los molinos 114
De tarde. 115
El monumento. — Viernes Santo. 116
Arboles viejos. — El santo sepulcro. 118
Los vampiros. — ¡Gloria! 120
En el salón. — En la alcoba. 121
En el comedor 122
En descanso. — Héroes ocultos. 123
La gitana 124

Págs.

Problema. — Noche de estío. 125
Cuasmiodo. 127
Paisaje. 128
A un asno. — El bosquecillo. 129
El caballo agricultor. — Puesta de sol. 131
La hacienda. 132
El pilluelo. 133
Negro y amarillo 134
El pescador. — El arroyo. 135
Acuarela. — La carretera 136
Melopea automnal. 137
Ultratumba. — Ante el abismo. 138
La temporada. — Mnte y campiña. 139
Resurreccin 140
Sobre Hartmann. — Desde lejos. 141
Noche de otoño 143
La última hoja 144
Azahares. 147
Sinfonía de amor 149
Ab eterno. 151
Canto de Cantos 153
La canción del beso 155
El suspiro. — Sin sobre. 156
El regreso. — Triunfal 158
Rocío. 159
Angelus. 160

Págs.

Amores viejos 163
El séptimo día 165
Selva virgen 167
La voz de la selva. 169
¡Ríe!... 171
Ojos azules. 172
Pluma en ristre 173
Santa. 174
En un café 175
Elegía breve 176
Pesimismo. — Virgen 178
Desprecio... — Las voces de la duda. 179
El último amor 183
El fin de don Juan. 186
Ante una estatua del Amor. 196
Para un desdén fingido 196
De viaje. — La canción de las tinieblas. 197
Punto final. 199
En voz alta 200
El nuevo monólogo de Hamlet. 201
Declamatoria. — Del tiempo viejo. 204
En el diván 205
Spleen de lord 206
Estatua de sal 207
¡Adelante! 208
Ecce Homo. 209

Págs.

Resurrexit. 211
¡Qué importa! 212
Protesta. — Víctima 213
Canto de huelga 214
Contra natura. 215
El Pegaso ante el poeta. 216
En la fragua 217
Estandarte de amor 218
Las dos escanciadoras. — El verso futuro. . . . 220
Mis combates. 222
¡No es demás! 223
Sol poniente. 224
Imprecación. 225
Canto a Zola 228
El nuevo dedocasílabo 232
Busto de dama 233
Bajo relieve de héroe. — A un soñador. 234
Aguilas y gorriones 238
Urna. 239
El fin de Satán. 240
La doliente belleza. — Hetaira anciana. 245
Onomástico. 247